



**UNIVERSIDAD DE CHILE
FACULTAD DE CIENCIAS SOCIALES
ESCUELA DE POSTGRADO**

**ELEMENTOS CONSTITUTIVOS DE LA VIDA ASOCIATIVA EN MUJERES EN LA CIUDAD DE SANTIAGO
Experiencia de una unidad barrial en la comuna de Maipú**

**Tesis para optar al grado de Magíster en Ciencias Sociales mención Sociología de la
Modernización**

VIVIANA LORETO AZÚA AROS

**Director:
CARLOS RUIZ ENCINA**

Santiago de Chile, año 2020

AGRADECIMIENTOS

A mi profesor guía Carlos Ruiz Encina por haber orientado de manera tan lúcida esta investigación, sin su aporte el estudio desarrollado habría carecido de una de las dimensiones analíticas más relevantes. Gracias por su generosidad, sus comentarios, la disposición y confianza con que guió este trabajo, ayudando a reformular y encauzar lo comenzado hace seis años. A Cristóbal Moya, docente del Taller de Tesis, quien aportó con sus revisiones, observaciones y sugerencias bibliográficas, con un compromiso activo en el desarrollo de este trabajo. A la profesora Catalina Arteaga, quien contribuyó con orientaciones metodológicas y sugerencias, especialmente relacionadas con el rol de las mujeres como actores relevantes en el contexto local.

A mi colega Francisco Iturrieta, pues gracias a su convocatoria pude conocer, hace ya 10 años, la villa que constituye la experiencia a estudiar desde esta investigación. A Claudia Mix, por su colaboración para retomar contacto con varias de las entrevistadas. A todas las mujeres de esta Villa en Maipú, de quienes continúo aprendiendo. Quienes me contaron sus historias, la mayoría de las veces abriéndome las puertas de sus casas, compartiendo su ajetreada cotidianeidad, dando respuestas a mis preguntas y contribuyendo con sus reflexiones.

A mis queridas amigas: Anita, Carolina y Loreto, cuya compañía en jornadas de trabajo no solo propició un espacio de concentración, sino también de contención cuando la escritura se tornaba una labor compleja y dificultosa. También a Paula, Lorena, Max y Windy, compañeros y amigos de quienes recibí aliento e interés, y que conocí gracias a mi paso por el Magíster. A mis colegas Catalina, Karin y Ximena, por los consejos y sabias palabras en torno a las tesis y sus embrollos.

A mi familia: a mi padre, porque en mis primeros años fue uno de mis principales referentes de reflexividad y acción social, a través de su experiencia como dirigente sindical. A mi madre, por la confianza incondicional en mis capacidades y el apoyo en las labores de crianza por varios meses, a mis hermanas, por la preocupación constante y por hacerme sentir que mis logros son también los de ellas. Y a Oliver, compañero y soporte para que esta investigación se concretara finalmente, gracias por ese ojo crítico y analítico, pese ser formado desde un área del conocimiento muy distinto (y tal vez precisamente por eso) se convirtió en un aporte para mantener la reflexión anclada a la realidad. A Pablo, por compartir el tiempo de la mamá con este proyecto, que comenzó antes de su llegada al mundo.

ÍNDICE

RESUMEN	5
INTRODUCCIÓN.....	7
I. PROBLEMA DE INVESTIGACIÓN	9
Objetivos	15
II. MARCO TEÓRICO DE REFERENCIA.....	17
2.1. Modernización reflexiva e individualización	17
2.1.1. Los dilemas de la modernidad en el espacio urbano	20
2.1.2. Incertidumbre e individualización en la sociedad chilena	22
2.2. La asociatividad: desde el enfoque del capital social.....	26
2.3. La experiencia asociativa desde los procesos de socialización	31
2.4. La asociatividad una de las tareas pendientes de la democracia	34
III. ANTECEDENTES	39
3.1. Segregación, exclusión y asociatividad en el proceso de modernización urbana	39
3.2. Asociatividad local y mujeres	41
3.3. Asociatividad en Chile	44
3.4. Antecedentes sobre el caso de estudio	49
IV. METODOLOGÍA.....	54
4.1. Diseño.....	54
4.2. Universo y Muestra	55
4.3. Técnica de producción de datos.....	58
4.4. Estrategia de análisis.....	58
V. RESULTADOS	60

5.1.	Individualización y otros elementos de la teoría de la modernización reflexiva presentes en el análisis.	60
5.1.1.	La historia de la Villa en el contexto de modernización urbana.	60
5.1.2.	Individualización e identidades	64
5.2.	Capital social: prácticas y estrategias asociativas	71
5.2.1.	El relato de la historia asociativa.....	71
5.2.2.	Formas del capital social	76
5.2.3.	Estrategias asociativas frente problemas vecinales.....	78
5.2.4.	Características de las prácticas asociativas vecinales	80
5.2.5.	Capital social e individualización.....	84
5.3.	La asociatividad desde la experiencia de vida.....	85
5.3.1.	Experiencias socializadoras de asociatividad	85
5.3.2.	Motivaciones de las prácticas asociativas.....	88
5.3.3.	Condiciones y elementos claves de las prácticas asociativas	93
V.	CONCLUSIONES	103
VI.	BIBLIOGRAFÍA.....	111
	Sitios WEB	117
	ANEXOS	118
I.	Anexo 1.....	118

ÍNDICE DE TABLAS Y FIGURAS

Ilustración 1: Porcentaje que no participa en organizaciones sociales según quintil de ingreso (CASEN 2017).....	45
Ilustración 2: Porcentaje de personas que no participa en ninguna organización. Encuesta CASEN 2009-2017	46
Ilustración 3: Confianza interpersonal Chile. Latinobarómetro 1996-2018.....	48
Ilustración 4: Mapa Barrial. Fuente: Informe de resumen ejecutivo fase I Antecedentes Contrato de Barrio	51
Tabla 1: Composición de la muestra	57
Tabla 2: Pauta de entrevista.....	118

RESUMEN

En el contexto de individualización de la sociedad chilena actual, y sus consecuencias en los procesos de modernización, entre ellos los que se expresan en la ciudad como escenario social en permanente tensión y fragmentación, este trabajo analiza la experiencia de un conjunto barrial en la comuna de Maipú con el objeto de describir las prácticas asociativas de las mujeres que habitan dicho espacio urbano.

En Chile los indicadores expresan cómo es cada vez menor la cantidad de personas que declaran participar formalmente en organizaciones sociales, en promedio entre los años 2009 y 2017 sobre el 70% declara no participar de ninguna organización (CASEN 2009-2017). En contraposición a esto, en este mismo periodo, se visualizan expresiones de malestar de carácter espontáneo, a través de canales alternativos que desbordan los canales de representación tradicionales.

Para lograr entender cómo se desarrollan las prácticas asociativas en este contexto descrito, se consideran las nociones de modernización e individualización desde la teoría de la sociedad de riesgo, y el análisis de la modernización en el ámbito urbano, que conlleva como consecuencias los fenómenos de incertidumbre e inseguridad. A su vez, se utiliza la noción de capital social como marco de la acción asociativa, relevando el carácter situacional y dinámico de este activo. Lo que se enlaza, finalmente, con la idea de la asociatividad, como experiencia desde la perspectiva de las socializaciones múltiples. A partir de esto último, se pueden comprender las prácticas de los individuos mediante sus procesos de socialización, analizando las disposiciones y contextos en que estas se despliegan.

Mediante la utilización de un enfoque metodológico de carácter cualitativo, esta investigación permite observar cómo la estructura social del Chile actual repercute sobre una población representada por mujeres que desarrollan prácticas asociativas comunitarias, y que responden a un grupo social específico beneficiario de las políticas habitacionales post-dictadura. Sin duda una experiencia urbana que puede ser similar a otras registradas en el Gran Santiago, en comunas como Cerro Navia, Puente Alto, La Florida o Pudahuel. Donde se expresan conjuntamente fenómenos como la cooperación y solidaridad, conviviendo con percepciones de inseguridad y desconfianza.

INTRODUCCIÓN

Una reflexión clásica en el desarrollo de la teoría social - y en la investigación sociológica – es la que refiere a la distinción analítica entre acción/estructura, o entre agencia/estructura, dependiendo del enfoque aludido. Problema que, sin duda, se relaciona directamente con la forma en que se estudia la sociedad como fenómeno, donde se debe precisar el papel que tienen los individuos y el rol de las estructuras sociales o contextos en la idea de sociedad a estudiar.

Muy lejos de intentar defender o profundizar en torno a una u otra perspectiva, la investigación que se presenta propone hacerse cargo del desafío de lograr un equilibrio entre ambos niveles de análisis, considerando que estos están mutuamente relacionados (Archer, 2009; Lahire, 2017). Al respecto, es pertinente aclarar algunos puntos sobre los cuales se posiciona esta investigación, en algunos de los términos a considerar en la discusión en torno al análisis de los contextos sociales (Lahire, 2017):

- En cuanto a la *escala de observación* esta investigación pretende analizar las prácticas asociativas de mujeres de una comunidad específica, correspondiente a una villa en la comuna de Maipú, donde lo que interesa como *objeto de estudio* son las formas en que se constituyen y desarrollan estas prácticas a través de sus trayectorias referentes a la vida asociativa barrial.
- Pese a esta micro escala de observación, la investigación pretende entender, al menos para este caso estudiado, cómo lo que se observa responde a una *realidad social* más amplia en la sociedad chilena actual, a través de la manifestación de fenómenos como la individualización, pérdida de confianza e incertidumbre, fenómenos que han sido registrados desde las teorías de la sociedad del riesgo (Beck, 1998b) y modernidad líquida (Bauman, 2010) a nivel global, y adaptados por otros autores para la sociedad chilena contemporánea (Araujo & Martuccelli, 2012; Lechner, 1999).

Para Lahire (2017) las prácticas “solo se comprenden entonces si se estudia, por un lado, las exigencias contextuales que pesan sobre la acción (lo que el contexto exige o solicita a los actores) y, por otro, las disposiciones socialmente constituidas a partir de las cuales los actores perciben y se representan la situación, y sobre la base de las cuales actúan en esta situación.” (Lahire, 2017,

p. 4). En este aspecto el autor propone que el contexto puede referirse a la idea de una sociedad tipo nación o también a un microcosmos social como marco local de interacción. Dependiendo de las dimensiones a analizar la investigación intentará responder a ambos niveles, con respecto a cómo lo observado es reflejo de una escala nacional más amplia y cómo a su vez, el contexto inmediato, representado en el vecindario o barrio, influye y a la vez es escenario de las prácticas asociativas de las mujeres a investigar.

A nivel de contexto, pese a la manifestación de algunos pronunciamientos o estallidos sociales en los últimos 15 años, el actual escenario de la sociedad chilena viene analizándose en las últimas décadas post-dictadura como parte de un contexto en que se ha anunciado la desaparición de los sujetos sociales y en donde se promueve una cultura de individualización forzada.

En este escenario lo asociativo cobra relevancia no tan solo por la importancia que tiene la colaboración con otros, sino también como un componente clave en el ejercicio de ciudadanía y participación. En esta misma línea, también se ha relevado la importancia de la asociatividad para los procesos de democratización, dado que a mayor asociatividad se ha observado mayor confianza y legitimidad en las instituciones (Delamaza, 2009; Paredes, 2011; PNUD, 2000)

La presente investigación busca indagar en los elementos constitutivos de la asociatividad vecinal en mujeres, identificando los factores claves que facilitan la construcción de vínculos sociales en un contexto de individuación social, estudio que se ha acotado por la delimitación del barrio como unidad espacial de análisis a través de la experiencia de una Villa en la comuna de Maipú. El estudio se define de carácter exploratorio y cualitativo, a desarrollar mediante entrevistas en profundidad, para el cual se propone desarrollar un análisis de contenido de las principales dimensiones identificadas en el marco de referencia teórica.

El documento a continuación se estructura con el planteamiento del problema y su contexto, la explicitación del marco teórico, algunos antecedentes en torno al objeto de estudio y sus principales dimensiones de análisis, la estrategia metodológica y los resultados y conclusiones.

I. PROBLEMA DE INVESTIGACIÓN

Los últimos años han sido testigos de particulares fenómenos en torno a la participación social. Junto con la presencia de masivas movilizaciones que han dado cuenta de un malestar incubado en la sociedad chilena en las últimas tres décadas en ámbitos vinculados a la reproducción social (previsión social, educación, salud), se ha manifestado, a su vez, una disminución en las instancias de participación formal expresado en la alta abstención electoral y bajos indicadores de asociatividad formal (pertenencia a organizaciones sociales). Lo anterior acontece en un proceso de modernización neoliberal, en el que la sociedad chilena ha experimentado un ciclo de transformaciones de manera profunda y acelerada, sin comparación a ningún otro proceso de implementación neoliberal en la región e incluso en el mundo.

El origen de estas transformaciones se sitúa en la segunda mitad de la década de los setenta, en el periodo de dictadura militar, con la instalación de las primeras reformas, tanto en materia tributaria, liberalización de mercados, reducción de tarifas aduaneras, liberalización financiera y privatización de empresas públicas. Lo anterior constituyen medidas que solo pueden ser implementadas con tal celeridad, debido a la desarticulación de los grupos y fuerzas sociales que ejercían cierta capacidad de presión sobre el Estado en el periodo anterior a dicha data, identificado como el periodo “Nacional-Popular” (Faletto, 1979). Estas transformaciones engloban una diversidad de impactos que se expresan a nivel económico, político y social en nuestro país, modificando las formas de representación y composición de los grupos y actores sociales característicos del siglo XX en Chile (Ruiz & Boccardo, 2015).

En este nuevo escenario, los costos de la reproducción social son responsabilidad de los propios individuos o sus familias, mediante su capacidad de pago en los nuevos mercados de salud, educación y seguridad social, lo que ha generado efectos de desarticulación social y desencanto con la política; desalentando el sentido de involucrarse en instancias de participación social y adherencia a formas de vida colectiva (Ruiz & Boccardo, 2015). Los autores plantean que la nueva imagen de integración al desarrollo se consolida ya no a través de la participación en los partidos políticos, gremios profesionales u asociaciones vinculadas al mundo del trabajo, sino más bien a través del consumo que se expande por la ampliación del acceso a créditos que es otorgado por instituciones financieras de manera masiva incluso por sobre la capacidad de ingreso, generando

problemas vinculados al sobreendeudamiento. El fenómeno del consumo que alcanza a nuevos sectores medios asalariados privados emergentes, se enlaza también con patrones de conducta de carácter individualista, que se expresa en desinterés en las causas colectivas, aspecto que resulta transversal en la sociedad chilena, a excepción de los grandes grupos empresariales, que no abandonarán sus lógicas corporativas. Es por esto que preguntarse en torno a cuáles son las condiciones o elementos que caracterizan las experiencias asociativas en el Chile actual cobra una importancia necesaria, considerando que esta es cada vez más escasa y que, por el contrario, surgen expresiones de malestar de carácter más espontáneo, a través de canales alternativos que desbordan los canales de representación tradicionales.

Este fenómeno en la región tiene algunas referencias a los procesos de modernización en las sociedades occidentales desarrolladas. Es así como se ha tematizado desde la teoría social, desde hace un tiempo, que vivimos en una época de transformaciones globales, donde lo que se observa es el paso de la sociedad industrial a una postindustrial, identificada como “modernización reflexiva” (Beck, 1998b) o “modernidad líquida” (Bauman, 2010).

Beck identifica en esta nueva forma de modernidad un desvanecimiento de algunas categorías propias de la anterior etapa modernizadora, propia de la sociedad industrial, como las clases sociales. Esta pérdida de relevancia de las clases sociales, se desarrolla sin que se reduzca la desigualdad social, al contrario, incluso esta se agudiza. Estas transformaciones dan cuenta de un nuevo tipo de sociedad, la “sociedad de riesgo” (Beck, 1998b), caracterizada por el desarrollo de procesos de modernización e individualización, donde las personas deben construir como puedan su vida y sus vínculos sociales. Al mismo tiempo, la idea de riesgo refiere a una variedad de opciones, y mientras más decisiones deban asumir las personas, mayores son los riesgos, lo que genera que aumenta la incertidumbre. El individuo solo tiene que asumir de manera personal todos los riesgos, oportunidades y contradicciones, lo que le lleva a centrarse en sus propios planes de vida y proyectos.

En este contexto se individualizan las crisis, generando que los problemas estructurales de la sociedad sean percibidos como manifestación de fracaso personal. Además, el autor sostiene que este proceso de individualización no se encuentra exento de contradicciones, pues la misma conciencia del fenómeno puede derivar en la reaparición de nuevas comunidades, expresadas a

través de iniciativas ciudadanas y/o movimientos sociales, que tensionen las formas de abordar las relaciones sociales y la vida personal. Para el autor estas expresiones constituyen comunidades en experiencias de protesta en resistencia frente a la estandarización e institucionalización de las experiencias de vida, como lugar donde afloran ciertas expresiones identitarias, como movimientos de mujeres o ecologistas.

Por su parte, Bauman (2008) utilizando las nociones de incertidumbre, fragilidad en las posiciones sociales e inseguridad existencial, da cuenta también de fenómenos de pérdida de control individual y aumento en la sensación de inseguridad. En su reflexión sobre el espacio urbano, plantea que las ciudades constituyen ámbitos de concentración de las inseguridades elaboradas por la misma sociedad. Lo anterior propiciado por el alto nivel de interacciones sociales que soportan estas áreas urbanas. Alejándose del papel de seguridad y refugio que representaron históricamente, las ciudades se han convertido en una de las principales fuentes de peligro y amenaza para sus propios habitantes. Frente a esto las estrategias que se han adoptado responden a la separación y segregación, frente al miedo al otro, al extraño, se tiende a construir sectores aislados del resto de la ciudad y se margina a quienes son considerados como peligrosos. Se conforman dos grandes tipos de habitantes, los que pueden elegir en qué lugar aislarse del resto, y los que no, que se ven separados y aislados pero de manera involuntaria. Son estos grupos quienes se mantienen más territorialmente anclados al lugar en que habitan, pues tienen menores posibilidades de movilidad social y de conexión con el mundo global, se encuentran, en general, menos integrados. Por tanto disponen un único recurso: su identidad. Los poderes globalizadores y los sentidos e identidades se encuentran y confrontan, conformando una dinámica característica de la ciudad en lo definido por Bauman (2008) como “modernidad líquida”.

En nuestro país, el periodo identificado como de transición democrática en Chile, vino a consolidar los cambios económicos y sociales que se instalaron en el periodo dictatorial, todo esto bajo la consigna de preservar el crecimiento económico y el clima de estabilidad política alcanzado, que aún se percibía frágil y frente al cual se instalaba la amenaza de regresión autoritaria (Garretón, 2000; Ruiz & Boccoardo, 2015). El Estado consolida su rol subsidiario, abandonando la provisión de prestaciones sociales de enfoque universal, en el marco de una creciente desigualdad social que genera una cada vez mayor concentración de la riqueza en menos actores. Ruiz y Boccoardo (2015) plantean que los efectos de estas transformaciones, ya en la etapa de consolidación del modelo,

generan una reducción de certezas en la reproducción de la vida cotidiana, caracterizada por el desamparo del individuo ante lo incierto de sus condiciones de existencia.

Es así como el año 1998 el miedo al otro fue constatado por el PNUD, e identificado también por Araujo y Martuccelli (2012). En el primer caso el PNUD plantea que existe un proceso modernizador que se expresa de manera específica en la sociedad chilena a través de fenómenos como la sensación de incertidumbre e inseguridad, que son producto, a su vez, de los problemas de integración social que han caracterizado la fase modernizadora en Chile. Por su parte, recogiendo gran parte del análisis que realiza este informe, Araujo y Martuccelli (2012) identifican ciertas irritaciones presentes en las relaciones con otros, las que incluyen no solo al otro como un desconocido, sino también en otros ámbitos de la experiencia social como las que se desarrollan a nivel vecinal, en una contigüidad espacial, y las relaciones más íntimas con los amigos.

A su vez, los autores en discusión con las teorías representadas por Beck y Bauman, plantean que el proceso de individualización chileno tiene un carácter sui generis, en la medida en que se ha desarrollado sin instituciones, lo que conlleva que los individuos se encuentran más despojados aún de soportes para sostener sus vidas, por lo que solo pueden apelar a las interacciones con otros como estrategia. Sin embargo, este soporte en las relaciones sociales no implicaría una expresión de capital social, sino más bien sería parte de una forma de vivir la individualidad, donde los rasgos de identidad de los individuos no se construyen desde sus relaciones sociales, aun cuando no puedan prescindir de ellas.

En este escenario, pareciera que expresiones de asociatividad más genuinas se presentan como insólitas. De este modo, estudiar los elementos constitutivos de la asociatividad exige cierta conceptualización desde dónde se abordará el concepto de lo asociativo.

A nivel de experiencia individual las prácticas asociativas se abordarán desde la invitación que hace Lahire (2017) de entender las prácticas sociales a través de la fórmula o modelo teórico que combina “pasado incorporado” (que el autor sintetiza en la idea de “disposiciones”) y contexto de la acción. En relación al pasado incorporado, este obedece al cúmulo de experiencias vividas por los actores sociales y que se expresa concretamente en capacidades y disposiciones para actuar, sentir, creer, pensar. Su origen se le atribuye a los procesos de socialización, denominando también como experiencias socializadoras, que son aquellos contextos de acción vividos que

representan un cambio sobre los actores (Lahire, 2017). En este sentido se busca indagar si existen patrones de experiencias socializadoras asociativas en la población y qué tan vigentes se encuentran estos en el contexto actual de individualización descrito anteriormente.

En esta línea también se puede entender la experiencia asociativa desde la condición de género, al ser mujeres el sujeto de estudio de esta investigación y experimentar procesos específicos de socialización referidos a esa condición. Al respecto, la asociatividad de las mujeres en espacio locales a nivel de América Latina ha sido estudiada por Massolo (2012) como la expresión de un patrón de presencia y acciones colectivas de mujeres, vinculadas especialmente a la vida cotidiana en el ámbito de la familia y las labores domésticas. La participación pública de las mujeres es propiciada por la cercanía con el municipio o gobierno local y la flexibilidad de tiempo que se le atribuye, lo que ha generado críticas por la naturalización de lo local como espacio de la mujer, ocultando situaciones de opresión, explotación y discriminación de género. En este contexto, Massolo (2012) sostiene que para las mujeres de sectores populares la participación es percibida más como una obligación, que se hace por necesidad, que como un ejercicio de derecho ciudadano. Sin embargo, la autora también destaca que la fuerte relación entre mujeres y su participación en los espacios locales, también trae consigo aspiraciones por parte de ellas a nuevas experiencias de sociabilidad e incidencia ciudadana, aumento de autoestima y la posibilidad de ser reconocidas de manera pública, fuera del espacio estrictamente doméstico del hogar.

A nivel de experiencia de carácter más grupal, analizando a través del discurso de las mujeres el contexto de sus organizaciones sociales o formas asociativas, se plantea que la asociatividad se entenderá como una dimensión del capital social. Esto implica entender las experiencias asociativas en el marco de relaciones de confianza y valores compartidos (Coleman, 2011). Este capital social se sostiene en las relaciones, y genera subproductos en su expresión organizacional: uno refiere a la adaptación de la estructura organizativa a otros propósitos, y el otro se observa en la manera en que la organización produce un bien público, que implica otorgar beneficios a hacia otras personas aunque no sean parte activa de la organización (Coleman, 2011).

Por su parte Bourdieu (2001) identifica el capital social a través de relaciones de intercambio, susceptibles de ser institucionalizadas, es decir garantizadas socialmente. Estas relaciones

mantiene una conexión inseparable en su dimensión material y simbólica, y este capital se sostiene en la medida en que esta unión persista, motivo por el cual no pueden únicamente reducirse a un asunto de proximidad física, económica o social. Por tanto, no es posible definirlo exclusivamente por relaciones de vecindad, deben existir otros aspectos en juego. Adicionalmente en Bourdieu (2001), el capital social no puede ser entendido como independiente del capital económico y cultural de una persona, pues su disposición total de capital social estará conformado por la red de relaciones que este sea capaz de movilizar y la disposición de capital económico y simbólico que detentan aquellos con los que se relaciona, y es ahí donde reside el poder multiplicador que tiene este tipo de capital en la sociedad.

Dos aspectos que se han relevado como importantes en el análisis del capital social son las relaciones de cooperación y confianza (Durston 2002). En referencia específica a la sociedad chilena, Lechner (1999) da cuenta cómo se ha vivido un proceso de individualización, expresado en una pérdida de valores compartidos e identidades colectivas, que han llevado a que expresiones de ciertas relaciones de confianza y cooperación se desarrollen de manera más acotada en espacio y tiempo. En función de esto resulta pertinente analizar las relaciones de confianza y cooperación de manera gradual, que puede presentar oscilaciones e intermitencias en sus expresiones, con diferente intensidad en el transcurso del tiempo. Entendiendo también que las expresiones del capital social poseen un carácter situacional y dinámico, y por tanto deben ser contextualizadas en el tipo de sociedad en que se analizan.

La reflexión en torno a lo asociativo es también un asunto relevante en el análisis de la relación de las personas con las instituciones. El debilitamiento en el tejido social de la sociedad chilena, del cual han dado cuenta algunos estudios (Lechner, 1994; PNUD, 1998, 2000) acontece en el marco de los procesos de modernización a partir de los ajustes macroeconómicos que, como se planteó, tuvieron lugar en todo el continente, pero que se han expresado con mayor énfasis en nuestro país. Se ha identificado que el escenario en la vida asociativa y participación social de la sociedad civil en el Chile de las últimas tres décadas es signo del déficit democrático que conllevó la transición de la dictadura a la democracia en Chile, puesto que las instituciones públicas, y el gobierno a nivel central y local, no han sabido abrir espacios de incidencia en la población (Delamaza, 2009). Si bien se ha reconocido que los gobiernos de la transición consideraron algunos espacios de participación, estos han sido limitados, y se han enfocado en la ejecución de

programas específicos dirigidos de manera focalizada a sectores de extrema pobreza y pobreza. Para Delamaza (2009) esto sería un síntoma de déficit democrático, que afecta de manera directa la legitimidad de las instituciones, pues existiría una retroalimentación entre el fortalecimiento de las instituciones públicas y el fortalecimiento de la vida asociativa. Promover participación real entrega confianza en las instituciones facilitando la legitimidad de estas. A través de las prácticas asociativas se genera un canal de representatividad entre la sociedad y las instituciones.

En esta línea Ruiz (2015) incorpora en la problematización el análisis de cómo el proceso de transición democrática en Chile se caracteriza por la ausencia de los viejos actores sociales, los tradicionales grupos medios y obreros, quienes resultan marginados de la toma de decisiones convirtiendo el espacio de la política en un asunto netamente procedimental que excluye a los actores sociales (a excepción del gran empresariado).

Objetivos

Objetivo general

Describir las prácticas y trayectorias asociativas de mujeres habitantes de una unidad barrial de la comuna de Maipú en la ciudad de Santiago desde el análisis de un contexto de individualización en la sociedad chilena actual.

Objetivos específicos

- Describir cómo las características de la vida asociativa de mujeres de un barrio en Maipú se enmarcan dentro de procesos individualización en la sociedad chilena, específicamente en relación a la construcción de identidad.
- Explorar cómo se manifiestan y qué papel juegan los diversos contextos de socialización de las mujeres a estudiar en el desarrollo de las prácticas y trayectorias asociativas.

- Indagar de qué manera atributos como la confianza interpersonal e institucional (sociabilidad horizontal y vertical) se expresan en los relatos de las mujeres investigadas en relación a las prácticas e historia asociativa de la unidad barrial que habitan.

Pregunta de Investigación

“¿Qué características tienen las prácticas y trayectorias asociativas en mujeres de una unidad barrial en la comuna de Maipú, y cómo estas son plausibles de explicar en el marco del análisis de los procesos de individualización de la sociedad chilena actual?”

Hipótesis de trabajo

Los procesos de modernización e individualización en la sociedad chilena en las últimas décadas ha generado la construcción de nuevas formas de identidad social, que implican a su vez la emergencia de relaciones de asociatividad a nivel local de carácter fragmentado y con cierta dependencia institucional, centrados en la búsqueda de soluciones que mejoren las condiciones de subsistencia y el acceso a servicios básicos, que han sido restringidos por el carácter subsidiario y altamente focalizado de las políticas públicas. Lo anterior, a nivel general, ha sido tematizado como parte de las características del proceso de individualización en las sociedades modernas.

Adicionalmente, la participación de mujeres en el espacio local en iniciativas de acciones asociativas, si bien son puntuales y acotadas, se encuentran motivada por una búsqueda de reconocimiento identitario ante la comunidad y la administración local, como sujetos de derechos sociales y políticos, como parte de la trayectoria asociativa recorrida en el contexto de la vida comunitaria.

II. MARCO TEÓRICO DE REFERENCIA

2.1. Modernización reflexiva e individualización

Se ha tematizado en la teoría social desde hace un tiempo que vivimos en una época de transformaciones en países de occidente, donde se observa el paso de la sociedad industrial a una postindustrial, que ha sido denominada como “modernización reflexiva” (Beck, 1998a). Se trata de una nueva etapa de la modernidad, caracterizada por la pérdida de relevancia de las clases sociales sin que se alteren las desigualdades sociales, las que incluso se agudizan. Frente a estas transformaciones Beck plantea que la modernidad debe reescribirse, redescubrirse y reinterpretarse, para lo cual propone el concepto de “sociedad de riesgo”, para el autor en la medida en que una sociedad que se auto percibe como sociedad de riesgo se convierte en reflexiva (Beck, 1997). Lo que genera este proceso de cambio y transformaciones se encuentra en el seno mismo de la modernidad, son sus propias dinámicas modernizadoras las que dan paso a una nueva expresión de esta. Los riesgos se presentan en lo cotidiano, no necesariamente desde el exterior, y se caracterizan por ser el resultado de los esfuerzos realizados para controlarlos. En este sentido Beck (1998a) plantea la idea que la misma sociedad industrial ha creado las fuerzas de su destrucción. Dado que la idea de sociedad moderna no se ha concretado empíricamente en ninguna parte, los principios de la modernidad (democracia, trabajo asalariado, racionalidad) y principios que apuntan a su contrario (como exclusión) coexisten en los diferentes tipos de sociedad industrial. La sociedad industrial comúnmente entendida como sociedad moderna en el paradigma de la sociología de la modernización clásica, se comprende en el enfoque de la modernización reflexiva como una sociedad “semi-moderna”, en donde se desarrolla un proceso dialéctico entre modernización y contra-modernización que se elabora y expresa en la política. Con esto el autor plantea que la contra-modernidad no es un efecto no deseado de la modernidad misma, sino más bien, es una institución o un proyecto fundado con los mismos recursos de la modernidad: la ciencia, el desarrollo tecnológico, la política, entre otros.

En segundo lugar, el autor plantea que lo propio de la sociedad del riesgo es el desarrollo de procesos de modernización e individualización, donde las personas se ven forzadas a armar como puedan su vida y sus vínculos sociales, tanto a nivel colectivo como individual. Además, la noción de riesgo implica una amplia variedad de opciones y decisiones, mientras más decisiones, mayores son los riesgos, se produce un aumento de la incertidumbre. La teoría de la sociedad de riesgo se

vincula con los procesos de individualización en los ámbitos del trabajo, la vida familiar, las relaciones de género, la biografía reflexiva y la autoidentidad. Por tanto Beck (1997) señala que su aplicación concreta se puede observar en dos corrientes: i) la sociología del género, de la familia o las formas de vida casi familiares; ii) en la sociología enfocada a la sociedad del trabajo en el contexto de cambios estructurales.

El proceso de individualización que refiere el autor se desarrolla en un contexto previo (al menos en los países ricos de occidente), de condiciones de vida materiales relativamente altas y avanzados sistemas de seguridad social, para dar paso a un quiebre histórico de las condiciones tradicionales de clase y las dinámicas de aprovisionamiento de las familias, forzando a los individuos a remitirse a ellos mismos y su destino laboral individual asumiendo de manera personal todos los riesgos, oportunidades y contradicciones. Con esto se van generando situaciones tendientes a la individualización de la existencia, las personas se ven obligadas a centrarse en sus propios planes de vida, para asegurar su supervivencia material, desvaneciéndose categorías que dan cuenta de formas típicas de las sociedades de grupos grandes (clases sociales, estamentos) (Beck, 1998b), propias de la modernidad simple, industrial, donde las condiciones y experiencias de vida se organizaban socialmente en clases, en la que las posiciones ocupacionales o profesionales en el sistema de producción condicionaban las formas de vida, consumo, tiempo libre y opiniones políticas (Beck, 1998a).

La modernización reflexiva “sustituye los supuestos culturales de las clases sociales por formas de individualización de la desigualdad social” (Beck, 1998a, p. 68), si bien las clases sociales se desdibujan, las formas de desigualdad se agudizan, al mismo tiempo que se disipan temporal, espacial y socialmente. El fenómeno de ausencia de clases sin que se alteren las formas de desigualdad social, se expresa en ámbitos como el desempleo masivo, y el aumento en general de lo que Beck (1998b) denomina “zonas grises”, que son situaciones de empleabilidad (como formas de subocupación o trabajo informal) que no se condicen con formas de vida características de una cultura de clases. Frente a esto, los problemas estructurales de la sociedad son percibidos por las personas como expresión de fracaso personal, apareciendo una nueva forma de articulación de individuo y sociedad, donde las crisis sociales se manifiestan como crisis individuales y su carácter solo se percibe de manera condicionada. Es uno de los sellos de estas transformaciones, su carácter silencioso, casi imperceptible.

Esta individualización y transformaciones descritas van acompañadas de procesos de institucionalización y estandarización de las situaciones de vida (Beck, 1998b). El individuo liberado de las formas presentes en la sociedad industrial, se hace dependiente del mercado laboral, y con esto de la educación, del consumo, de las regulaciones sociales, de las posibilidades a las que puede acceder y se imponen en materia de acceso a salud, entre otros.

El autor sostiene que existe un carácter contradictorio en este proceso de individualización, pues la misma toma de conciencia del fenómeno puede derivar en la reaparición de nuevas comunidades socioculturales, ya sea a través de iniciativas ciudadanas y/o movimientos sociales, o que en estos mismos procesos de individualización, se despierten movimientos de búsqueda que tensionen las formas de abordar las relaciones sociales y la propia vida. A esto le llama Beck (1998b) comunidades en experiencias de protesta, en resistencia contra las intrusiones administrativas e industriales en lo privado, “en la vida propia”. “En este sentido, los nuevos movimientos sociales (ecología, paz, mujeres) son, por una parte, expresión de las nuevas situaciones de peligro en la sociedad del riesgo y de las contradicciones entre los sexos; por otra parte, sus formas de politización y sus problemas de estabilidad son el resultado de procesos de formación social de identidad en mundos de la vida destradicionalizados, individualizados.” (Beck, 1998b, p. 98).

Los roles impuestos por las instituciones se desdibujan y surgen nuevos conceptos como subjetividad y nuevas formas de acción, es aquí donde reside la invención de lo político (Beck, 1998a). El autor definirá a modo hipotético algunas dicotomías que surgen en el ámbito de lo político en la modernidad reflexiva: i) seguro-inseguro; ii) adentro-afuera y iii) político-apolítico.

En la oposición seguridad-inseguridad, Beck (1998a) plantea que lo que es percibido como peligro, amenaza o riesgo, es una construcción social, son las percepciones y valoraciones sociales, expresadas a través de normas e ideas culturales sobre la seguridad, lo que definirán si algo es alarmante o no. La seguridad y su amenaza remiten directamente a los derechos de la vida y supervivencia, y es probable que estos peligros provengan precisamente por parte de quienes deben garantizar la seguridad y el bienestar.

En la segunda dicotomía Beck plantea el “fin de los otros” (Beck, 1998a), a través de la falta de límites frente a las consecuencias y peligros de la sociedad de riesgo. Esta ausencia de límites no

se expresa en unidad, más bien, se manifiesta en aumento de la sensación de amenaza y de pérdida de control.

Bauman (2008) recurre a los conceptos de incertidumbre respecto al futuro, fragilidad en las posiciones sociales e inseguridad existencial, como características de lo que definirá como “modernidad líquida”, dando cuenta también de este fenómeno de pérdida de control individual y aumento en el miedo, que lo llevará a reflexionar sobre cómo se expresa esto en el carácter segregador y excluyente de los procesos de modernización urbana.

2.1.1. Los dilemas de la modernidad en el espacio urbano

Autores como Bauman (2008) han planteado que la experiencia humana se origina y desarrolla en torno a *lugares*, donde se gestiona la vida compartida, o se intenta hacerlo, y se configuran los sentidos de la vida. Para este autor las ciudades constituyen los actuales espacios en donde se concentran las inseguridades elaboradas por la misma sociedad de manera más intensiva y particular. La elevada densidad de las interacciones sociales presentes en las áreas urbanas han tendido a expresar en el último tiempo fenómenos como miedo e inseguridad, aspectos que no siempre han sido una característica de este espacio, y por tanto se comprenden como más recientes (Z. Bauman, 2008).

Las ciudades se han ido alejando del papel que históricamente desempeñaron, como lugar de refugio y seguridad, para convertirse en una de las principales fuentes de peligro y amenaza de sus propios habitantes. Una de estas expresiones es ejemplificada por Bauman (2008) a través de las edificaciones con estrictos controles de vigilancia, que buscan la separación con respecto a los otros, que son extraños. “Separar y mantener a distancia se ha convertido en la estrategia más habitual en la lucha urbana por la supervivencia” (Z. Bauman, 2008, p. 105). Esta separación se expresa a modo de guetos urbanos voluntarios e involuntarios, donde quienes carecen de medios terminan siendo desplazados de las zonas de mayor confort y seguridad de la ciudad, hacia barrios más alejados de quienes pueden establecer esta distancia a través del poder adquisitivo.

Son estos grupos quienes se mantienen más territorialmente anclados al lugar en que habitan, pues tienen menores posibilidades de movilidad social y de conexión con el mundo global, al

contrario de las personas que sí eligen voluntariamente su lugar de residencia, para quienes generalmente sus preocupaciones e intereses trascienden el lugar en que habitan. “Los habitantes del nivel inferior están condenados a seguir siendo locales, por lo que es lógico y obligado suponer que centrarán su atención y sus preocupaciones, junto con sus quejas, sueños y esperanzas, en los asuntos del lugar” (Z. Bauman, 2008, p. 109).

Las ciudades constituyen espacios donde habitan personas que siendo extrañas entre sí, conviven con estrecha proximidad. La cercanía con desconocidos incrementa las dosis de incertidumbre en la vida de quienes residen los espacios urbanos. Bauman (2008) define que esta presencia de los otros, tan próxima e imposible de evitar, se traduce en el incremento de ansiedad y agresividad, la mayoría de las veces de carácter latente, que está en constante riesgo de hacerse manifiesta. Definido como un miedo generalizado a lo desconocido, que tiende a ser canalizado en categorías construidas de “forasteros” que representan lo no familiar, y por lo mismo, constituyen un signo de amenaza y peligro. Una forma de descarga de este malestar hacia los otros es la segregación, asignando a cada grupo espacios separados, en la búsqueda de una “comunidad de semejantes”. Esta búsqueda de semejantes no necesariamente indica que se busquen o se logren espacio de interacción real entre las personas:

“Cuanto más tiempo permanecen las persona en un medio uniforme – en compañía de otros ‘como ellos’ con los que se puede ‘socializar’ de modo superficial y trivial, sin exponerse a malentendidos y sin tener que bregar con la molesta necesidad de traducir entre distintos universos de sentido – más probabilidades hay de que ‘desaprendan’ el arte de negociar significados compartidos (...) Puesto que han olvidado o descuidado la adquisición de habilidades necesarias para vivir una vida grata en medio de la diferencia...” (Z. Bauman, 2008, p. 126)

Una de las características que Bauman (2008) define como fundamentales de la vida urbana contemporánea es la influencia recíproca que se produce entre las fuerzas de la globalización y el modo en que se reproducen las identidades de los territorios urbanos. El único recurso disponible de los sectores separados de modo involuntario, es su identidad. Estos poderes globales y los sentidos e identidades se encuentran y confrontan, dicha dinámica es uno de los aspectos centrales que Bauman (2008) ha definido como propio de la ciudad de la “modernidad líquida”.

Bauman (2008) plantea que en la modernidad líquida los poderes reales se posicionan en espacios de acción globales, mientras que gran parte de las instituciones de acción política continúan

ancladas territorialmente. De esta manera dichas instituciones son más bien locales, y por esta característica los organismos públicos locales que operan en el espacio urbano frecuentemente no disponen de cuotas de poder suficientes para actuar eficaz y soberanamente. Al mismo tiempo, se margina a la política de los asuntos extraterritoriales. De esta manera, la política para el autor tiende a ser casi exclusivamente local, concentrándose de manera acotada en cuestiones locales y relaciones de vecindario. Incluso algunos problemas que son percibidos como globales, como la contaminación atmosférica u otros, pasan a ser terreno de discusión política cuando se localizan cerca de nuestro entorno, cuando se instala una planta contaminante en el barrio, por ejemplo.

Lo anterior refuerza la idea en torno a que las ciudades se han transformado en el “vertedero de problemas engendrados y gestados globalmente” (Z. Bauman, 2008, p. 118). Esto trae como consecuencia, que la política local urbana se encuentre sobrecargada, superada en su capacidad de ejecución. Debiendo dar solución a problemas derivados de los efectos no deseados de una modernización globalizadora, con medios y recursos que este mismo proceso de globalización convirtió en insuficientes e inadecuados. En esto último radica la incertidumbre con que operan las instituciones públicas, y que es raramente reconocida como tal.

2.1.2. Incertidumbre e individualización en la sociedad chilena

Es la expresión del miedo al otro, presente en el Informe del año 1998 del PNUD, una muestra del fenómeno descrito en los párrafos anteriores. En el informe se identifica en la sociedad chilena un malestar que constituiría el germen de situaciones de inseguridad e incertidumbre en las personas. A partir de este análisis desde el PNUD se instala como pregunta: “¿Por qué las personas se sienten inseguras si la modernización de los sistemas e instituciones sociales muestra y augura un aumento de las oportunidades?” (PNUD, 1998, p. 53).

Se plantea que las transformaciones que se han llevado a cabo de manera global en el actual proceso de modernización le han otorgado un nuevo significado a fenómenos ya conocidos como la inseguridad y el riesgo. Por tanto la reflexión que realiza el PNUD (1998) sitúa el malestar de la sociedad chilena en el contexto del desafío del proyecto de modernidad en desarrollo.

Un primer análisis que realiza el PNDU centrado en el concepto de incertidumbre, plantea que ésta sería el resultado de cualquier proceso de cambios acelerados, donde se abandonan las formas tradicionales sobre cómo se percibía la sociedad y a sí mismos; y que dado su carácter vertiginoso, no permite que estas antiguas formas sean sustituidas por otras nuevas, dejando a las personas sin certidumbres.

Conjuntamente, se advierte que en la sociedad chilena actual se incuba la incertidumbre, como consecuencia del incremento de la complejidad en la vida social. Las oportunidades y flujos de información que permite la sociedad moderna, junto con la ampliación de libertades de las personas para elegir, sobrepasa la capacidad de comprensión y discernimiento en torno a tan amplia variedad de posibilidades.

En tercer lugar se menciona el impacto que tiene el proceso de modernización en las relaciones sociales y la confianza. Donde una de las características de la modernización actual es una progresiva individualización y un debilitamiento de los vínculos sociales. De esta manera, se percibe a los otros como desconocidos, ante los cuales las expresiones de confianza conllevan inciertas consecuencias.

Paralelamente existiría una transformación que alteraría las formas de representación y relación entre los individuos (y sus necesidades personales y colectivas) con las instituciones sociales. Lo anterior resultaría en una desconfianza de las personas hacia la institucionalidad pública.

El PNUD (1998) plantea que en una sociedad con estas características, propias de un acelerado proceso de modernización, los proyectos se presentan como individuales, desplazando los proyectos colectivos. En estas condiciones las personas perciben su devenir como lleno de oportunidades, pero también de riesgos y amenazas. Donde cada uno está llamado a construir su propio futuro, de manera individual, y pagando de esta misma manera los costos de sus decisiones, aumentando la sensación de aislamiento y desprotección. Ruiz (2015) advierte que el proceso de modernización neoliberal en Chile, que consideró la abolición de políticas sociales de apoyo en materia habitacional, educacional, de jubilación y salud, conllevó a una sensación de inseguridad tal, imposible de resolver pese a que se registre un incremento en el nivel de ingresos generales de la población (Ruiz, 2015).

Todas estas interpretaciones se engloban en el marco de las actuales corrientes que han problematizado la modernización y sus recientes transformaciones. En este contexto, la tesis del PNUD (1998) sostiene que si bien la incertidumbre y la seguridad son rasgos permanentes de la vida en sociedad, en el escenario actual de modernización la forma en que se ha definido la relación entre sociedad, seguridad e incertidumbre ha resultado ser problemática. Específicamente para el caso chileno, el fenómeno de la incertidumbre y seguridad conllevan características propias, de acuerdo a su contexto y de los singulares problemas de integración social que han sido producto de la modernización.

Un análisis más reciente en nuestro país (Araujo & Martuccelli, 2012) releva el carácter sui generis del individualismo en la sociedad chilena y los rasgos de los individuos producidos por esta. Para estos autores, lo que se observa en Chile es la expresión de una individuación no institucional, en contraste con las corrientes de individualización desarrolladas inicialmente en Alemania e Inglaterra (en referencia Beck, Bauman, Giddens, entre otros). "... lo que encontramos es que ni la sociedad chilena ni la producción de sus individuos pueden interpretarse desde una prescripción institucional central" (Araujo & Martuccelli, 2012, p. 139).

La crítica adicional de los autores a estas corrientes, se asocia a lo que manifiestan como un efecto de homogenización. A su juicio, se impone una representación demasiado homogénea de la sociedad, sin importar los ámbitos de análisis, la institución de la escuela, la familia, el trabajo, entre otras cosas. Sin embargo, además, existe para ellos otro foco más crítico en esta teoría, que radica en la dificultad para explicar algunos fenómenos estructurales involucrados en el proceso de producción de los individuos. Si bien las instituciones no están al margen de este proceso, no son las únicas. Para Araujo y Martuccelli (2012) el individuo en Chile no puede ser entendido desde la tesis del individualismo institucional. La razón que los autores esgrimen es que en nuestro país muchas iniciativas individuales se afirman por fuera o en contra de las instituciones, percibiendo con esto que sus méritos y capacidades no se encuentran reconocidos por estas. El individuo tiene que constituirse teniendo en consideración que las instituciones tienen un carácter limitado, si bien "depende" de alguna manera de las instituciones, se percibe distante de ellas, su desafío es aún mayor, pues debe resolver sus condiciones de existencia sin las instituciones.

Existe además un carácter ambivalente en relación a las instituciones, pues no solo no entregan protección, además constituyen en ocasiones una fuente de abusos, cuando refieren por ejemplo al ámbito del trabajo (Araujo & Martuccelli, 2012). Esta sería la particularidad de la realidad chilena, donde las personas deben hacer frente a un conjunto de diferentes desafíos estructurales, haciéndose cargo por sí mismas de esta tarea, que en otras sociedades tienden a ser compensadas, al menos en parte, por las instituciones.

En Chile los individuos deben hacer frente tanto a problemas de nivel macro (inflación, crisis políticas, entre otros) como micro (despidos, crisis familiares, problemas de salud, entre otros). Araujo y Martuccelli (2012) señalan que esto puede responder a la situación de muchas sociedades, pero es en los modos de enfrentarlos lo que constituye la diferencia de los modelos de individualidad. “En el caso de Chile la situación produce un individuo que tiene que hacerse cargo de sí mismo, pero de una manera distinta a la reseñada en otras experiencias nacionales. Por supuesto, también aquí el individuo es hecho responsable de su vida, pero, a diferencia de lo que ha sido discutido para otras sociedades, no es su capacidad de elección y de autonomía la que es interpelada. El individuo se siente arrojado en la sociedad.”(Araujo & Martuccelli, 2012, p. 244) . En la conceptualización a la que refieren los autores: son empujados a ser actores o hiperactores, a los que se exige la capacidad de ir manejando los diversos desafíos estructurales a los que se enfrenta.

El individuo se encuentra obligado a sortear diferentes contingencias sociales de manera personal, aun cuando pueda recurrir a recursos institucionales, solidaridades o redes grupales. Los autores señalan que en Chile se observa de alguna manera un individualismo relacional. El individuo se estructura a partir de la vida social, y dado que es abandonado por las instituciones, dispone para su subsistencia de sus relaciones interpersonales. Es su habilidad relacional la que posibilita hacer frente a situaciones asimétricas de poder, sortear los obstáculos de las instituciones, encontrar oportunidades en un entorno de inconsistencias e incertidumbres. “El individualismo en Chile no logra jamás desatenderse enteramente ni de los otros ni de los colectivos.”(Araujo & Martuccelli, 2012, p. 247)

Los autores se preguntan si esto es realmente algo nuevo, en qué se diferenciaría de las relaciones tradicionales que descansan en una ética cristiana sostenida en la reciprocidad, ¿se trata este

carácter relacional de otro nombre para el capital social? Al respecto señalan que no sería así, pues el individuo relacional no es sus relaciones, no se concibe únicamente desde ellas, no hay una conciencia personal o una identidad que se homologue a sus relaciones comunitarias. “Lo relacional tiene claros rasgos individuales” (Araujo & Martuccelli, 2012, p. 247). En este sentido el híper-actor debe articular la lucha de sus intereses con sus diversos compromisos sociales. Este individuo no está libre del individualismo.

2.2. La asociatividad: desde el enfoque del capital social

Se ha relevado la importancia de la asociatividad en dos sentidos, en primer lugar, como ámbito crucial para el desarrollo de la vida social, que es a la vez un componente clave en el concepto de desarrollo humano (PNUD, 2000); y en segundo lugar, se ha planteado la importancia de lo asociativo para el logro de una democracia plena, dado que cuando existe mayor asociatividad se observan, a su vez, mayor confianza y legitimidad en las instituciones (Delamaza, 2009; Paredes, 2011; PNUD, 2000). En este sentido, lo asociativo se ha entendido considerando su importancia en el fortalecimiento del tejido social, de la vida en comunidad en general, algo así como un fin en sí mismo para quienes vivimos en sociedad. Pero también lo asociativo se concibe, desde una mirada más institucional, como una dimensión importante para el sustento de la democracia, en la medida en que a través de las prácticas asociativas se genera un canal de representatividad entre la sociedad y las instituciones.

Ha sido propuesto anteriormente por Lechner (1999), en el contexto de los resultados del Informe del PNUD del año 1998, para el análisis de socialización e individualización, la utilización del concepto de capital social, que este autor define como “la trama de confianza y cooperación desarrollada para el logro de bienes públicos” (Lechner, 1999). El capital social de manera genérica englobaría la asociación de personas para el logro de un fin común, y por tanto lo asociativo en su definición podría entenderse como una expresión de este capital en la sociedad.

Si bien los primeros orígenes y desarrollos del concepto de capital social se ubican en el ámbito de estudios de las actividades económicas, desde la teoría social ha sido abordado por Coleman (Coleman, 2011), Bourdieu (Bourdieu, 2001) y Putnam (Putnam, 1993), por nombrar sus primeros

representantes, y posteriormente tematizados por otros autores que han ampliado su complejidad abordándolo desde diversas dimensiones.

Incorporando la definición utilizada por Loury (1987; 1977) (Coleman, 2011) plantea una conceptualización del capital social, sin delimitarla exclusivamente a las relaciones de carácter económico, para él, el capital social constituye relaciones de confianza entre personas que se asientan en un conjunto de normas y valores compartidos. Este capital social, surgiría cuando las relaciones de las personas se dirigen hacia la acción, siendo el capital social no algo propio de los individuos, sino más bien, de las relaciones entre ellos. Las organizaciones voluntarias, desde el análisis que realiza Coleman (2011), para lo cual da algunos ejemplos como los centros de padres u organizaciones de residentes, generan subproductos del capital social: uno de estos se origina conforme el funcionamiento de la organización se va adaptando a otros propósitos, el segundo subproducto del capital social se observa en la manera en que la organización produce un bien público, lo que se expresa conforme su quehacer disponga beneficios a hacia otras personas, independiente de sí son parte o no de la organización (Coleman, 2011, p. 398).

Por otra parte, Bourdieu (2001) hace un llamado a utilizar el concepto capital en todas sus expresiones, no solamente en la forma en que ha sido utilizado por la teoría económica, requerimiento importante para entender cómo se estructura y desarrolla el mundo social. Reconoce al capital social como una de las tres formas en que se presenta el capital, los otros son el capital económico y el capital cultural. El autor definirá el capital social “constituido por la totalidad de los recursos potenciales o actuales asociados a la posesión de una red duradera de relaciones más o menos institucionalizadas de conocimiento y reconocimiento mutuos” (Bourdieu, 2001, p. 148), que definen la pertenencia a un grupo de personas. Se expresa de manera práctica en relaciones de intercambios materiales y/o simbólicos y son susceptibles a ser institucionalizadas y con esto garantizadas socialmente, ya sea con la nominación específica que identifique la pertenencia a un grupo, para lo cual el autor propone los ejemplos de familia, clase, clan o partido; o con una variedad de *actos de institucionalización* que caracterizan a quienes los ejecutan y evidencian que en ellos existen conexiones de capital social.

Para Bourdieu las relaciones de intercambio en las que se expresa el capital social mantienen una conexión inseparable en su dimensión material y simbólica, y este capital es mantenido en la

medida en que esta unión persista, motivo por el cual no pueden únicamente reducirse a un asunto de proximidad física, económica o social. Por tanto, no podría definirse el capital social únicamente por relaciones de vecindad sin que existan otros aspectos en juego. Adicionalmente en este autor, el capital social no puede ser entendido de manera independiente al capital económico y cultural de un individuo, pues su disposición total de capital social estará conformado por la red de relaciones que este sea capaz de movilizar y la disposición de capital económico y simbólico que detentan aquellos con los que se relaciona, en otras palabras no daría lo mismo quienes constituyen las red de relaciones que sustentan el capital social de una persona. En esto último, se manifiesta el poder multiplicador que tiene este tipo de capital en la sociedad.

La solidaridad entre los miembros de un grupo se fundamenta en los beneficios que genera la pertenencia a este, lo que para Bourdieu no implica necesariamente que exista una búsqueda consciente de estos en la asociación con otros, sin embargo la existencia de capital social conlleva de igual manera beneficios tanto materiales como simbólicos.

Autores posteriores han reflexionado sobre el capital social como concepto; Pizzorno en (Bagnasco et al., 2003) plantea que tanto en Coleman como en Bourdieu hay un cierto uso instrumental en relación al concepto de capital social, el que se concibe como medios para la consecución de determinados fines, mientras Putnam (1994), otro de los precursores del concepto, abordaría el concepto desde lo sociocultural, definiendo al capital social como el grado de confianza existente entre los actores sociales de una sociedad, las normas de comportamiento cívico practicadas y el nivel de asociatividad que caracteriza a esa sociedad.

Varios autores han destacado el carácter situacional y dinámico del concepto capital social, de esta forma, "particulares recursos relacionales son importantes sólo en particulares contextos y en referencia a objetivos específicos; son ineficaces o dañinos respecto de otros" Piselli en (Bagnasco et al., 2003, p. 62), por tanto, no se pueden establecer tan fácilmente generalizaciones con respecto a las formas en que este se expresa. Esto es coherente a su vez con lo que plantea el antropólogo Bahamondes cuando señala que el uso del concepto capital social debería estar pensando en función de algo que "singulariza" una determinada relación, dentro de un marco interpretativo que le otorga sentido y poder explicativo" (M. Bahamondes, 2004). Este marco interpretativo estaría dado por los contextos situacionales en los que se daría una singular forma

de relación, la que varía en función de ese mismo contexto y también de la posición de los actores en las estructura social, y por esto es que posee un carácter dinámico; “lo que se quiere conocer son los mecanismos a través de los cuales los individuos, los grupos, o colectivos más amplios, elaboran estrategias para alcanzar sus objetivos” (M. Bahamondes, 2004, p. 61).

Se han planteado en torno a la idea de capital social diversas críticas aludiendo principalmente a su dificultad operacional (M. Bahamondes, 2004; Lechner, 1999), buscando esclarecer las dimensiones relevantes del concepto, Lechner (1999) identifica tres ámbitos de importancia en los que se expresaría el capital social, en base a la propuesta de Harris y De Renzio (1997): 1) relaciones informales de confianza y cooperación; 2) asociatividad formal y 3) el marco institucional, normativo y valórico.

Desde esta reflexión es que se considerará importante, para efectos de la presente investigación, aquellas prácticas asociativas centradas en los primeros dos niveles descritos: la confianza y la cooperación en el ámbito no formal y las formas de asociatividad formal que se expresan en la pertenencia a las organizaciones, ambos tipos de relaciones, se considerarán elementales en las trayectorias asociativas que interesa investigar.

La cooperación se ha definido como la acción complementaria orientada al logro de objetivos compartidos de una actividad (Durston, 2000). Implica la manifestación práctica de arreglos recíprocos para llevar adelante una acción que requiere del concurso organizado de individuos (M. Bahamondes, 2004). En general emerge producto de los vínculos de confianza y las relaciones de reciprocidad.

Por su parte la confianza “es el resultado de la repetición de interacciones con otras personas, donde se muestra, en la experiencia acumulada, que responderán con un acto de generosidad, alimentando un vínculo que combina la aceptación del riesgo con un sentimiento de afectividad o identidad ampliada” (Arriagada et al., 2003). Se funda y garantiza principalmente en una ética de la responsabilidad individual, que a su vez descansa en el hecho de que toda persona cumple y respeta las promesas y compromisos que ha declarado frente a otros (Valenzuela & Cousiño, 2000). Para estos autores la confianza es importante puesto que el cumplimiento de las promesas es también el fundamento de la capacidad asociativa, vale decir, de la habilidad para ‘hacer cosas’ con extraños, para juntarse con desconocidos en torno a objetivos y tareas comunes.

En referencia específica a la sociedad chilena, Lechner (1999) da cuenta cómo se ha vivido un proceso de individualización con pérdida de valores compartidos e identidades colectivas, que deviene en expresiones de relaciones de confianza y cooperación más acotadas en espacio y tiempo. En función de esto, es que propondrá la posibilidad de analizar las relaciones de confianza y compromiso de manera gradual, que puede presentar oscilaciones e intermitencias en sus expresiones, con diferente intensidad en el transcurso del tiempo. Y que existiría además dotación diferenciada de capital social dependiendo de categorías socioeconómicas o demográficas como la edad, el género, y el nivel socioeconómico, se retomarán algunas de estas ideas un poco más adelante.

También es pertinente poner atención en el hecho que varios autores han constatado la existencia de formas asociativas de connotación negativa (Kliksberg, 1999; Lechner, 1999), como por ejemplo las que dan sustento a organizaciones de mafias o crimen organizado, en donde de igual manera subyacen redes de confianza y cooperación. Al respecto Lechner se interroga en torno a los criterios que permitirían distinguir el capital social "bueno" del "malo", para lo cual propone el compromiso cívico, planteado por Putnam, o la producción de un bien público.

Una línea adicional de utilización del concepto, ya de carácter más funcional, vincula a este con las temáticas de pobreza y desarrollo, generadas desde los organismos internacionales, tales como el Banco Mundial que conceptualiza al capital social en referencia a las instituciones, relaciones normas que conforman la calidad y cantidad de las interacciones sociales de una sociedad (Banco Mundial, 2002). El BID también ha incorporado el concepto en sus líneas de investigación, poniendo énfasis en sus dimensiones éticas y culturales, al abordar factores como el clima, la confianza social, el grado de asociatividad, la conciencia cívica, los valores éticos y la cultura (Arriagada et al., 2003). Por su parte, el Programa de Naciones Unidas para el Desarrollo (PNUD), ha definido el concepto en torno a relaciones informales de confianza y cooperación, asociatividad formal en organizaciones de diversos tipos y marco institucional normativo y valórico de una sociedad que fomentan o desincentivan las relaciones de confianza y compromiso cívico (Lechner, 1999).

Comúnmente se ha tendido a enfatizar que en muchas sociedades son los pobres quienes disponen de relaciones y comunidades con niveles de capital social mucho más altos que los de las

elites o los sectores medios de la sociedad. Esto, dado que la sociabilidad es una parte esencial de las estrategias de vida de aquellos sectores que disponen de recursos materiales, u otros, limitados, por tanto, se supondría que la participación y la organización en muchos contextos y situaciones, cumplen la función de asegurar los ingresos, bienes y servicios cruciales para la sobrevivencia Díaz-Albertini en (Arriagada et al., 2003). Collier (1998) refuerza esta idea, indicando que el costo de oportunidad del tiempo es mucho más bajo para los pobres, lo que los conduce a invertir este recurso con mayor facilidad en acciones colectivas. Sin embargo, Díaz Albertini considera un punto de vista opuesto al sostener que para la población en contextos de pobreza el tiempo tiene un costo de oportunidad mayor, puesto que es uno de los pocos recursos disponibles para asegurar lo mínimo necesario.

2.3. La experiencia asociativa desde los procesos de socialización

Una de las formas en que se intentará comprender lo asociatividad remite a un plano de carácter más individual, donde interesa considerar las motivaciones, intereses y disposiciones que llevan a las mujeres sujetos de esta investigación a desarrollar prácticas asociativas. En este sentido, entendiendo que la vida cotidiana se compone de una realidad objetiva y una realidad subjetiva (Berger & Luckmann, 1976), es pertinente indagar en torno a aspectos en la vida de los individuos que permitan comprender sus prácticas a partir de los procesos de socialización. Para Berger y Luckmann (1976) la socialización corresponde al proceso mediante el cual el individuo internaliza la realidad objetiva volviéndola subjetivamente significativa para sí. Se manifiesta en que la realidad del otro generalizado, se vuelve comprensible y accesible para el individuo socializado. En este sentido, internalización (que desencadena el proceso de socialización) “constituye la base, primero, para la comprensión de los propios semejantes y, segundo, para la aprehensión del mundo en cuanto realidad significativa y social” (Berger & Luckmann, 1976, p. 163). No es solo la comprensión del mundo del otro, es cuando ese mundo, también se vuelve parte de la realidad significativa del individuo socializado. Es en este grado de internalización de la realidad, en que se puede considerar al individuo parte de la sociedad.

Los autores han identificado la socialización en dos fases en la vida de un individuo, una primera etapa de socialización primaria que se desarrolla en la niñez, y mediante la cual se convierte en

miembro de la sociedad. Y una segunda etapa de socialización secundaria, consistente en cualquier proceso posterior a la socialización primaria, que conlleva a que el individuo ya socializado acceda a nuevos ámbitos de la realidad objetiva de su sociedad. Sin embargo, que existan dos fases en el proceso de socialización no significa que cada una corresponda a un proceso único, inmutable y coherente.

Lahire (2017) identifica dos componentes de las prácticas de los individuos: pasado incorporado y contexto presente de la acción. Donde el pasado incorporado (o disposiciones, como denomina posteriormente a lo mismo) constituye el efecto de la frecuencia pasada de los diversos contextos de acción a los que se ha expuesto el individuo (familiar, escolar, profesional, religioso, político, cultural, deportivo, etc.), y estos contextos de acción no son otra cosa que procesos de socialización, que pueden ser muy diversos y hasta contradictorios.

Adicionalmente no todos somos socializados de la misma manera, los otros significantes que mediatizan el mundo para los individuos lo hacen a través de una selección de aspectos en el mundo según la situación que ocupan dentro de la estructura social y en función también de idiosincrasias individuales que se arraigan en sus biografías (Berger & Luckmann, 1976). Esto explica cómo el niño de clase baja habitará un mundo muy distinto al de niño de clase alta, pero también que entre niños de una misma clase puedan haber diferencias importantes como ejemplo socialización en función de una religión o creencia. A partir de este proceso de internalización del mundo se produce una identificación con los otros significantes, mediante el cual el niño se vuelve capaz de identificarse a sí, adquiriendo una identidad subjetivamente coherente y plausible, que se enmarca dentro de una dialéctica de lo que él considera que es (auto-identificación) y lo que los otros consideran que es:

“...el individuo no solo acepta los ‘roles’ y las actitudes de otros, sino que en el mismo proceso acepta el mundo de ellos. En realidad, la identidad se define objetivamente como ubicación en un mundo determinado y puede asumírsela subjetivamente solo junto con este mundo.” (Berger & Luckmann, 1976, p. 166).

Esta abstracción de los roles y actitudes de los otros, los autores lo denominan el “otro generalizado”. Y representa una idea de generalidad de los otros, que se plasma en la idea misma de sociedad. Y el otro generalizado que opera en la socialización primaria tiende a ser más potente que el de las diferentes socializaciones secundarias. Uno de ellos constituye la propia socialización

de género. Por su parte la socialización secundaria se desarrolla mediante instituciones altamente diferenciadas, la socialización a su vez es un proceso que nunca termina en la vida de una persona. La persistencia de estas experiencias socializadoras se desarrolla a partir de situaciones de mantenimiento de la realidad, que Berger y Luckmann (1978) identifican de dos tipos: mantenimiento de rutina y de crisis. En el primer caso, la realidad se mantiene porque se concreta mediante rutinas y en la interrelación continua con otros. En este sentido habrán otros que son más significantes y quienes lo son menos, dependiendo de la frecuencia de las interacciones y el grado de intimidad que se comparta con ellos. “Los otros significantes constituyen, en la vida de los individuos, los agentes principales para el mantenimiento de su realidad subjetiva” (Berger & Luckmann, 1976, p. 187), esto pues que la auto-identificación con categorías específicas se mantiene en la medida en que se establezca un dialogo fluido con la comunidad que confirma dicha identidad “puedo mantener mi fe católica solamente si conservo mi relación significativa con la comunidad católica” (Berger & Luckmann, 1976, p. 192) por ejemplo.

En esta línea Lahire (2017) plantea que “las experiencias sociales relativamente análogas que se repiten pueden cristalizarse bajo la forma de capacidades o de competencias para realizar ciertas cosas” (Lahire, 2017, p. 5) las que son movilizables cuando las situaciones o contextos los exigen, pueden incluso ser mejoradas en la medida en que las situaciones las activen más frecuentemente, pero también su baja intensidad de acción puede debilitarlas y hacerlas menos potentes. Esto podría ser aplicado para la disposición a generar vínculos de carácter asociativo, como una habilidad o capacidad aprendida que necesita ciertos contextos que propicien su desarrollo, lo que a su vez se relaciona con el carácter situacional con que se ha entendido el capital social.

Lahire (2017) usa como referencia la noción de experiencia de Hume, para explicar el modelo disposicionalista de la acción, desde donde se entiende que el contexto no explica todo en cuanto al comportamiento de los actores. Tampoco se trataría de razón ni voluntad, a modo de decisiones plenamente conscientes, sino más bien, se trata de acciones sustentadas en creencias prácticas, adquiridas en la experiencia por habituación a situaciones relativamente similares y por tanto responden a hábitos pre-reflexivos.

El autor plantea la idea que existe una pluralidad de disposiciones, y que “...cuanto más hayan los actores frecuentado contextos sociales (y socializadores) heterogéneos, y cuanto más precoz haya sido esta frecuentación, en el seno de la configuración familiar (por el hecho de la diferencia social entre sus miembros) o por el hecho de la diversidad de los contextos socializadores (familia, escuela, guardería, niñeras, o cualesquiera otros agentes o instituciones socializadoras), más serán estos portadores de disposiciones heterogéneas y a veces contradictorias” (Lahire, 2017, p. 8).

En este sentido los contextos pueden ser estudiados desde la perspectiva de su rol socializador observando la manera en que estos forman a los actores que los frecuentan. Esta idea de diversidad contextos o experiencias socializadoras también es susceptible de explicar a través de lo planteado por Dubet & Martuccelli, cuando sostienen que “la acción y la identidad de los individuos son percibidas como el producto de múltiples actividades, heterogéneas y construidas sobre varios registros y varias racionalidades, como resultado de un trabajo” (Dubet & Martuccelli, 2000, p. 58)

Por tanto también interesa a través de este espacio indagar tanto en el contexto de la sociedad chilena actual, como en el contexto más próximo e inmediato de las mujeres a investigar, su entorno de vecindad y organización, así como el amplio cúmulo de experiencias socializadoras que expliquen el desarrollo de sus trayectorias asociativas.

2.4. La asociatividad una de las tareas pendientes de la democracia

Lechner (1994) plantea cómo a mediados de los años setenta surge, como consecuencia de los golpes militares en Sudamérica en contraposición a los Estados autoritarios, el llamado a fortalecer la sociedad civil, aludiendo a la ciudadanía no necesariamente en clave política y sin encasillarla en la lógica de militancia partidaria (Lechner, 1994). El autor utiliza el concepto de sociedad civil, además, para dar cuenta de las transformaciones en América Latina a partir de los ajustes macroeconómicos que implican la liberalización de los mercados, la apertura del comercio exterior, la reducción del gasto público y la privatización de empresas estatales, lo que repercute de manera abrupta en la organización de la vida social, generando una profunda segmentación al interior de la sociedad. Se desvanece la idea simbólica de comunidad y con ella los lazos afectivos.

Con esto el autor hace explícito que este proceso de modernización implicó una desintegración del tejido social.

El PNUD en su Informe de Desarrollo Humano del año 2000, sostiene que estudiar las oportunidades y restricciones de la asociatividad en Chile es un asunto prioritario, pues de esta depende en cierta medida el desarrollo de la vida social y con esto la sustentabilidad del Desarrollo Humano (PNUD, 2000), dicho Informe destaca que la asociatividad de los chilenos en el 2000 se observa en menor intensidad que en la década de 1960, e incluso que en el periodo de auge de organizaciones sociales en la década de 1980.

Se ha identificado que a finales de los noventa y principios de los 2000 el escenario en la vida asociativa y participación social de la sociedad civil es signo del déficit democrático que conllevó la transición de la dictadura a la democracia en Chile, puesto que las instituciones públicas, y el gobierno a nivel central y local, no supieron abrir espacios de incidencia en la población (Delamaza, 2009). Si bien el autor reconoce que los gobiernos de la transición consideraron espacios de participación, estos son limitados, y se enfocan en la ejecución de programas específicos dirigidos de manera focalizada a sectores de extrema pobreza y pobreza, a esto se suma, además, la continuidad de muchos mecanismos heredados desde la dictadura.

Esto, para el autor, sería un síntoma de déficit democrático, que repercute directamente en la legitimidad de las instituciones, dado que existe una retroalimentación entre el fortalecimiento de las instituciones públicas y el fortalecimiento de la vida asociativa. Promover esta participación entrega confianza en las instituciones facilitando la legitimidad de estas, permitiendo profundizar la democracia.

En esta misma línea, también se ha argumentado que existiría un déficit de ciudadanía participativa, como un fenómeno que se expresaría en dos direcciones: en primera instancia existiría una “deuda” desde la institucionalidad pública de los gobiernos posteriores a la transición para con la ciudadanía, dado que no se ha logrado profundizar y ampliar los canales de participación en la gestión pública de manera significativa; en la ciudadanía la herencia dictatorial también deja sus huellas, con consecuencias como la fragmentación del tejido social y debilitamiento de los vínculos sociales, lo que vendría a constituir el “déficit” presente en la sociedad civil (Paredes, 2011). Además esto genera repercusiones para la institucionalidad política,

pues sus efectos implican también la desvalorización de la democracia y la política por parte de la ciudadanía.

La orientación de la asociatividad hacia lo social, por sobre lo político-institucional, puede verse como una posibilidad de resignificación del quehacer político. Siendo las personas y grupos sociales los responsables cotidianos de generar y preservar los vínculos sociales, y en este quehacer lo cotidiano adquiere un carácter más político. Lo político como tal ya no es exclusivo de las instituciones formales, o de la interacción de los ciudadanos con estos organismos, sino que se hace presente en la trama social al alcance de la experiencia concreta y en su acción colectiva, el potencial político sin duda está dado por la constitución de una ciudadanía participativa y por la posibilidad de vincularse con el espacio político (Paredes, 2011). Por tanto, desde esta perspectiva, la asociatividad barrial es tan importante como la relación de los ciudadanos con la institucionalidad política, y constituiría, de acuerdo a la perspectiva de Paredes, parte de la desafección presente en nuestra democracia.

Gonzalo Delamaza (2009) señala que pese a los esfuerzos en materia de políticas públicas desarrollados en Chile por los gobiernos de la transición, no se ha logrado un fortalecimiento efectivo de la sociedad civil, la que se vio drásticamente debilitada tras los 17 años de dictadura militar, no solo se vio mermada la acción colectiva propiamente tal y las organizaciones sociales en general, también se generó un profundo desgaste de los vínculos sociales (Delamaza, 2009). El cambio, en efecto, fue tan profundo, que la mera posibilidad formal de volver a conformar organizaciones, y las nuevas libertades que conquistaba la sociedad civil, no han sido suficientes para reestablecer el tejido social de la sociedad chilena.

Considerando la trama asociativa a nivel local, lo que predomina es una gran variedad de experiencias locales asociativas con mínima visibilidad, lo que en sí constituye para Delamaza un signo de un “déficit democrático generado por las condiciones de la transición más que un cambio cultural en los chilenos” (Delamaza, 2009, p. 157). De esta manera, las características de la sociedad civil organizada, en los años posteriores a la transición democrática, se conforma por pequeños grupos, con escasa autonomía y alta dependencia hacia los fondos públicos para su accionar, sin poseer un rango de acción importante y vinculándose muy escasamente con otros grupos.

Para el PNUD (2000), por otra parte, la creciente individualización en la sociedad chilena, a partir de las transformaciones estructurales en la década de los ochenta y noventa se manifiesta a partir del desplazamiento desde la responsabilidad colectiva, ejercida por el Estado, hacia la responsabilidad individual, ejercida en el ámbito del mercado (PNUD, 2000, p. 108).

Sin embargo, en esta línea, este no es solo un fenómeno que se ha observado en nuestro país, ni en los países de América Latina post dictaduras, en términos más globales uno de los autores que ha señalado que vivimos una época de cambios en la forma en que se desarrollan los vínculos sociales es Bauman (2005), quien plantea que es propio de la modernidad la penetración del mercado a tal nivel que interfiere en nuestras formas de sociabilidad.

“El retroceso de las habilidades de socialidad se ve fogueado y acelerado por la tendencia, inspirada por el modelo de vida consumista dominante, a tratar a los seres humanos como objetos de consumo según la cantidad de placer que puedan llegar a ofrecer, y en términos de ‘costo-beneficio’. (...) Perdido por el camino ha ido quedando el valor intrínseco de los otros en cuanto seres humanos únicos e irrepetibles, así como la preocupación por el cuidado de la propia y ajena especificidad y originalidad.” (Zygmunt Bauman, 2005, p. 104).

Bauman (2005) encuentra de este modo en el proceso de constitución de ciudadanos como consumidores la explicación de estas nuevas formas de relacionarse entre las personas.

Al respecto, contrario a los análisis que plantean que los problemas de desafección política y pérdida de vínculos sociales constituyen síntomas de las sociedades modernas, - donde la participación se desarrolla de manera individual y a través del mercado, instalándose como tendencias principales la subjetivación y la individuación, sin dejar cabida a dinámicas colectivas y asociativas de importancia. Delamaza (2009) sostiene que la problemática chilena en torno a la desarticulación y debilitamiento de la sociedad civil es específica a la sociedad chilena en particular, y que como tal no debiera entenderse como producto de una tendencia “inevitable” de carácter global. Aunque sin dejar de reconocer ciertos rasgos generales propios de los cambios globales, para este autor la situación de la sociedad civil en Chile no es producto de una tendencia de la época. Su hipótesis es que esta problemática obedece a “la convergencia entre factores estructurales puestos en funcionamiento durante la dictadura, que se encuentran con un diseño y una gestión política específica – que pudo ser diferente – durante los 90” (Delamaza, 2009, p. 13). Esta hipótesis plantea que no se trata de algo inevitable que forma parte del proceso de

modernización, sino que la problemática se vincula con opciones políticas. Para el autor, los vínculos sociales cobran relevancia en la medida en que a través de ellos es posible llegar a comprender la significación de la democracia para la sociedad chilena, por tanto la temática de la construcción y fortalecimiento de la sociedad civil no es un tema marginal, sino que es uno de los temas centrales del desarrollo democrático de los últimos tiempos en nuestro país.

Ruiz (2015) refuerza esta idea incorporando el análisis de los procesos de modernización neoliberal en Chile que desencadenan esta crisis en el tejido asociativo, sustentado en la desarticulación de los grupos tradicionales obreros y de clase media estatal, a través de los cursos de individuación que enmarcan la etapa de la dictadura y su transición, lo que viene a conformar una sociedad donde escasean la asociatividad y la generalización de intereses. “Gran parte de la sociedad carece de organización que permitan la formación de instituciones asociativas e identidades colectivas, de agrupaciones de intereses. Esto determina, como ha de suponerse, una débil influencia en el proceso social y político que conduce y fortalece, a su vez, una elitización de la política que volvió los sistemas de representación y participación, procesos meramente formales y vacíos” (Ruiz, 2015, p. 80).

A modo de síntesis, se entiende en este estudio que la penetración del mercado y la importancia del consumo son parte de la realidad del Chile actual, como producto de la implementación de un modelo de sociedad de mercado diseñado en dictadura e instalado y mantenido en los años posteriores. Por tanto el análisis de la tendencia global no queda ajeno a lo que sucede a nivel nacional, aunque no se desmerece el hecho de que ser parte de esta tendencia no omite las particularidades y especificidades que se pueden presentar en la forma en que se desenvuelve la trama social en Chile, ni tampoco excluye las posibilidades de tener alternativas a esta realidad.

De esta manera, es indudable que lo asociativo tiene relevancia en cualquier discusión que reflexione sobre la democracia y sus condicionantes, pero también parece serlo en la experiencia de los sujetos y la articulación de relaciones sociales en los entornos que se desenvuelven, con este último foco a nivel relacional se desarrolla el análisis de esta investigación.

III. ANTECEDENTES

3.1. Segregación, exclusión y asociatividad en el proceso de modernización urbana

Durante los años 1925 y 1975 el nivel de urbanización de los países de América Latina experimentó un aceleramiento importante que llevó a la región a condiciones similares a las de los países más desarrollados (Lattes, 2001). Esta aceleración de la modernización significó un importante crecimiento de las ciudades mediante la migración campo-ciudad con varias consecuencias asociadas a la cobertura de las necesidades de la nueva población y sus condiciones de vida. Este fenómeno tiene que ver con la construcción de barrios muy pobres y marginales en las grandes ciudades. Katzman (2001) sostiene que la situación de aislamiento que genera la segregación residencial de los pobres urbanos en las ciudades de Latinoamérica “contribuye a agotar el portafolio de activos de los pobres, en la medida en que afecta su capacidad de acumulación de capital social” (Katzman, 2001, p. 184).

A nivel nacional, según registra Hidalgo (2004), en la capital de nuestro país, se experimentó en la década de 1960 un incremento poblacional de cerca de 800 mil habitantes, con migraciones que llegaron a 213.479 personas, en donde el 24,4% del crecimiento total de la población de Santiago se explica por la llegada de población desde otros puntos del país.

Con los procesos de transformaciones neoliberales y la liberalización de los mercados de suelo en el año 1979, donde se decretó su mercantilización, facilitando la entrada de privados y ampliando el área potencialmente urbanizable, casi duplicando la superficie que la ciudad poseía hacia 1980 (Sabatini & Cáceres, 2004). El resultado de estas políticas implicó la erradicación de campamentos ubicadas en áreas de interés para el capital inmobiliario, que implicó además un aumento de segregación residencial generado inicialmente entre los años 1979 y 1985, y continuado en la década de los noventa hasta la actualidad. “Ello dio lugar a una sectorización social de la ciudad caracterizada por población con ciertos rasgos comunes que habita en espacios con determinadas carencias de equipamientos y servicios, constituyendo lo que conocemos como territorios de la vivienda social” (Hidalgo, 2004, p. 224).

En los municipios correspondientes a las comunas de la periferia de la ciudad, que comenzaron a expandir su población, se originaron diversos problemas relacionados con la gestión de los servicios públicos, lo que implicó una alta demanda para administraciones locales que no

necesariamente estaban preparadas para cubrir las necesidades de dicha población (Hidalgo, 2004).

La pérdida de capital social, ya planteada a nivel latinoamericano por Katzman (2001), expresada en la pérdida de vínculos con la sociedad y aislamiento, también se observa en los barrios periféricos de nuestra ciudad. Según Tironi (2003) las redes de asociatividad y fuerte identidad que habían caracterizado a los barrios tradicionales vinculados a la actividad industrial, se ve mermada con el deterioro de los vínculos y la identidad que ya no tiene su referentes clásicos que se expresaban en el trabajo (Tironi, 2003). Será la vivienda social el referente urbano-residencial de la pobreza, según Tironi, en donde si bien la vivienda social mejoraría ciertos estándares habitacionales para las familias en situación de pobreza, generaría nuevos problemas asociados al quiebre de las redes sociales de las familias y generando nuevos problemas vinculados con el temor y la apatía. En efecto, se ha señalado que las condiciones de vulnerabilidad y exclusión afectan directamente la cohesión social. Kaztman (2007) argumenta sobre la transformación de "los barrios de la nueva pobreza urbana en focos territoriales de anomia, cuya presencia contribuye fuertemente a la erosión de la calidad de las relaciones sociales en las ciudades" (Sabatini & Brain, 2008, p. 16). Aspectos que desde los estudios de exclusión social también constatan Superville y Quiñones (2005): "la tendencia a excluir lleva a la fragmentación de las relaciones sociales, a la emergencia de nuevos dualismos y a la ruptura de la cohesión social" (Supervielle & Quiñones, 2005, p. 113). Por tanto, es posible concluir junto a De Queiroz (2005) que "existe un relativo consenso entre los especialistas acerca de que las transformaciones económicas que tienen lugar en el mundo desde la segunda mitad de la década del setenta están reconfigurando la naturaleza y la composición de la pobreza urbana; promoviendo la descomposición de las estructuras sociales que servían de soporte para la reproducción social, con particular impacto en los pobres urbanos; y transformando las relaciones entre los pobres urbanos y el resto de la sociedad" (De Queiroz, L., 2005, p. 137).

3.2. Asociatividad local y mujeres

“El hábitat urbano como construcción social refleja la estructura de poder de la sociedad articulando clase y género.” (Falú & Rainero, 1996, p. 56)

La incorporación de la perspectiva de género al análisis del hábitat urbano busca indagar el significado social de ser mujer y hombre en ese espacio, los roles atribuidos que se sustentan en la diferenciación de sexos en las relaciones sociales, y que conlleva a relaciones asimétricas y/o de subordinación. Se trata de indagar en cómo se expresan las desigualdades, y qué desigualdades se expresan, en las vivencias del espacio urbano (Falú & Rainero, 1996).

Falú y Rainero (1996) señalan, en investigaciones realizadas por CISCOSA en sectores urbanos populares de la ciudad de Córdoba, que las mujeres en relación al barrio y la ciudad ocupan generalmente el rol de mediadoras de las necesidades relativas al grupo familiar. A su vez, son las usuarias principales de las viviendas y de los equipamientos comunitarios, dándole un uso vinculado a la reproducción de la vida familiar, el acceso a los servicios y al trabajo, lo que implica para ellas grandes desplazamientos y con esto cansancio producto de una extensa jornada. A esto se le suma el déficit del transporte público, lo que puede ser un factor de mayor aislamiento de las mujeres. Esto es más notorio en aquellas en mayor situación de pobreza y en quienes cumplen el rol de jefas de hogar.

Desde una mirada que analiza la región de América Latina, se ha planteado que prácticamente existe un patrón de presencia y acciones colectivas de mujeres en espacios locales, vinculadas a la vida cotidiana en el ámbito de la familia y las labores domésticas (Massolo, 2002). El barrio o vecindario representan los lugares de la vida social donde las mujeres han desarrollado y vivido sus roles, habilidades y resistencias. Pero si bien los estudios de género han constatado que en los espacios locales a nivel municipal se facilita la participación pública de las mujeres dada la cercanía con el gobierno local y la mayor flexibilidad de tiempo, esta constatación ha sufrido serias críticas desde, por ejemplo, la investigación urbana, sobre el concepto de comunidad y la ideología doméstica que naturalizan lo local como espacio de la mujer ocultando situaciones de opresión, explotación y discriminación de género. Además se oculta también el traspaso de responsabilidades estatales a tareas domésticas femeninas (como el cuidado de niños y ancianos) y la autoayuda comunitaria en contextos de políticas neoliberales.

Con el auge del proceso de descentralización, impulsado en América Latina durante las décadas de los ochenta y noventa, surge una corriente que intenta vincular los temas de género con los espacios y gobiernos locales, lo que se sustenta por el importante papel de las mujeres de sectores populares urbanos como agentes de bienestar social que se hacen cargo de la importante tarea de llevar adelante la subsistencia del hogar y la comunidad (Massolo, 2002), donde en Chile se registran varias experiencias de este tipo vinculadas a las ollas comunes, talleres laborales, entre otras.

Sin embargo, como plantea Massolo (2002), la fuerte relación entre mujeres y espacio local no limita su presencia a la satisfacción de necesidades inmediatas más bien básicas de bienes y servicios. También implica aspiración a nuevas experiencias de sociabilidad y participación ciudadana, aumento de autoestima y la posibilidad de salir del encierro doméstico. La autora define que este protagonismo en América Latina de las mujeres en los espacios locales de la pobreza latinoamericana ha sido formidable, que ha conllevado riesgos, pero que a la vez, constituye más que nada una fuerza social con capacidad transformadora de las condiciones de vida, individuales y colectivas de las mujeres. Pero también, la autora enfatiza que las potencialidades y oportunidades de los espacios locales en América Latina, están marcados por la realidad de la pobreza y la indigencia. Lo que se expresa en indicadores como un aumento de mujeres jefas de hogar y la precarización del trabajo en las mujeres.

Al respecto Massolo (2002) plantea que existen ciertas características propias de la participación de las mujeres en el ámbito local:

- La participación de las mujeres en el espacio local es especialmente importante dado que es el ámbito público con el que se encuentran más familiarizadas en busca del mejoramiento de las condiciones de vida de la familia y la comunidad.
- El rol doméstico de la mujer se proyecta en el espacio público sin que se atenúen las desigualdades de género. La participación de las mujeres se vincula a las necesidades básicas de la familia y la comunidad, mientras los hombres se concentran en los cargos de poder de las organizaciones y las instancias políticas e institucionales.

- Es usual que se valore la participación femenina solo como intermediarias de bienestar para otros, predominando con esto una visión instrumental de su participación desde las políticas públicas, donde beneficiando a las mujeres se beneficia a la familia.
- No se valora a las mujeres como portadoras de derechos propios de participación ni como agentes de cambio.
- Existe la convicción entre las autoridades que las mujeres constituyen un servicio público gratuito siempre disponible para cualquier problema social. Las mismas mujeres contribuyen a esa imagen perpetuando sus roles de género de madre, esposa, dueña de casa, manteniendo la división del trabajo.
- Se cree que ellas además tienen más tiempo libre que los hombres para dedicarse a actividades comunitarias, ignorando la sobrecarga de trabajo que eso significa.
- Para las mujeres de sectores populares la participación es más una obligación, que se hace por necesidad que un derecho ciudadano.

Además la autora distingue dos intereses de participación de las mujeres, que se relacionan entre sí:

- Los intereses prácticos de género, que surgen de los roles socialmente aceptados desde el ámbito doméstico (madre, dueña de casa, esposa). Generalmente responden a necesidades inmediatas relacionadas con el déficit de bienes y servicios materiales. Se generan a partir de las condiciones concretas de vida de las mujeres y se dirigen a la subsistencia. Estos intereses prácticos no cuestionan la inequidad de género pero desde ellos pueden generarse el segundo tipo de intereses desde la experiencia de la participación.
- Los intereses estratégicos de género, surgen de la toma de conciencia o reconocimiento de la posición de subordinación y desventaja de las mujeres en la sociedad y se enfocan en la transformación de dicha posición. Abarcan ámbitos como los derechos legales, la violencia doméstica, el control de las mujeres del propio cuerpo, la capacitación en género.

En cuanto a las adscripciones de los roles tradicionales de género, al parecer permiten y obstaculizan cosas, si bien facilita la participación femenina y su entrenamiento, no impide que las

mujeres sufran la censura social (chismes, aislamiento) la violencia doméstica o desvalorización de sus actividades. La revalorización de los espacios locales no ha sido paralela a una revalorización de las mujeres como ciudadanas sujetas de derecho (Massolo, 2002). Habría que ser cautos frente a la afirmación que sostiene que el espacio local es el lugar privilegiado para la construcción de una plena ciudadanía de las mujeres y la democratización de las relaciones de género y participación en igualdad de oportunidades. En la actualidad pareciera que las ambivalencias se acentúan en lo que corresponde a los aspectos de género, especialmente cuando se trata de mujeres en sectores populares.

3.3. Asociatividad en Chile

El Informe del PNUD del año 1998 identifica que las profundas transformaciones impulsadas por la actual modernización a escala mundial han dotado de una nueva fisonomía a fenómenos como la inseguridad, el riesgo o la confianza. Donde, además, los aspectos claves que explicaron y dieron legitimidad al periodo anterior, ya no encuentran asidero en el actual escenario de la sociedad chilena. Se plantea que los chilenos han perdido la pasión y el interés por compartir vida en común. Acciones que implican visitar nuevos espacios donde se desarrolla la vida fuera del hogar, como acudir a un centro comercial o presenciar un partido de fútbol, tal vez cumplan la función de compartir emociones, pero no se refieren a un bien público. Esto implica el desarrollo de estrategias individuales, donde no se percibe la existencia de un "nosotros".

El Informe define ciertos ámbitos importantes de sociabilidad: la sociabilidad vertical, de las personas con las instituciones, y la sociabilidad horizontal, que se genera entre individuos. En el primer tipo se presenta el ámbito en que las personas participan de las instituciones, en su operacionalización el PNDU analiza la participación en organizaciones sociales voluntarias, a partir de tres indicadores: la participación en organizaciones sociales no políticas, la participación en partidos políticos y la afiliación a sindicatos. En el año 1996 se constataba a través de datos del Informe Latinobarómetro que uno de cada dos chilenos no participa en ninguna organización social, incluidos los partidos políticos (PNUD, 1998). Si observamos datos recientes de la Encuesta CASEN 2017, el porcentaje de personas que señala no haber participado en organizaciones el último año es de 72,5%. Es decir la cifra se incrementa.

Considerando el último año disponible en la Encuesta CASEN 2017 se constata que en el primer quintil de ingreso un 70% no participa en ninguna organización, siendo el menor porcentaje, mientras el más alto porcentaje de no participación es de 74,1% del cuarto quintil.

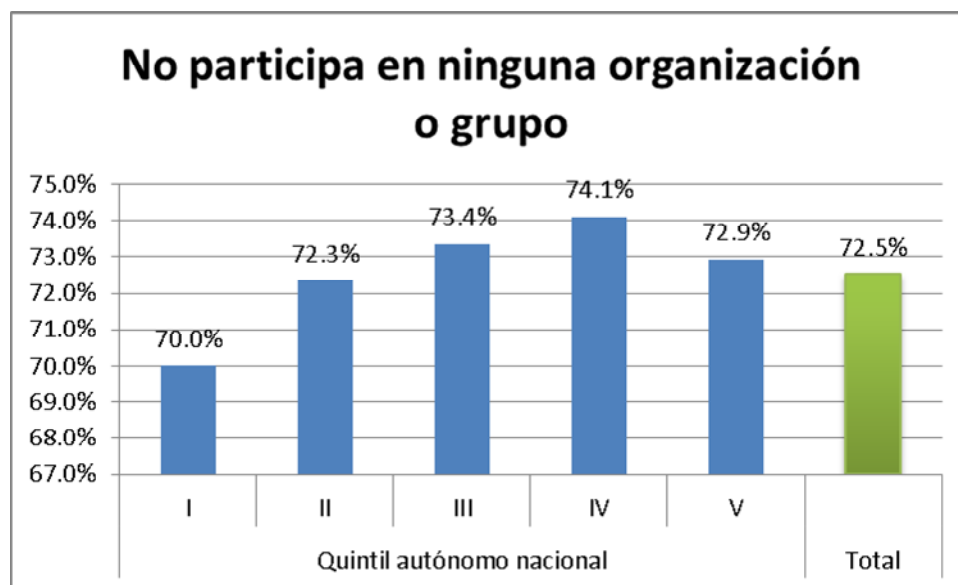


Ilustración 1: Porcentaje que no participa en organizaciones sociales según quintil de ingreso (CASEN 2017)

En referencia al mismo año (2017) la CASEN registra que las organizaciones que presentan mayor porcentaje de participación social son las juntas de vecinos u organizaciones territoriales y las organizaciones religiosas o iglesias, ambas con un 7,2% de participación cada una. En el quinto quintil, los dos tipos de organizaciones con mayor participación lo constituyen los clubes deportivos o recreativos, con un 5,5% y las organizaciones religiosas o iglesias, con un 5,4%. Mientras en los quintiles I, II, III y IV, se presenta la misma tendencia de mayor participación en Juntas de Vecinos y organizaciones territoriales, en primer lugar, y en segundo lugar, las organizaciones religiosas o iglesias. Otro aspecto interesante, es que en los quintiles I y II las organizaciones que registran menor pertenencia son los grupos de voluntariado, mientras que en el V quintil este menor indicador se asocia a grupos de identidad cultural (asociaciones indígenas) y asociaciones de mujeres (centros de madres u otras).

En cuanto a la evolución en torno al indicador de no pertenencia a organizaciones, la Encuesta CASEN permite recoger datos de los años 2009, 2011, 2013, 2015 y 2017, en que se consulta sobre participación en organizaciones sociales. Se observa que de todo este periodo son los años 2015 y

2017 los de mayor participación en organizaciones, con un 70,9% y un 72,5% que declara no participar en ninguna organización social, respectivamente. Aun así, los datos de no participación en todo el periodo son mayores a los presentados por el PNUD (1998) para el año 1996, periodo en que la transición democrática se vivía como un proceso reciente, y aún no se manifestaban aquellas explosiones masivas de malestar ciudadano que se observaron a partir del segundo milenio. Por tanto, ya es posible apreciar que la pertenencia a organizaciones no necesariamente se asocia con estallidos sociales, más bien parecieran tener ambos fenómenos una relación inversa.

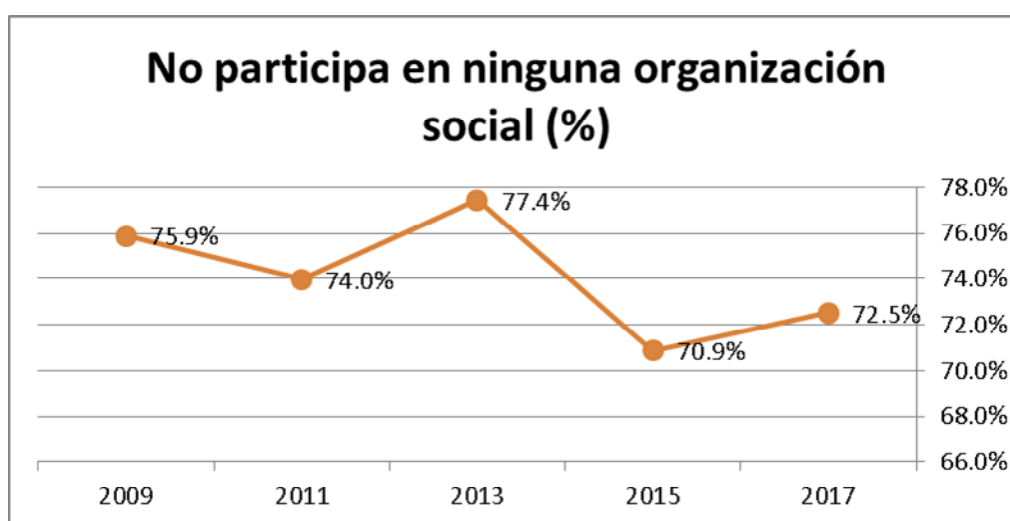


Ilustración 2: Porcentaje de personas que no participa en ninguna organización. Encuesta CASEN 2009-2017

El año 2000 el Informe del PNDU para la sociedad chilena se propone construir un mapa de asociatividad, en su tarea se encontraron limitaciones asociadas a ausencia de registros, falta de sistematización de la información existente, falta de actualización, entre otros. En efecto, una de sus conclusiones plantea que las dificultades metodológicas encontradas dan cuenta de la propia dificultad que tiene la sociedad para mirar y apreciar su propia asociatividad, lo paradójico es que la asociatividad se encuentra ampliamente conceptualizada, y en las políticas públicas de intervención social es frecuente encontrar componentes de asociatividad, lo que plantea el desafío de considerar aproximaciones diferentes para estudiar esta dimensión.

Una de las conclusiones de interés del informe es que la asociatividad vecinal responde con frecuencia a problemas inmediatos o ámbitos cercanos, donde la gente percibe mayor capacidad de incidencia directa (PNUD, 2000:132). A su vez, se observa una tendencia de las asociaciones a tornarse más informales y con trayectorias cada vez más acotadas.

En cuanto a participación por género, el Informe del PNUD (2000) registra que los hombres declaran una mayor pertenencia a organizaciones que las mujeres. Sin embargo, difieren en cuanto a las formas de asociatividad. Se constata que las mujeres suelen tener una mayor pertenencia a los grupos religiosos, centros de padres y apoderados y juntas de vecinos. Los hombres, por otro lado, tienen una mayor presencia en organizaciones deportivas o recreativas, de potenciación estratégica y en los partidos políticos.

Otro estudio interesante sobre el tema es el que desarrolla Valenzuela y Cousiño (2000) quienes realizan una comparación entre las diferentes disposiciones a establecer vínculos sociales entre la sociedad chilena y la sociedad norteamericana, en base a dos encuestas que miden dimensiones similares, antecedentes a los que suma una reflexión sobre el tema.

Los autores comienzan estableciendo un diagnóstico para la sociedad chilena donde sostienen que el rápido proceso de modernización que ha experimentado Chile ha aumentado los umbrales de inseguridad, riesgo y miedo social. Mediante su análisis comparado concluyen, sin embargo, que la desconfianza social no se relaciona necesariamente con la modernización o aumento de la complejidad social “Hay sobrada evidencia para mostrar que en las sociedades más modernas, abiertas y diferenciadas los niveles de confianza social superan con creces a los alcanzados en aquellas sociedades que presentan los rasgos opuestos.” (Valenzuela & Cousiño, 2000, p. s/n).

Los datos que expresan los autores señalan que mientras en Chile el 50% pertenece a alguna Asociación, en Estados Unidos la cifra se eleva al 60%. A su vez, Estados Unidos arroja un promedio de 1,7 asociaciones por persona, mientras Chile tiene un promedio de solamente 0,7.

Indicadores de confianza interpersonal

Considerando que la confianza es una condición importante para la expresión de asociatividad de acuerdo a la bibliografía revisada, se presentarán algunos antecedentes en torno a esta dimensión de acuerdo a lo indagado en los datos del Informe del PNUD (1998, 2000) y Latinobarómetro.

En el Informe del PNUD del año 1998 se resalta el hecho de que la confianza de las personas tiende a limitarse casi exclusivamente al grupo familiar. Casi seis de cada diez entrevistados no confían en que alguien que no pertenezca a su hogar le ayudará a solucionar un problema. Frente a esto, son también las personas de zonas rurales y de nivel socioeconómico alto las que declaran estar más confiadas en recibir ayuda externa.

A través de los datos de la Encuesta de Seguridad Humana (CEP-PNUD 1997), PNUD (2000) plantea como existe una evaluación mayoritariamente negativa (57,7%) con respecto a manifestar confianza en recibir ayuda de los demás. A su vez también se evalúa de manera negativa (63,4%) la afirmación “facilidad de organizar a la gente” y el 87,7% evalúa negativamente la afirmación “confianza en recibir ayuda ante la agresión” (PNUD, 2000: 108).

Con respecto a este ámbito, los datos de Latinobarómetro permiten hacerse una idea de la evolución frente al indicador que se ha definido constitutivo de confianza. Frente a la pregunta “¿diría Ud. que se puede confiar en la mayoría de las personas o que uno nunca es lo suficientemente cuidadoso en el trato con los demás?”, los resultados desde 1996 a 2018 presentan porcentajes de confianza interpersonal que van desde 9% el año 2007, hasta un 20% el 2017. Sin embargo, los datos presentan permanentes oscilaciones, promediando en el periodo casi un 15%.

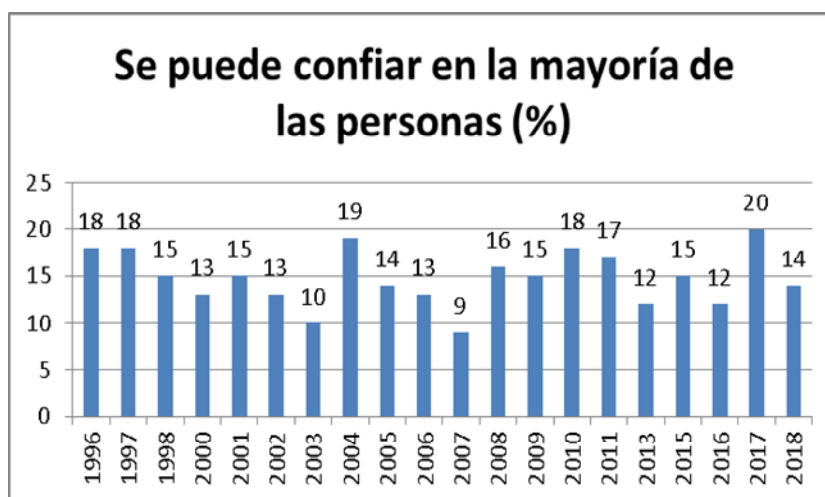


Ilustración 3: Confianza interpersonal Chile. Latinobarómetro 1996-2018

3.4. Antecedentes sobre el caso de estudio

Características sociodemográficas de la Región Metropolitana

La superficie de la Región Metropolitana es de 1.540.320, lo que representa el 2,4% de la superficie del país. Sin embargo la población es de 7.112.808 habitantes (CENSO 2017), equivalente al 40,5% de la población nacional. Se registran a su vez 6.849.310 habitantes residentes en áreas urbanas, lo que significa el 96,3% de la población en la región es urbana, siendo la región de Chile que no sólo concentra la mayor cantidad de habitantes, sino que su vez, también concentra mayor cantidad de población urbana del país. La Región además concentra el 36,6% de las viviendas particulares del país, el mayor porcentaje regional a nivel nacional.

La Región Metropolitana se encuentra dividida administrativamente en 6 provincias y 52 comunas. Siendo la capital de la Región Santiago. Según datos de la Encuesta CASEN del año 2015, el 5,4% de la población se encuentra en situación de pobreza por ingreso y el 20% se encuentran en situación de pobreza multidimensional. Mientras la misma encuesta arroja que el Ingreso Autónomo Promedio a nivel regional es de \$1.063.093.

La condición de Santiago como sede del poder político central, así como de centro económico y financiero del país, determinan el predominio sin contrapeso del sector terciario en la estructura de empleo regional. Sin embargo, pese a los signos de modernización que se visualizan en la ciudad (más viviendas en altura, más líneas de metro, más centros comerciales, más carreteras, más medios de comunicación, entre otros), persisten las fronteras y murallas que la vuelven una ciudad territorialmente segregada y socialmente segmentada. (Márquez, 2006). Esto se refleja al comparar datos de INDH entre las comunas, donde se encuentra comunas como Vitacura, con un indicador bastante positivo, y comunas como La Pintana o Lo Espejo, con un indicador mucho menos favorable. Al finalizar la década de los noventa, el Informe de Desarrollo Humano del año 1998 del PNUD, concluye que a pesar de los avances en términos de expansión urbana y mejoramiento de los indicadores macroeconómicos, los indicadores subjetivos de los chilenos dan cuenta de una gran disgregación e insatisfacción (Márquez, 2006).

Por su parte, la comuna de Maipú tiene 521.627 habitantes, según el último Censo del año 2017. Su población urbana es de 518.194 personas lo que representa el 99,3%. Los datos del CENSO

2017 registran una variación intercensal de 11,37% en contraste con el 17,35% que se registra en la Región Metropolitana, en relación al anterior CENSO del año 2002. La comuna contabiliza 161.355 viviendas y 151.391 hogares.

Los datos de la Encuesta CASEN del año 2015 para la comuna de Maipú dan cuenta de un 5,24% de personas en situación de pobreza por ingreso y un 12,5% de personas en situación de pobreza multidimensional. El índice de hogares hacinados es de 12,4%, mientras que el de la Región Metropolitana es de 17,3%.

Los datos del Sistema Nacional de Información Municipal (SINIM) registran que del año 2015 al año 2016 el total de organizaciones comunitarias en la comuna de Maipú aumentó de 898 a 1604. El tipo de organización que más se incrementó es la que corresponde a “Otras organizaciones comunitarias funcionales” que crecieron en número de 120 a 815; las organizaciones de adultos mayores aumentaron de 181 a 208 y los centros culturales de 49 a 72. Sin embargo, para el año 2017 si bien no existe un total registrado, en estas categorías nos encontramos que las “otras organizaciones comunitarias funcionales” bajan a 216, mientras las otras categorías se mantienen en números similares a los 2016 o incluso descienden levemente, las Juntas de Vecinos por ejemplo bajan de 245 el 2015 a 216 el año 2017.

Características de la villa

La unidad barrial a investigar pertenece a la comuna de Maipú, sin embargo sus características geomorfológicas y límites corresponden más bien a la comuna de Cerrillos. Antes de la intervención del Programa Quiero Mi Barrio¹ en la villa, el sector contaba con una escasa conectividad con la comuna de Maipú, situación que se modifica con la pavimentación de una vía de acceso y la instalación de un Centro de Atención Municipal en la misma Villa.

¹ El Programa de Recuperación de Barrios “Quiero Mi Barrio” fue creado durante el Gobierno de la ex Presidenta Michel Bachelet y depende del Ministerio de Vivienda y Urbanismo, y se ejecuta a lo largo de todo el territorio nacional en distintas comunas, su objetivo general es “Contribuir al mejoramiento de la calidad de vida de los habitantes de barrios, que presentan problemas de deterioro urbano y vulnerabilidad social, a través de un proceso participativo de recuperación de los espacios públicos y los entornos urbanos de las familias”. En su ejecución se desarrollan tres líneas de acción: i) Plan de Gestión de Obras; ii) Plan de Gestión Social y iii) Plan de Gestión de Recursos Complementarios, esta última busca la cooperación intersectorial en el mejoramiento del barrio.



Ilustración 4: Mapa Barrial. Fuente: Informe de resumen ejecutivo fase I Antecedentes Contrato de Barrio

El barrio limita al norte con un sitio eriazo, al sur con un sitio privado abandonado denominado el Pajonal. Al este limita con Av. las Torres y con el sector de Los Presidentes de Chile (comuna de Cerrillos), por otra parte, al Oeste limita con Barrio Las Rosas.

La Villa se conforma el año 1992, a partir de la entrega de terrenos con infraestructura básica a familias de dos Comités de Allegados provenientes de lo que actualmente es la comuna de Cerrillos y el Coordinador de Allegados Juan Pablo II del sector norte de la capital (Huechuraba, sector de la Pincoya, Conchalí e Independencia). La solución habitacional para las familias de ambos sectores fue la entrega de 250 loteos de entre 100 y 140 metros cuadrados con caseta sanitaria (baño- cocina). En sus orígenes, el área que actualmente compone la Villa se constituía por “chacras” y se encontraba en un estado de urbanización muy bajo, fueron los mismos vecinos quienes comenzaron a gestionar proyectos de urbanización como pavimentación participativa y generación de áreas verdes (SEREMI Metropolitana Vivienda y Urbanismo, 2006).

Los datos demográficos actuales de la Villa, según el Censo de Población y Vivienda 2017, dan cuenta de 1.270 habitantes. Sin embargo, es importante mencionar, que una de las manzanas originales de la Villa ha aumentado su población, dado que colinda con un sitio eriazo de gran

tamaño, en donde desde aproximadamente el año 2010 se ha instalado un campamento conformado, según registro de prensa del 2015, por 35 familias². Por tanto los datos que se presentan incluyen esas 35 viviendas cuyo asentamiento es posterior al origen de la Villa y a quienes los habitantes del barrio no reconocen como parte del conjunto habitacional, sino más bien como otra unidad territorial, con características de mayor precariedad.³

De este total de habitantes, un 49,5% de la población se encuentra representada por hombres y un 50,5% corresponde a mujeres. De acuerdo a su rango de edad el 69,8% de la población se ubica en el tramo de edad entre 15 a 64 años, y un 5,2% de la población tiene 65 años o más, para el año 2017.

Lo que previamente se identificaba como un terreno de 251 sitios, aumenta el año 2017 (según registros del último Censo de Población y Vivienda) a 317 viviendas, lo que se explica no solo por la expansión de la autoconstrucción informal debido a la presencia del campamento, sino también probablemente por la habilitación de segundas viviendas en los mismos sitios. Es así como además, en estas 317 viviendas identificadas, se observa a partir de los datos censales que existe un total de 342 hogares, lo que implica que existe en promedio 1,08 hogares por vivienda. Anteriormente los datos del CENSO del año 2002 daban cuenta de 263 hogares, con 22 hogares en condición de allegados, cifra que se incrementó el 2017 a 25 hogares en esta condición.

De este total de viviendas, 276 constituyen viviendas tipo “casa”, y 35 corresponde a viviendas tipo “mediagua, mejora, rancho o choza”, el resto se distribuye en pequeñas cantidades asociadas a viviendas tipo “pieza en casa contigua”, “vivienda tipo móvil (carpa o casa rodante) y “otros tipos de vivienda” (CENSO 2017). Los datos del Diagnóstico realizado en el barrio dan cuenta que el tipo de vivienda del barrio se conforma por caseta sanitaria con autoconstrucción, principalmente con ladrillo y madera (SEREMI Metropolitana Vivienda y Urbanismo, 2006).

La información generada por el equipo consultor del Programa de Recuperación de Barrios “Quiero Mi Barrio” del Ministerio de Vivienda y Urbanismo, Programa que se instala desde el año 2007 hasta el 2010 en la Villa , da cuenta a través de una encuesta de caracterización familiar que

² <https://www.labatalla.cl/jairo-valdes-y-el-proyecto-que-busca-erradicar-el-campamento-japon-de-maipu/>

³ Los datos del CENSO 2017 no permiten establecer esta separación entre los sitios originales de la Villa y aquellos asentamientos informales propios del campamento.

el ingreso promedio familiar es de \$ 162.034. El 23,6% de las familias declaran vivir con ingresos mensuales promedio inferiores a \$100.000, los que sumados al 44,3% que tiene ingresos en el tramo siguiente (de \$100.001 a \$200.000) alcanzan al 67,93% de las familias (SEREMI Metropolitana Vivienda y Urbanismo, 2006).

Esta misma encuesta constata que las familias con jefes de hogar hombres cuentan con mayores ingresos, que las que tienen jefatura femenina. Las jefaturas de hogar de la Villa trabajan principalmente como trabajadores dependientes del sector privado (47,7%), en menor medida como independientes (24,1%), mientras el 5,9% se encontraba sin empleo, el 6,3% está jubilado y el 2,5% trabaja en el servicio doméstico al momento de realizarse la encuesta. Sin embargo al desagregar esta información por sexo del o la jefe de hogar, se aprecia una mayor participación del empleo en el sector privado en las jefaturas masculinas (57,2%), por sobre el 21,9% de participación en las jefaturas femeninas.

IV. METODOLOGÍA

El marco metodológico consideró el desarrollo de un diseño de investigación con enfoque cualitativo, definiendo la muestra y los procedimientos de selección y acceso a esta, para luego operacionalizar las principales dimensiones que contribuyeron a la confección de la pauta de entrevista en profundidad, que constituye la técnica de producción de información utilizada.

4.1. Diseño

El enfoque de carácter cualitativo, el cual resulta ser particularmente útil en la medida en que integra la dimensión subjetiva del entrevistado (Ibáñez, 2006). Por tanto, la investigación cualitativa se desarrolla vinculada a los significados que le dan las personas a su realidad social, lo que resulta óptimo para abordar el sentido de las trayectorias asociativas en mujeres urbanas, esto pues el enfoque cualitativo permite cierta apertura al enfoque del sujeto investigado, pudiendo comprender las estructuras de significación que dan sentido a aquella habla que se encuentra articulada de manera intersubjetiva.

Las limitaciones del objeto de estudio de la investigación cualitativa, tal como plantea Ibáñez (2006), es que se abandona la pretensión de objetividad, la observación no puede ser realizada desde afuera, dado que se asumen las condiciones de la observación subjetiva, y en donde la construcción del objeto se realiza desde sus propias significaciones, esquemas de conducta y conocimiento. La apertura del enfoque cualitativo permitiría conocer e indagar con mayor profundidad en torno a estas dimensiones.

La pertinencia de aplicar este enfoque descansa en la capacidad inherente a sus técnicas que permiten captar la realidad tal como la ven, la viven y la construyen los propios individuos.

4.2. Universo y Muestra

Dado que el estudio constituye una experiencia en particular, la población o universo a considerar es el que corresponde a la villa “Las Abejas”⁴ de la comuna de Maipú, localizada en la ciudad de Santiago de Chile. La elección de la comuna de Maipú, como primera fase de selección en el proceso de diseño de la muestra, se sustenta tanto por criterios prácticos como de relevancia en la problemática de urbana. En términos prácticos fue posible acceder a la población de esta comuna en general, y de la unidad barrial en particular por la experiencia de trabajo previo en la evaluación de un programa. En relación a la temática que contextualiza esta investigación, su ubicación espacial en la configuración de la ciudad no es de menor relevancia, ya que es parte de la periferia del centro urbano de Santiago, al encontrarse fuera de la circunvalación Américo Vespucio, siendo además una de las comunas con mayor cantidad de población en la región metropolitana.

En la última fase del muestreo se definieron los criterios de selección de las personas a entrevistar, la muestra final se compone por mujeres adultas entre 29 y 60 años de Villa Las Abejas de la comuna de Maipú que cuenten con experiencias asociativas a lo largo de su ciclo de vida.

El propósito de la muestra en la investigación cualitativa es seleccionar los elementos o casos a investigar que contribuyan a conocer en profundidad el fenómeno que se pretende estudiar, en este caso el tipo de muestreo de acuerdo a la clasificación revisada en la literatura (Hernández et al., 2006), consistió en un muestreo cualitativo diverso o de máxima variación, considerando: i) mujeres con cargos dirigenciales en organizaciones y otras en calidad de miembros simples; ii) la mayor variación posible correspondiente a las trayectorias asociativas (históricas, intermitentes y recientes); iii) mujeres con trabajo remunerado y otras que no realizan trabajo remunerado. Se realizaron 14 entrevistas considerando el acceso a la mayor diversidad posible de información.

El procedimiento de acceso a la muestra se define a partir del muestreo tipo “bola de nieve”, posible dado el conocimiento de personas que facilitaron la entrada desde el trabajo de campo (rol de “portera”) y establecieron los contactos con las personas que se ajustaban a los criterios de selección explicitados.

⁴ Nombre ficticio, para efectos de no generar eventuales estigmatizaciones, se consideró dejar el nombre real de esta Villa en el anonimato.

Este procedimiento implicó un primer proceso de acercamiento o, como se ha denominado, de negociación (Hernández et al., 2006), con la “portera”. Tal como recomiendan los autores, el primer paso al contactar a la persona que facilita el acceso al campo, consistió en explicar la investigación y sus características, especialmente los objetivos, el por qué se escogió entrevistar a mujeres del barrio o villa, el carácter de su participación y cómo se abordarían los resultados del estudio. Lo anterior se realizó a través de un texto escrito a modo de “consentimiento informado”.

Lo descrito no impidió que se estableciera contacto con otras mujeres del sector fuera de la red de relaciones de quien se identificó como “portera”, el procedimiento de muestreo tipo bola de nieve resultó ser útil para conocer personas a través de contactos en segundo o tercer grado con la primera persona contactada.

La descripción de la muestra se presenta en la tabla a continuación:

Tabla 1: Composición de la muestra

	Edad (2014)	Ocupación	Ámbitos de participación	Trayectoria asociativa (histórica/intermitente/reciente)	Rol	Escolaridad
Entrevista 1	48 años	Asesora del hogar	Múltiple: territorial, cultural.	Histórica	Dirigente	Sin información
Entrevista 2	42 años	Operadora Telecentro	Territorial	Intermitente	Dirigente	Sin información
Entrevista 3	51 años	Sin trabajo renumerado (Dueña de casa)	Territorial	Continua	Dirigente	2° medio
Entrevista 4	36 años	Operaria Telecomunicaciones	Múltiple: territorial, cultural	Intermitente	Dirigente	Sin información
Entrevista 5	56 años	Sin trabajo renumerado (Dueña de casa)	Múltiple: Cultural, vivienda	Reciente	Dirigente	8° básico
Entrevista 6	45 años	Asesora del hogar	Múltiple: Cultural, vivienda	Histórica	No dirigente	2° medio
Entrevista 7	40 años	Técnica en vestuario	Múltiple: territorial, cultural	Histórica	No dirigente	Técnico
Entrevista 8	41 años	Captadora clientes	Territorial	Intermitente	No dirigente	2° medio
Entrevista 9	52 años	Independiente (recicladora-feriante)	Territorial	Reciente	No dirigente	Sin escolarización
Entrevista 10	54 años	Asesora del hogar	Múltiple: territorial, cultural	Reciente	No dirigente	Sin información
Entrevista 11	51 años	Cajera supermercado	Territorial	Histórica	Dirigente	Sin información
Entrevista 12	22 años	Estudiante	Religioso	Intermitente	No dirigente	Técnico profesional Incompleto
Entrevista 13	26 años	Sin trabajo renumerado (Dueña de casa)	Territorial	Reciente	No dirigente	Técnico
Entrevista 14	54 años	Asesora del hogar	Religioso	Intermitente	No dirigente	Sin información

4.3. Técnica de producción de datos

Las técnicas o instrumentos del enfoque cualitativo se caracterizan por su apertura, asumiendo el postulado de la subjetividad para entender los fenómenos a investigar. Para el caso de la presente investigación la técnica considerada en la producción de datos es la entrevista en profundidad, que permite establecer una particular relación dialógica entre el investigador y el sujeto entrevistado. Se espera de esta técnica que los sujetos a investigar se expresen y expresen sus respuestas de manera fluida con el objeto de identificar como han asimilado y dotado de significación a sus trayectorias asociativas.

En la entrevista en profundidad las preguntas se desarrollaron de manera abierta y relativamente libre, captando tanto el lenguaje verbal como no verbal, buscando la mayor riqueza en el material lingüístico de las respuestas de las entrevistadas. Se intentó captar las formas de ver, pensar y actuar de los sujetos a investigar en sus aspectos más profundos. Lo que diferencia esta técnica de la entrevista semi-estructurada es el tiempo que requiere para alcanzar la profundidad buscada de los discursos de los sujetos entrevistados, implica una confianza y apertura para lograr profundidad.

Las principales desventajas de esta técnica constituyen el tiempo, requiere mayor tiempo que la entrevista semiestructurada, y la falta de participación directa u observación de la realidad a la que el sujeto hace referencia, aspecto que constituye una de las ventajas de la etnografía y que pone en riesgo la veracidad de los discursos de los sujetos investigados. Sin embargo, para los objetivos que buscaba esta investigación resultó ser adecuada para captar los sentidos y significados que le dan a sus trayectorias asociativas las mujeres a entrevistar en el marco de este estudio. Esto, pues a través de esta técnica las entrevistadas pudieron expresarse sobre sus experiencias asociativas y los elementos que subyacen el desarrollo de estas.

4.4. Estrategia de análisis

El análisis de los resultados, a desarrollar mediante la técnica de análisis de contenido, considera tres partes, que engloba cada una, una dimensión de análisis del estudio. La primera de ellas refiere a lo relacionado con las teorías de la modernización reflexiva, considerando las categorías

de análisis de sociedad de riesgo (Beck, 1998b) y modernidad líquida (Bauman, 2010) , en las que se incluyen las nociones de individualización, segregación urbana, conformación de identidades personales e incertidumbre, para analizar los ámbitos que influyen en el contexto de las prácticas asociativas de las mujeres que conforman el sujeto de estudio.

La segunda parte comprende un análisis vinculado a la experiencia personal asociativa, en la lógica planteada por Lahire (2017), en torno a las disposiciones. Se espera, desde el análisis de la memoria personal y colectiva desarrollada en la primera parte, identificar cómo esta se traduce en disposiciones de las mujeres para involucrarse en actividades de tipo asociativa en su comunidad. En esta dimensión cobrarán relevancia las categorías ligadas a las motivaciones, intereses, e instancias de socialización, incluida la socialización de género, que hayan influido o influyan, en sus acciones y relaciones con los vecinos de su barrio.

La tercera dimensión de análisis, buscará indagar en cómo las prácticas asociativas de las mujeres de la Villa, han dado paso o no a la construcción de cierto tipo de capital social comunitario en el espacio urbano que habitan, y qué elementos favorecen o desfavorecen esta construcción de capital. En esta dimensión se analizarán las organizaciones presentes en la Villa, su forma de operar y la presencia en ellas de ciertas categorías de análisis descritas en el marco teórico: cooperación, confianza, sociabilidad horizontal y vertical, entre otras.

V. RESULTADOS

5.1. Individualización y otros elementos de la teoría de la modernización reflexiva presentes en el análisis.

Los estudios de individualización, que cuentan entre sus representantes a Beck con su obra “La Sociedad del riesgo” (1998a [1986]), con aportes posteriores de otros teóricos como Bauman, Giddens, entre otros; y llevado al contexto de la sociedad chilena por autores como Lechner (1999) y Araujo & Martuccelli (2007) - aunque en el caso de estos últimos como referencia para la discusión de ciertas premisas -, tienen en su base el planteamiento de que los procesos de modernización de las sociedades occidentales obligan a las personas a construir como puedan sus vidas y vínculos sociales, asumiendo de manera personal todos los riesgos. En esta dinámica se desvanecen las categorías previas identificadas con las sociedades de clases, donde las instituciones definían los roles e identidades sociales, lo que ahora se desdibujan surgiendo nuevas formas de acción.

En este sentido, se analizan las políticas de modernización urbana, como espacio en que se presenta el proceso de individualización de la sociedad chilena, y el alcance que este tiene en las construcciones identitarias de tipo más tradicional, como el clásico sujeto popular obrero y los nuevos individuos vinculados a los conjuntos habitacionales de las políticas de subsidio habitacional en nuestro país.

5.1.1. La historia de la Villa en el contexto de modernización urbana.

Villa Las Abejas se origina entre los meses de mayo y agosto del año 1992 en un sector límite entre las comunas de Maipú y Cerrillos, se compone de familias provenientes de dos Comités de Viviendas, a los que entregaron 250 sitios. Estos comités eran integrados por grupos familiares de allegados provenientes de la comuna de Cerrillos y del sector norte de la capital (Huechuraba, La Pincoya y Conchalí), ambos lugares caracterizados por tener un origen común de ocupación ilegal de sitios (campamentos y tomas de terreno). Las familias tuvieron acceso a un sitio de entre 100 y 140 metros cuadrados y una caseta sanitaria básica (baño y cocina), lo que implicaba asumir la posterior autoconstrucción de su vivienda.

“...nos regalaron una mediagua de tres por tres, con un sitio que habíamos recibido, un baño, una cocina, y eso era todo, eso era todo nuestro terreno y se dividían los terrenos que sé yo por unas barandas chiquititas, ochenta, noventa centímetros, yo veía todas las mañanas no sé po’, levantarse a la vecina de la otra esquina, o de la última cuadra, nos veíamos en general todos, todos nos conocíamos la ropa interior, porque lamentablemente en el minuto no estaban los recursos como para poder empezar a cerrar inmediatamente el sitio” (E.2, 42 años, dirigente).

Esta acción de entrega de sitio, se enmarca dentro de la política habitacional vigente durante el año 1991 en Chile, que en líneas generales forman parte del modelo neoliberal que opera desde la década de 1970, que conlleva la liberalización de los mercados del suelo con fines urbanos en la periferia de la ciudad. Se ha observado que esta política habitacional no ha experimentado variaciones importantes desde hace 40 años (Simian, 2010).

En Simian (2010) se plantea que esta forma de acción estatal ha generado diversas externalidades negativas a la ciudad en general, y en particular a sus mismos beneficiarios, produciendo una alta segregación social, que implica incurrir en altos costos y tiempos de traslados, generando bolsones de pobreza en los sectores donde se ubican las viviendas de la política habitacional en base a subsidios, a lo que se suman problemas de delincuencia e inseguridad, lo que disminuye la calidad de vida de las familias. Para Dubet y Martuccelli (2000) estas problemáticas vinculadas a la violencia o inseguridad serían consecuencia de los mismos procesos de modernización en las sociedades occidentales, donde la exclusión que las origina es el producto de un conjunto de relaciones sociales y políticas, atribuidas a una manera de gerenciar la sociedad, como un efecto de la estructura de las relaciones sociales. “Los excluidos se encuentran con las más grandes dificultades para formarse como actor colectivo, y cuando toman la palabra, es bajo la forma de motines, de la rabia y de la violencia de los jóvenes de los suburbios. Ya no es la fábrica que encarna el escándalo de las injusticias; ahora es el turno del suburbio” (Dubet & Martuccelli, 2000, p. 169). De esta manera el espacio urbano presenta sectores excluidos con escasa capacidad de movilidad social y espacial, problemática que identifica Bauman (1999), como característica de la globalización, cuando plantea que esta tiene dos grupos de individuos, un grupo global que tiene libertad de movimiento, y otro grupo que se encuentra inmóvil, atrapado en su espacio local de gueto urbano. Para los locales (expresión para entender la pobreza urbana anclada a un espacio limitado como un barrio o suburbio utilizado por Bauman) los espacios públicos se hallan fuera de su alcance, las localidades pierden su capacidad de generar y negociar valor.

Desde la década de 1990, con el cambio de régimen de gobierno, la institucionalidad a cargo del tema de vivienda, el Ministerio de Vivienda y Urbanismo (MINVU) levanta como principal problema de habitabilidad el déficit habitacional de la población que se expresaba en la gran cantidad de familias allegadas (Nieto, 1998). Es así como una de las medidas es el fomento de las organizaciones de allegados, a través de los cuales se canalizarían las soluciones habitacionales. Se logra ampliar la cobertura habitacional en dicha década, como producto de la mayor asignación presupuestaria a través de la reforma tributaria aprobada en 1990, y el desarrollo de “programas habitacionales de estándar mínimo, complementarios a los programas existentes, que permitieran abordar un mayor número de soluciones con los recursos disponibles”(Nieto, 1998, p. 197). Esto último genera otro problema para los beneficiarios de este tipo de soluciones “mínimas”, correspondiente a la calidad de las viviendas, y explica por qué muchas familias de esta Villa aún no consiguen disponer de condiciones óptimas de habitabilidad con material sólido o durable, y desde ahí se instala una percepción de déficit y carencia. Se entrega una solución que apela directamente a la capacidad personal para contar con una vivienda adecuada, lo que implica la delegación de esta tarea a los propios individuos sujetos de estas políticas sociales, lo que se corresponde con la noción de individualización en la teoría de la modernización reflexiva, pues son ellos (los individuos) quienes deben resolver este asunto. Esto también se asocia con lo planteado por Ruiz (2015), cuando sostiene que la privatización de las condiciones de reproducción de la vida social, que conlleva el desmantelamiento de los viejos servicios sociales impulsados por las transformaciones neoliberales en nuestro país, genera una sobrecarga de esta responsabilidad antes asumida por el Estado (en este tema el autor se refiere principalmente al ámbito de educación, salud y previsión social pero también es posible de aplicar en el tema de vivienda) en los individuos y sus familias (Ruiz, 2015).

“Todavía no terminamos de construir nuestras casas porque si usted se da cuenta yo todavía vivo en la misma mediagua que compré hace 21 años atrás en el hogar de Cristo. Aquí son muy pocos los vecinos que han tenido la situación económica para poder construir sus casas de material, son contadas con los dedos de las manos las casas que hay construidas, las demás todos vivimos en la misma situación que cuando llegamos (...) que los recursos tampoco alcanzan para poder uno mismo construir una casa” (E.1, 48 años, dirigente).

“...cuando llegamos acá esto era un desierto, no había nada, nada de nada, entonces tu soñai’ siempre con tu casa, con el lugar donde vas a vivir donde van a crecer tus hijos, tus nietos, que tengan un lugar más o menos, más bonito, más acogedor (...) pero uno tiene

que hacerlo uno, no podí estar esperando toda la vida que vengan de afuera a hacerte los cambios porque soy tu el que está aquí, es uno el que tienen que mejorar su entorno, uno el que tienen que salir y buscar lo que necesita.” (E.3, 51 años, dirigente).

En su momento la adquisición de esta pequeña porción de terreno, que permitía disponer de algo propio, les entregó, al momento de recibir el sitio, gran satisfacción, al poder desarrollar una vida independiente con sus familias, de darles un techo a sus hijos. Sin embargo, esta satisfacción no es compartida por todas las entrevistadas, para quienes eran dueñas de casas o jefas de hogar al momento de recibir el sitio, este discurso engloba cierta sensación de anhelo cumplido; mientras que para quienes cumplían roles de hija al llegar a la villa (generaciones más jóvenes), la solución habitacional no se percibe de manera tan satisfactoria.

“...cuando yo llegué aquí estos eran casetas, cocina, baños y un cerrado de un sitio con una tablitas y unos palos que median el largo de tu casa. Entonces para mí fue como horrible, esa no era mi casa la que yo quería. Me costó un año adaptarme aquí, no me gustaba.” (E.7., 40 años, no dirigente).

“...te digo que era el baño, la cocina y eran tres paneles, porque ni siquiera podemos hablar de una mediagua, eran tres paneles cachai, y todo era mío, la cocina el baño, nadie lo había ocupado cachai, pero era algo mío, puse mi camita, mi cajonera a donde guardaba la ropa de mi guagua cachai, mi cocina y dos o tres platos y pare’ contar cachai, era todo lo que tenía, pero feliz po’, feliz, feliz porque tenía un sitio.” (E.6., 45 años, no dirigente).

Para quienes asocian la entrega del sitio como un hito satisfactorio, posteriormente la felicidad de este importante paso se disemina, en el mediano y largo plazo la solución habitacional entregada se percibe como una barrera para el desarrollo de su bienestar personal y familiar. La caseta sanitaria se vuelve insuficiente, no cobija del frío y la lluvia, no permite entregar una vida digna. De esta manera se van configurando diferencias en el interior de la Villa, entre quienes logran superar la barrera material de esta primera vivienda precaria, construyendo una edificación más amplia y duradera; y quienes no superan esta precariedad y subsisten incluso hasta el día de hoy con instalaciones básicas y provisionarias.

“... y si tú eres pobre cómo cresta pensaron que tu podías construir una tremenda casa, a eso súmale que podías ser madre soltera, viejo, etc., un montón de condiciones que te podían generar que no podías, que iban a pasar diez, quince, veinte, treinta años y tu ibas a seguir viviendo mal, porque no ibas a poder romper eso, entonces vivimos en aquella época donde se nos construyó una caseta sanitaria pensando (...) que la gente podía vivir en un baño y una cocina, ¿y qué nos hicieron con eso?, ¿qué me hicieron a mí?, (...) nos hicieron ocupar nuestro subsidio, porque yo hoy día no puedo optar a un subsidio, ese es mi subsidio, el baño y la cocina...” (E.6., 45 años, no dirigente).

5.1.2. Individualización e identidades

Dubet & Martuccelli (2000) en referencia al proceso de individualización, plantean cómo el individuo se ve expuesto a una serie de pruebas en su obligación forzada por resolver cada aspecto de su vida. Esto generaría, para estos autores, una “psicologización” de los conflictos sociales. En este sentido, las reivindicaciones identitarias se originarían no tanto como forma de resistencia del pasado, habría en estas reivindicaciones formas de reconstruir las identidades y los modos de socialización de las experiencias de los individuos. Visualizar cómo se constituyen las prácticas asociativas implica una revisión de cómo se configuran en el marco del proceso de individualización, que en su esencia está marcado por el aislamiento de los individuos y la fragmentación de los vínculos sociales. En este escenario de modernización, se produce una tensión entre las tradicionales y nuevas formas de identidad en el espacio urbano, por lo que remitiremos a la memoria social de las entrevistadas para dar cuenta cómo acontecen estas transformaciones en el espacio local.

El concepto de identidad remite a dos ámbitos: el de identidad personal y el de identidad colectiva (Larraín, 2014; Martuccelli, 2007), aunque existe, por cierto, una distinción analítica entre ambos conceptos, lo principal es que se encuentran fuertemente relacionados, lo que hace prácticamente imposible hablar de uno sin hacer referencia al otro. En el análisis de Baño (1985) donde se identifican dos grandes grupos relevantes en el mundo popular (movimiento poblacional y movimiento sindical), se especifica que ambos desarrollan formas de sociabilidad diferentes, donde el movimiento poblacional estaría marcado por un componente de identidad, de sentimiento de pertenencia a un todo; a diferencia del movimiento sindical que tendería a la idea de sociedad, es decir a la unión por intereses racionales (Baño, 1985). Esto sería así, probablemente, por la característica más territorial del primero, donde el espacio y lugar es importante en esta definición identitaria.

En relación a lo que se abordará en el análisis desde el concepto de identidad, los antecedentes de Portal (Portal, 2006) sirven como referencia para analizar la configuración de una identidad barrial específica a partir de tres ejes: espacio, tiempo y memoria. La memoria en este caso se construye desde la demanda por la vivienda y, una vez obtenido el sitio, por buscar soluciones que les

permitan mejorar las condiciones de habitabilidad y de vida en general, es por esto que el espacio y los medios materiales constituyen otro referente identitario para esta población.

La historia compartida desde la carencia, y como mencionan algunas entrevistadas, desde la vulnerabilidad, define también la trayectoria común de los vecinos, los hace reconocerse entre ellos como parte de un colectivo con características similares, con historias de esfuerzos y dificultades materiales. También como parte de un grupo etario específico que reconoce ciertos valores comunes, como la cooperación y reciprocidad que experimentaron una vez instalados en sus terrenos, en este componente etario se manifiesta el tiempo como elemento de conformación de identidad colectiva.

“...cuando llegamos a vivir aquí, éramos en su mayoría, (...) estoy hablando del 80%, de matrimonios jóvenes, con niños, muy pequeños y otros por venir en camino. Gente muy emprendedora, muy luchadora, venían con hambre de tener una vivienda (...) nos tocó presenciar casos muy extremos, no sé, de ver algún tipo de matrimonio con ocho hijos, uno de esos hijos durmiendo en una cajita de plátano, una guagüita...” (E.2., 42 años, dirigente).

“...acá en esta villa cuando llegamos, como llegamos tan desprotegidos en base a lo que había, hubo una suerte así como de unirse para protegernos entre nosotros, y decirte que muchos de esos vecinos han mantenido eso, como de unirse...” (E.4., 36 años, dirigente).

El reconocimiento de una trayectoria similar, asociada a una situación de carencia material, los lleva a identificarse como colectivo y desarrollar estrategias grupales de cooperación, el espacio se va configurando como un ámbito de intervención para las actividades comunitarias, definido no solo desde su significación simbólica, sino también desde las prácticas que se despliegan y que permiten ir construyendo identidad barrial (Portal, 2006, p. 72). Y es que cada grupo social define sus propias estrategias que construyen sus referentes identitarios, en este caso la memoria social va ligada a la demanda colectiva por dignificar y dar alegría al espacio en que habitan, y la organización del tiempo comunitario, se centra en ciertos hitos que son autogestionados. Por tanto, si bien en un comienzo los factores de reconocimiento identitario tuvieron foco en la superación de las condiciones de precariedad habitacional, dado por el tipo de subsidio al que acceden, al corto plazo comienzan a desplegarse acciones rituales de tipo más recreativo dirigidos a celebraciones importantes, donde se convocaba a las familias y especialmente a los niños. Con el paso de los años, estos ritos, van presentándose de manera más ocasional, y muchas veces convocados por otras instituciones, como la municipalidad, pero que aún a nivel de dirigencias se

identifican como importantes para el fortalecimiento de la unidad que estuvo presente antaño en la Villa.

“...en general éramos todos con niños pequeños, entonces era todo más tranquilo, todo no sé... era más lindo, porque todos llegamos... como que se formó una familia completa porque éramos todos unidos allá en la Villa, todos, si se hacía algo para el día del niño, para la Navidad, para las Fiestas Patrias...” (E.8., 41 años, no dirigente)

Márquez (Márquez, 2006) plantea que las representaciones que tienen las personas sobre sí mismas se encuentran ligadas íntimamente con las maneras en que ocupan el espacio y hacen territorio. Espacialmente, la villa pertenece a la comuna de Maipú, sin embargo, desde sus inicios su localización adolecía de problemas de conectividad, tanto vial como peatonal, hacia el centro de servicios de la comuna, e incluso hacia los barrios colindantes de esta misma. Esto genera que históricamente los vecinos se han percibido aislados, y no reconocidos como maipucinos, por parte del universo de habitantes de la comuna de Maipú. Los problemas de conectividad se han expresado a través de la falta de infraestructura vial adecuada en la arteria que une la villa con el resto de Maipú, lo que se viene a solucionar de manera definitiva recién el año 2009, es decir 17 años después de la creación de la villa; y en un principio en la falta de locomoción pública, lo que llevó a los vecinos a organizar una serie de estrategias conjuntas que van desde la caminata en compañía hasta el paradero más cercano, la organización para enfrentar situaciones de emergencia como incendios u otros, hasta la movilización a través de organizaciones vecinales para solicitar servicios de transporte público. Estos aspectos van configurando una identidad organizacional, que se activa desde los problemas de acceso a servicios urbanos y de transporte, que persiste en la memoria de los habitantes y se configura como parte del relato colectivo, manifiesto en las entrevistas realizadas. Para Dávila (Dávila, 1994) esto puede explicarse en la medida en que es en el proceso de constitución de identidades donde los sujetos se reconocen como individuos y colectivos, lo que facilita la adhesión a los objetivos en común, aun cuando muchas veces esa cohesión es circunstancial.

“...hubo muchas juntas de vecinos que luchamos años, años, por tener un acceso a nuestra propia comuna” (E.2., 42 años, dirigente).

“...no teníamos ni siquiera un acceso, las ambulancias no llegaban acá, se perdían, para qué hablar de los bomberos (...) antes no había nada, nada, ni siquiera teníamos teléfono (...) imagínate caminar un kilómetro pa’ poder hablar por teléfono” (E.3., 51 años, dirigente).

De esta manera los elementos que configuran la identidad de la villa en primera instancia, dan origen a las acciones colectivas que se desarrollan a lo largo del tiempo, con intermitencias y diferentes énfasis e intensidades, pero vigentes en la medida en que sus necesidades, de conectividad o habitabilidad, se mantienen insatisfechas (Dávila, 1994). Sin embargo, no se limitaron solo a este ámbito, surgen también iniciativas comunitarias en torno al deporte y la recreación, generándose en los primeros años la creación de un Club Deportivo, que junto con la Junta de Vecinos constituyeron los referentes organizacionales de los habitantes de la villa, que promovieron los primeros vínculos de sociabilidad entre los vecinos y espacios de encuentro comunitario.

Pero esta identidad común suele ser descrita y asumida por la población más adulta, pues en las mujeres jóvenes entrevistadas, y en las referencias a la población más joven, esta memoria que va configurando la identidad barrial es más bien la historia de madres y padres que la de sus hijas o hijos, hoy jóvenes que tienden a seguir trayectorias de carácter más individual. Al respecto, el PNUD (2000) describe que durante el siglo pasado, los grupos sociales que encabezan las movilizaciones que interpelan al Estado, se caracterizan por un tipo de participación vinculada a la organización social e identidades colectivas. “La memoria activa de los Gobiernos de Frei Montalva (1964-1970) y Allende (1970-1973) tiene que ver con tales procesos de reconocimiento simbólico. Participando en las juntas de vecinos, centros de madres, cooperativas y sindicatos, la gente generó un sentido de pertenencia e identidad” (PNUD, 2000, p. 180). No obstante, esta experiencia asociativa no se vive de igual forma en las generaciones más nuevas. Angelcos (2010) en investigaciones desarrolladas con pobladores de Cerro Navia, en la Región Metropolitana, cuyo origen poblacional se constituye a través de tomas de terrenos, identifica un fenómeno similar en la juventud, planteando que para el caso de los jóvenes “la continuidad o discontinuidad con esta experiencia de resistencia es así una elección principalmente individual” (Angelcos, 2010, p. 75), donde la individualización de sus trayectorias se expresa en oposición a la idea tradicional de comunidad.

“...yo hasta el momento no he hecho nada con los adolescentes porque siento que pa ellos están en el proceso de que todo es fome, (...) porque acá en esta Villa están en un proceso que los adolescentes tienen que ser choros, ladrones, eh, fumadores, no sé, entonces hay un cambio de generación que me tiene así sinsabor” (E.4., 36 años, dirigente).

“...cuando recién llegaron aquí la gente, habían unas historias preciosas, unas historias pero preciosas de cómo la vecina de al lado le entraba la ropa a la vecina porque se le iba a mojar (...) hay unas historias bien lindas, bien bonitas de compañerismo, de solidaridad, de cómo se llama, de hermandad, hay unas historias bien, bien, bien emotivas, bien bonitas, pero son como del... ya de los antiguos, de la gente que hoy día tiene sesenta años cachai.” (E.6., 45 años, no dirigente).

Esta descripción de los jóvenes con una construcción identitaria desde otros referentes, se evalúa por parte de las entrevistadas principalmente como un fenómeno reciente, pues hay relatos que rescatan la participación juvenil en organizaciones preferentemente vinculadas a las artes y la cultura, con un hito de auge importante con la llegada del Programa Quiero Mi Barrio a la Villa el año 2007, y el resurgimiento de diversas organizaciones territoriales y juveniles a partir de los proyectos y la promoción social asociada a este Programa. Son estos mismos jóvenes, hoy adultos, quienes se han replegado a la vida familiar, proyectos personales, o han tomado otros caminos menos auspiciosos, perdiendo continuidad la incipiente experiencia organizacional que surgió en el marco del Programa.

“...habían cabros muy buenos que (...) ahora están, no sé po, desarrollándose con familia, entonces se pierden po, y los que venían detrás, entre la droga, no sé po, no hacen nada y los buenos están estudiando, tratando de migrar” (E.4., 36 años, dirigente).

“todos empezaron a ser papás, mamás, entonces duramos, duramos cuánto, tres cuatro años, (...) como grupo, igual hicimos hartas actividades, trabajamos hartos, cachai, hicimos hartas cositas que quedan para el recuerdo, hoy en día están todos con sus cosas, sus familias, sus hijos, la mayoría tiene hijos, (...) terminaron de estudiar algunos, algunos siguen estudiando, otros trabajando qué se yo, pero así po, dispersos” (E.6., 45 años, no dirigente).

Otro ámbito en que se observan transformaciones en la construcción de identidades, se encuentra asociado a las proyecciones en el barrio, desde esta perspectiva y en sintonía con lo planteado anteriormente con respecto a la población juvenil, se manifiesta que las mujeres jóvenes son las que presentan menor arraigo al lugar, en comparación a las mujeres adultas. Otra característica de las mujeres que expresan sus proyecciones fuera del barrio, es que declaran bajos niveles de participación en actividades de tipo asociativo. En quienes no son tan jóvenes y tienen algún tipo de trayectoria asociativa, el discurso se divide entre las que se manifiestan conformes y arraigadas a partir de la historia de esfuerzo y el vínculo significativo con los vecinos, y quienes manifiestan deseos de emigrar de la villa producto del temor de percibir fenómenos de microtráfico y consumo de drogas en el sector y del riesgo que eso implica para sus hijos jóvenes.

“¿En seis años más? Ojala que no esté viviendo aquí - **¿Y dónde te gustaría vivir?** - No sé en otro lado, pero no aquí.” (E.12., 22 años, no dirigente).

“...claro o sea tu aprendes a querer lo que te ha costado tanto, no sé po, si tuviera la oportunidad de irme a otros barrio no lo haría” (E.3., 51 años, dirigente).

Otro tema que emerge en la reflexión actual sobre la Villa es que en muchas de las entrevistas la idea del reconocimiento de un nosotros, ya no es algo generalizado como se identificaba en los relatos que aluden a los comienzos de la historia en el barrio. Los elementos identitarios que se reconocen en la actualidad se presenta de manera acotada, sin abarcar la totalidad de la villa, sino más bien a su sector más próximo, que puede ser la calle o pasaje donde habitan las entrevistadas, marcando diferencias entre los más próximos o cercanos y los que habitan fuera del perímetro inmediato de la vivienda de cada entrevistada. Lechner (1999) en su descripción sobre el miedo al otro como expresión de malestar de la sociedad chilena, plantea que la percepción del extraño como un potencial agresor refleja la debilidad del "nosotros". Con esto se constata cómo las identidades colectivas se han desprendido de su base material y simbólica; en lugar de ello se manifiesta una retracción al hogar e individualismo. Con esto advierte que las estrategias individuales o familiares no pueden ser el reemplazo de experiencias de sociabilidad (Lechner, 1999). El origen de este fenómeno el autor lo identifica en conjunto con el miedo a los conflictos, dado la experiencia dictatorial y la penetración del mercado en la vida cotidiana.

“Yo creo que sí contaría con los vecinos de mi pasaje, no más allá porque no conozco a toda la Villa, tengo amigas dentro de la Villa (...), pero sí yo creo que sí, yo contaría con los vecinos de mi pasaje” (E.10., 54 años, no dirigente).

“...aquí tu puedes ser muy amigo de tus vecinos, de estar muy cerca pero el resto es como extraño, como que no hay mucha, no, no la considero, no la considero así como una comunidad, no la considero como... como algo donde yo vaya a la otra cuadra ponte tú y... si bien es cierto fallece alguien, pasa alguien pidiendo ayuda, obviamente existen ciertas cosas, detalles así; o se hace un bingo para alguna persona, de hecho hoy día hay un bingo cachai, pero (...) no existe ese concepto de estar en comunidad para haber... no sé po', haber surgido de la nada y habernos... conocernos de tanto tiempo...” (E.6., 45 años, no dirigente).

Otro elemento que también se ha identificado en la bibliografía como detonante de la crisis de la identidad urbana tradicional y que aplica al caso estudiado, es la ausencia de espacios públicos e intermedios entre la vivienda y la ciudad, que no sólo aumenta la percepción de indefensión frente al otro, sino que también promueve el repliegue e individuación (Márquez, 2006). El PNUD

(2000) plantea que una de las grandes aspiraciones de los chilenos son los lugares de encuentro, que ofrecen oportunidad de conversar y disfrutar de las relaciones sociales. Se plantea que “los espacios públicos en general, no dan lugar a relaciones sociales, no dejan aflorar el vínculo social, no permiten constituir y exhibir identidades colectivas” (PNUD, 2000, p. 180).

Si bien la Villa cuenta con algunos espacios comunes, como la plaza o sus pasajes, el uso de estos no se encuentra exento de conflictos con otros grupos, como por ejemplo, jóvenes que utilizan estos espacios para el consumo de drogas y alcohol, y otros grupos que han cooptado estos espacios para la venta de este tipo de sustancias, aumentando la sensación de inseguridad, grupos que generalmente son habitados por nuevos vecinos, que han comprado, arrendado u ocupado viviendas en la Villa o cerca de ella, en el último tiempo. Frente a la presencia de este otro, extraño, Pérez (2006) plantea que se pierde la coherencia de comunidad y se provoca un desorden en la rutina diaria de la vida comunitaria, “todo aquello que pueda transmitir una sensación de diferenciación pone en jaque la concepción coherente del *nosotros*” (Pérez, 2006, p. 89). Con este *nosotros*, Pérez se basa en el concepto de “comunidad purificada” (Sennett, 1975), y frente a los extraños, la Villa se aleja de la imagen Senettiana en tanto que el otro se instala en el mismo espacio residencial (Pérez, 2006).

“...comenzaron a vender los sitios y comenzaron a llegar familias nuevas y ahí comenzaron a llegar los focos de... ahí nos complicó bastante. Y ahí es más difícil tratar de alejar a esa gente.” (E.8., 41 años, no dirigente).

“hubo venta de drogas incluso en mi pasaje y en la sala multiuso, en la multicancha, pero parte de los dirigentes, muchos de los vecinos hemos tratado de que esos espacios empiecen a permanecer más ocupados, así que el cuento de la droga vaya saliendo, erradicarlos de aquí, porque se supone que si ellos se están tomando esos espacios es porque nosotros no lo estamos ocupando” (E.2., 42 años, dirigente).

Sin embargo, existen espacios que son utilizados y que operan con cierto control institucional o comunitario, como el telecentro o el Centro de Atención Municipal (CAM), desde donde surgen algunas de las prácticas recreacionales dirigidas principalmente a niños y niñas. Estos espacios, instalados hace no más de diez años, posibilitan que aún se mantengan ciertos niveles de sociabilidad mínimos para la permanencia del *nosotros*, al menos en grupos acotados de mujeres activas organizacionalmente. Si bien existen factores que amenazan esta idea de comunidad, y se identifica un fenómeno de fragmentación identitaria, los reductos de reconocimiento mutuo están presentes gracias a ciertos niveles de sociabilidad, que en función de su regularidad, es decir de la

frecuencia con que se refuercen estos vínculos, permiten la permanencia de la noción de identidad en el tiempo (PNUD, 1998, p. 136). Pese a lo anterior, esta noción en los relatos de las mujeres investigadas conforma más bien una añoranza del pasado, de la memoria construida en los inicios de la villa y la activación que se pudo lograr a través de la acción del Programa Quiero Mi Barrio. En la actualidad, la noción de cohesión y unidad se encuentra en tensión con la percepción de individualismo que se advierte en muchos de los residentes de la villa. Este proceso de desgaste de las identidades tradicionales urbanas, entendida como el reconocimiento de habitar un mismo territorio, con trayectorias e historias similares, es un proceso que ha sido constatado también por otros autores. Márquez (2006), plantea cómo la identidad ya no se construye únicamente por el lugar de origen o por el barrio en que se habita, “sino por una diversidad de convenciones y elementos culturales en permanente movimiento, como el vestir, el habla, el estilo, el habitus, la trayectoria, la clase, el trabajo, el consumo, la inclusión o la exclusión del mercado. Al mundo de la ciudad y de la vida urbana -en su calidad de diverso y heterogéneo- se le teme” (Márquez, 2006, p. 77).

5.2. Capital social: prácticas y estrategias asociativas

5.2.1. El relato de la historia asociativa

En el Informe del año 2000 del PNUD se define la asociatividad como la cara más visible de lo que denominan capital social, entendido como relaciones de confianza y cooperación cívicas. Esta idea de asociatividad, a su vez se define como “aquella organización voluntaria y no remunerada de personas o grupos de personas que establecen un vínculo explícito con el fin de conseguir un objetivo en común” (PNUD, 2000, p. 110).

De acuerdo a lo analizado en los relatos de las entrevistas la organización de los vecinos es anterior a la llegada a la villa, en la conformación de los *Comités de Allegados*, que a su vez responden a una orientación de la política habitacional del periodo de transición a la democracia. La condición de “allegado” es característica de los problemas de acceso a la vivienda en Chile, donde a falta de ésta, las familias que no han podido acceder a soluciones habitacionales a través del mercado o subsidios estatales generan estrategias de crecimiento hacia adentro, ya sea

compartiendo unidades de viviendas en donde originalmente residía un solo hogar⁵, generando un proceso de densificación de los asentamientos populares; o extendiendo los hogares con la incorporación de hijas, hijos u otros parientes con sus respectivas familias nucleares (hijos, conyugue) que en caso de una situación económica más propicia habrían optado por una vivienda propia independiente (Rodríguez, 1987).

Dado que los *comités de allegados*, se constituyen a partir de una respuesta frente a una política habitacional que canalizaba las demandas a través de este tipo de organizaciones, se ha planteado que corresponden a una asociatividad de tipo funcional, su perpetuidad depende de los activos sociales que sus miembros logren mantener y movilizar (Correa, Noé, & FLACSO, 1998). Sin embargo, aun cuando respondan a una estrategia funcional para la obtención de un beneficio específico, en este caso, un sitio para construir, la organización les permite concebirse como sujetos, “es organizándose que la gente actualiza de manera más eficiente y plena su derecho a ser tomada en cuenta” (PNUD, 2000, p. 111).

Se ha planteado que, para los miembros de comités de allegados, la experiencia asociativa a partir de este formato les permitió, en primera instancia organizarse, y posterior a la obtención de la solución habitacional, mantener y fortalecer lazos a través de las distintas actividades comunitarias (A. Bahamondes & Mesina, 1999). Lo que se alinea con lo planteado en el Informe del año 2000 del PNUD, donde se sostiene que la asociatividad no solo tiene un propósito instrumental, es un fin en sí mismo, en pro de la sociabilidad cotidiana.

Además, este proceso de búsqueda de la solución al problema de la vivienda, a través de comités de allegados, no estuvo exento de problemáticas, pues implicó el realizar selecciones dentro de sus comités respectivos, y dejar personas que podrían acceder al beneficio entregado por el Estado, y otras sin acceso a éste, para lo cual los dirigentes definieron sus propios criterios de selección en base a los antecedentes socioeconómicos que manejaban de sus integrantes y otros aspectos que en general se alineaban con las políticas de subsidio habitacional, lo que significaba privilegiar a grupos familiares, en lugar de personas solas, no contar con una vivienda previa, entre otros aspectos que dan cuenta de condiciones de vulnerabilidad. La posibilidad de haber sido

⁵ Se entiende por hogar el grupo de personas que teniendo o no lazos de parentesco comparten una unidad de vivienda y cocinan juntos.

incluido dentro de este grupo, genera en varias de estas mujeres la sensación de que es posible obtener avances a través de la acción concertada, y el haber postulado todos juntos les permite cierto nivel de cohesión inicial, incluso considerando que las familias provienen de dos sectores diferentes de la ciudad.

“...buscamos aquellas familias que tuvieron más niños, con menos ingresos económicos porque ya teníamos esa información con esa primera encuesta socioeconómica que teníamos en las manos, entonces evaluábamos ese tipo de cosas, personas que fueran de escasos recursos, que tuvieran más niños, que tuvieran algún tipo de condición de problema con los dueños de casa, si es que eran arrendatarios, otros que tuvieran problemas como allegados, ese tipo de cosas” (E.2., 42 años, dirigente).

Este tipo de política conlleva dos cosas: en primer lugar se focaliza el beneficio solo en algunos, los que responden a las condiciones más precarias, evidenciando el carácter focalizado y subsidiario de la solución entregada; segundo, establece cierto contraste con lo que se ha planteado en términos de individualización, pues exige un requisito asociativo para la entrega del beneficio habitacional, pero sin que necesariamente esto se condiga con elementos de cohesión social interna. Es lo que el PNUD (1998) ha identificado como sociabilidad vertical, en la medida en que para entenderse con la institucionalidad pública se requiere cierta forma organizacional. Las personas no provenían todas de una misma organización, lo que implicaba que no todos los vecinos se conocieran previamente, y que no existiera una idea de unidad en la villa, a priori. Además, la participación en organizaciones como el *comité de allegados*, no supone necesariamente una gran cohesión social. Esta afirmación alude más bien al carácter instrumental que motiva a las personas a adherir a este tipo de organizaciones, donde más que la sociabilidad en sí misma, es la obtención de vivienda propia el fin de esta asociación voluntaria.

Dentro de este marco de experiencias se instala la trayectoria asociativa del caso estudiado, sus habitantes una vez asentados en la villa, logran, pese a las dificultades iniciales mencionadas, confluir en una sola organización territorial que se formaliza a través de una Junta de Vecinos, la que se constituye, a su vez, espacialmente con representantes de cada una de las 10 cuadras que conforman la villa. Pero la Junta de Vecinos no fue la única forma asociativa inicial, en búsqueda de espacios de encuentro, algunos vecinos conformaron una asociación de Club Deportivo, llamado “Real Esfuerzo” que en los primeros años propició importantes espacios de participación y encuentro entre los vecinos durante los días de actividades deportivas. Delamaza (2009) identifica

los clubes deportivos barriales como una expresión de asociacionismo tradicional en los sectores populares, representativos de identidad territorial, que a su vez, facilitan el encuentro entre generaciones, solo comparable al que alcanzan las Juntas de Vecinos. “En su forma y actuar se parecen a las organizaciones mutualistas dado que juntan sus propios fondos, son núcleos de sociabilidad y desarrollan acciones de beneficencia. Aunque su acción mayormente se limita a la entretención y desde ahí no existen mayores proyecciones” (Delamaza, 2009, pp. 149-150).

“...cuando nosotros llegamos aquí empezamos a trabajar con delegados por cuadra, entonces cada reunión que había de directorio de junta de vecinos los delegados tenían que participar de esa reunión para que ellos tomaran acuerdo junto con nosotros, o sea no éramos los dirigentes que tomábamos una decisión y nos arrancábamos con los tarros y hacíamos las cosas a la pinta nuestra, aquí el cuento era hacer que todo el mundo participara y todo lo que se quería hacer había que hacerlo conocido como una cuenta pública más bien dicho, y todos tenían voz y voto, todos tenían una opinión y siempre se tomaban las decisiones de la mayoría” (E.2., 42 años, dirigente).

“...uno nunca se tiene que olvidar que había un Club Deportivo y eso yo creo que fue lo que partió uniendo a esta Villa, se llamaba el Real Esfuerzo, y porque había reunión, había aniversario, era el partido en la cancha iba a toda la gente a verlo jugar, porque partían jugando los niños después en la tarde si tú no conocías a un vecino lo conocí' allá en la cancha, entonces eso yo creo que es algo muy importante que con el tiempo se dejó po', se dejó a un lado se acabó el Club...” (E.8., 41 años, no dirigente).

De esta manera, la organización vecinal, una vez asentados sus habitantes, se concentró en dos principales líneas de acción asociativa. Una primera prioridad fue desplegar esfuerzos para entregar mejores condiciones urbanas al entorno, es por esto que trabajaron en un principio en el hermosamiento de la Villa, mediante la plantación de árboles, gestiones para la pavimentación de calles y pasajes - que lograron de manera colaborativa con las instituciones públicas a través de proyectos de pavimentación participativa -, junto con acciones orientadas a mejorar la conectividad de los vecinos mediante servicios de transporte público.

“...apenas llegamos plantamos árboles, porque esto era un desierto, plantamos árboles por todos lados, tuvimos en muy poco tiempo y pavimentamos las calles, porque hicimos una pavimentación participativa, donde nosotros pagamos una cantidad de plata para que nos pavimentaran nuestras calles, la vereda, que esto no era nada, era puro barro (...), no teníamos locomoción, nosotros salimos a buscar locomoción, y trajimos micro...” (E.3., 51 años, dirigente).

“...cuando llegamos estábamos metidos en el barro pero hasta el cuello, se luchó por las veredas, se luchó por las calles, se luchó para que no saliéramos un kilómetro y tanto a Lo Errazuriz caminando...” (E.11., 51 años, dirigente).

Una segunda línea de acción tuvo un carácter más bien simbólico, consistente en el despliegue de actividades recreativas que reforzaban el sentido de pertenencia y permitían un espacio de encuentro entre los vecinos, actividades dirigidas principalmente a los niños, en los que para su desarrollo participaba gran parte del grupo familiar, y se tendían a realizar en días de festividades como navidad, día del niño, fiestas patrias o el aniversario de la villa.

“...como que se formó una familia completa, porque éramos todos unidos allá en la villa, todos, si se hacía algo para el día del niño, para la Navidad, para las Fiestas Patrias, era como una familia la Villa antes. Ahora no, ya con el tiempo la Villa se ha ido... cada uno ha ido haciendo su vida, ya los jóvenes no son los niños que eran antes se han tomado diferentes rumbos...” (E.8., 41 años, no dirigente).

“...se hacían cosas en comunidad por ser hacíamos la fiesta navideña y hacíamos una actividad con todos los niños del pasaje entiende, luego eso fue bajando de a poco y ahora ya no se hace nada...” (E.14., 54 años, no dirigente).

Estas dos líneas de acción, son posibles de caracterizar a partir de la distinción que establece Lechner (1999) con respecto al capital social, cuando alude al carácter instrumental o expresivo de éste. El primero, de tipo instrumental, hace referencia a las relaciones de confianza y cooperación que establecen las personas con el fin de lograr determinado propósito, utilizando el capital social como un recurso. El segundo, de tipo expresivo, correspondería a una relación puramente expresiva y gratuita: un fin en sí mismo, donde “es justamente el gusto por el encuentro con otros, de estar juntos y actuar juntos, de conversar y compartir, de ser parte de un grupo, lo que motiva el contacto social” (Lechner, 1999). En un estudio sobre vida barrial en viviendas sociales (Pérez, 2006), se han identificado también este tipo de acciones en habitantes de la comuna de Cerro Navia, interpretando estas actividades como una búsqueda de retorno a las relaciones cercanas, personalizadas, para reestablecer la vida comunitaria y la sociabilidad que se desarrollaba en el campamento organizado, y que fue debilitada con el cambio a la villa (Pérez, 2006, p. 91). Se advierte por tanto que este no es un fenómeno exclusivo del caso descrito, correspondería a una situación típica de conjuntos de viviendas cuyos habitantes comparten ciertas historias asociativas previas.

5.2.2. Formas del capital social

Se ha definido el capital social como situacional, dependiendo de sus contextos y procesos, y por tanto se le concibe más bien como un flujo y no un stock dado (Lechner, 1999). En este proceso de construcción asociativa pueden darse momentos de latencia del capital social, por ejemplo cuando las organizaciones formalmente pierden su operatividad pero permanecen las redes de confianza y las disposiciones de cooperación mutua, que pueden ser activadas en caso de ser necesarias, o que permanecen, como la disposición a participar en caso de ser convocados. Esto, sin embargo, se encuentra condicionado a que la memoria de la práctica asociativa haya sido satisfactoria, en caso de acumulación de decepciones, se pierde la disposición a activar estas redes de confianza y cooperación. "La memoria de conflictos o de "decepciones" limita fuertemente las ganas de volver a participar" (PNUD, 2000, p. 162). Esta idea está presente en los relatos de las entrevistadas, donde se expresa cierta nostalgia por las actividades que se desarrollaban en los primeros años de la Villa, y cómo este tipo de acciones han perdido su presencia o protagonismo. Parte de esta pérdida se atribuye al escaso reconocimiento por parte de los vecinos de las actividades realizadas por sus dirigentes vecinales y la falta de cooperación en el trabajo comunitario que estas acciones demandan. Si bien existe algo de interés en participar del beneficio final, la percepción de las dirigentas es que existe poca disposición por parte de los vecinos de cooperar en la ejecución de estas actividades, lo que implica que perciban en ellos una actitud de demanda y escaso reconocimiento que suele desmotivar el trabajo de las directivas.

"...para el aniversario de la villa nosotros como pasaje nos juntamos, compramos torta, bebidas, les hicimos actividades a los niños, adornamos el pasaje, se hizo un pie de cueca, hicimos una cosa bien linda en el pasaje, por eso te digo yo que siempre me he encargado de que seamos bien unidos, hasta que un día una señora me dijo '¿y qué ha hecho esta señora por el pasaje?'" (E.8., 41 años, no dirigente).

"Hay vecinos que se motivan más en participar, no son el 100% pero hay gente que se motiva más, 'oye hay esto en la plaza vamos' se motivan... pero cuando hay actividades solamente a beneficios, no cuando hay... o sea a beneficio de recreación, pero cuando hay actividades como organizar algo para lograr cosas pa' nuestra villa es difícil juntar a los vecinos, a no ser que sean actividades recreativas o de paseos o esas cosas, ahí si llegan." (E.10., 54 años, no dirigente).

Otro punto importante, es que esta historia asociativa, surge de la necesidad de un nuevo protagonismo de la sociedad de acuerdo a las insuficiencias del Estado y del mercado. "El enfoque neoliberal festeja las posibilidades de una sociedad auto-organizada y autorregulada para resolver

las fallas del mercado sin necesidad de una intervención estatal” (Lechner, 1999). Como se explicó anteriormente, es mediante estas acciones asociativas que los vecinos logran gestionar ciertas condiciones mínimas de urbanización del lugar en que habitan. Adicionalmente, el PNUD indica que es posible distinguir tres aspectos del capital social (PNUD, 2000), a saber: i) relaciones informales de confianza y cooperación como se dan en la familia, el vecindario o entre colegas de trabajo y estudio; ii) asociatividad formal en organizaciones de diverso tipo y iii) marco institucional, normativo y valórico de la sociedad que fomenta o inhibe las relaciones de confianza y compromiso cívico. En la descripción que hacen las entrevistadas sobre la historia asociativa en Villa Las Abejas, es posible al menos distinguir las dos primeras versiones de la definición que realiza el Programa de las Naciones Unidas para el capital social, que a su vez concibe el capital social informal conformado a partir de vínculos flexibles, generalmente sin objetivos precisos o en torno a una meta acotada, en cambio, el capital social formal, se presenta a través de organizaciones estructuradas por normas y funciones estables y duraderas en el tiempo.

Además, los lazos que se construyen desde el capital social tienen diversas intensidades, pueden ser lazos fuertes o débiles. Los primeros sirven para la cohesión interna dentro de un grupo y los segundos facilitan la cooperación entre distintos grupos u organizaciones (PNUD, 2000). Es por esto que aunque muchos vecinos no perciban actualmente una fuerte cohesión social, de igual manera destacan las disposiciones que están presentes entre vecinos para entregar ayuda mutua en casos de dificultad.

“Pero lo que sí, nosotros somos bien solidarios, cuando fallece alguien cooperamos, se han hecho bingos, incluso a mí me hicieron un beneficio una vez.” (E.5., 56 años, dirigente).

Se ha planteado que en Chile se produce un desplazamiento desde vínculos más fuertes a otros más tenues y flexibles, que obedece al debilitamiento de los grandes relatos y valores compartidos e identidades colectivas duraderas. Donde no se exige un involucramiento intenso, y en estas condiciones el capital social informal pasa a tener mayor protagonismo (PNUD, 2000, p. 112). Las trayectorias de la vida asociativa también son un reflejo de lo que sucede a nivel de sociedad, Lechner (1999) plantea que distintos rasgos de la sociedad contemporánea - individualismo, narcisismo, hedonismo - devienen en un "vacío de sentido" y un "ocaso del deber". Pese a ello no se presenta anomia, al menos no generalizada, sino más bien un debilitamiento de las normas

morales, lo que acontece es una pérdida de rigidez, donde el deber social ya no es tan relevante de cumplir, y vale más la autonomía personal.

“la vida asociativa vinculada a organizaciones formales tradicionales (sindicatos, partidos políticos, pero también centros de madres y junta de vecinos) disminuye y, en cambio, aumenta la participación en asociaciones con fines específicos y objetivos inmediatos así como los vínculos débiles de carácter más expresivo.” (Lechner, 1999).

A su vez, no cualquier asociatividad genera capital social, aunque no existe capital social sin esta. Para que la asociatividad se convierta en capital social es necesaria una orientación cívica de las prácticas asociativas “hacer propios los problemas más generales de un orden democrático” (PNUD, 2000, p. 112). Esto no es tan claro de visualizar en los relatos de las entrevistadas, pero sí se presenta en algunos discursos de quienes ejercen roles de dirigencia.

“porque en definitiva uno hace cosas porque tu entorno esté bien, que tiene también que ver con los derechos, los beneficios que uno puede recibir como Villa” (E.4., 36 años, dirigente).

Adicionalmente, aun cuando el capital social se genere, éste constituye un recurso que crece en la medida en que se hace uso de él, y se devalúa si no se renueva continuamente (Coleman, 2011).

5.2.3. Estrategias asociativas frente problemas vecinales

El PNUD en su Informe del año 1998 plantea que las estrategias asociativas recurrentemente se manifiestan a través de la sociabilidad vertical o *capital social escalera* (Durston, 2003). La primera noción de sociabilidad vertical refiere a las relaciones cotidianas entre las personas y las instituciones, que se organizan a través de un doble vínculo; por una parte el de representación, mediante el cual las personas son reconocidas por las instituciones; y por otra parte, el vínculo de participación, a través del cual las personas adhieren a las identidades y proyectos ofrecidos por las instituciones. “Una sociabilidad vertical débil, contribuye al desencanto y desafección social y mina la legitimidad de las instituciones” (PNUD, 1998, p. 137). En la historia de la villa, se han vivido diferentes momentos de sociabilidad vertical, el primer momento de llegada, permite identificar que la relación con las instituciones era más estrecha, a través de la organización logran acceder al subsidio que les permite obtener el sitio y la caseta sanitaria, sin embargo muchos enuncian cómo esto queda inconcluso al igual que la posibilidad de mejorar las condiciones

habitacionales para muchas de estas familias, que deben apelar para estos efectos a las redes de cooperación entre vecinos, lo que el PNUD (1998) define como sociabilidad horizontal. Por otra parte Durston (2003) utiliza el concepto de capital social escalera, cuando las partes involucradas tienen diferente poder, que es el que se desarrollaría entre la dirigencia y los servicios públicos. En la actualidad la mayoría de las estrategias asociativas desarrolladas en la Villa a partir de lo inferido en los relatos de las entrevistas, descansan en las dirigencias de las organizaciones, más que ser parte de estrategias colectivas que podrían dar cuenta de un capital social comunitario.

Se evidencia el desarrollo de estrategias que responden a esta sociabilidad vertical o capital social escalera por parte de los dirigentes vecinales, especialmente, para lidiar con los problemas identificados (inseguridad social, drogadicción, condiciones de habitabilidad urbana). Frente al problema de acceso a mejores condiciones de vida materiales se han creado organizaciones funcionales para agrupar a los vecinos que no han logrado terminar la construcción de sus viviendas, también realizan gestiones para levantar requerimientos y canalizar demandas sobre problemáticas de acceso a salud dental, nivelación de estudio y otros, lo que se gestiona ya sea con diversas entidades públicas o con instituciones privadas. Sin duda que las condiciones socioeconómicas de esta población establece una dinámica de apelación al Estado o municipalidades para la solución de sus problemas.

“estamos en un comité que se llama “construcción en sitio propio”, llevamos siete años esperando que nos construyan nuestras casas, que es un programa del gobierno, el municipio nos tiene entrampados a nosotros ese tema porque no nos da el permiso de edificación” (E.1., 48 años, dirigente).

Por otra parte, diferente es la estrategia abordada para el problema relacionado con los focos de venta de drogas, este aspecto es enfrentado por los vecinos de una manera más autogestionada, en este caso son ellos mismos quienes se hacen cargo de volver a ocupar los espacios que fueron utilizados para la venta de estas sustancias, y son las organizaciones sociales de la villa quienes se ponen de acuerdo para reunirse, reparar y volver a dar un uso social a la infraestructura comunitaria que se encontraba amenazada por esta situación.

“...teníamos la sala multiuso, y era un lugar que no se le estaba dando uso para nada, (...) y con una de las familias que llegó acá, a vender droga, mandaban a sus soldados a vender droga y en una reunión creo que fui yo la que expuse de que ya estaba bueno ya que el espacio se ocupara, porque nosotros le estábamos dando el espacio a ellos para que ellos ocuparan el espacio, y si ellos ven que hay más gente, que está llegando gente que se está

ocupando en algo, que hay actividades (...) y todos me empezaron a decir que no, que íbamos a tener problemas con el cuento que llegaban los drogadictos, (...) después de un tiempo me hicieron caso, que era lo que había que hacer. (...) Sí somos nosotros los dueños de esta villa, somos nosotros los que tenemos que cuidarla. ” (E.2., 42 años, dirigente).

En palabras de Durston (2003) es posible constatar acá la presencia de un capital social comunitario, que es transversal a todo un colectivo. Ambas estrategias nos permiten observar como efectivamente el capital social es un activo de carácter situacional, no solo depende de su contexto, también depende del tipo de problema que se requiere enfrentar para evaluar las estrategias más adecuadas a seguir (Pisseli, 2003). En el segundo problema, el de la ocupación para venta de drogas de espacios comunitarios, nos enfrentamos frente a una temática que es difícilmente abordada por vecinos sin exponerse a situaciones de violencia por parte de los que venden y/o como consecuencia de la represión policial, que podría conllevar comunicar esto a autoridades para que resuelvan el problema. Por tanto, más que canalizar una demanda a través de la representatividad de sus dirigencias, se opta por resolver de manera comunitaria el problema, a partir de acciones sencillas, pero específicas, que requieren la cooperación de al menos un colectivo de vecinos, de esta manera es una acción que puede ser entendida y apropiada desde un “nosotros”, más que atribuible a la gestión de un dirigente social en particular.

5.2.4. Características de las prácticas asociativas vecinales

Se han definido en esta investigación que las prácticas asociativas de interés son aquellas que se manifiestan a partir de relaciones de cooperación y confianza con un fin común. El desarrollo de relaciones de cooperación - entendiendo por estas acciones que involucran a dos o más sujetos y que son orientadas al logro de objetivos compartidos (Durston, 2003) - ya se manifiesta desde la llegada de las familias a la villa, en muchos casos precede y se hereda de las relaciones de cooperación existentes en los comités de allegados que gestionan la obtención de los sitios para las 93 familias.

Sin embargo, las entrevistadas advierten que la cooperación y participación de los vecinos en general es cíclica, y actualmente en la mayoría de los casos va asociada a la consecución de

determinados objetivos, como dar solución a problemas de habitabilidad, organizar una fiesta recreativa o entregar oportunidades de capacitación para los vecinos canalizando la oferta de programas sociales desde el municipio. Esto es posible dado que la cooperación es resultado de una sucesión de estrategias complementarias (Durstun, 2003) y por tanto en la medida que se pierda como práctica cotidiana va dejando de ser un activo.

“veníamos todos en la misma situación, de venir todos de allegados, de haber construido nosotros mismos nuestras casas, yo creo que todo eso nos hizo más participes los uno de los otros (...) somos todos como muy buenos vecinos, muy unidos, porque esa es la palabra que siempre utilizan, somos muy unidos, si hay algo que hacer trabajar en conjunto, no todos, no vamos a decir que un 100% de los vecinos pero sí se diría que un 80% de los vecinos sí está dispuesto a ayudar, a trabajar por los demás.” (E.1., 48 años, dirigente).

La cooperación vecinal se refleja en el relato anterior a partir de la disposición a trabajar por los otros vecinos, lo que se ha expresado principalmente en las actividades comunitarias de tipo recreativas, que se utilizan con el propósito de entretenerse y estrechar relaciones con los otros vecinos, fomentando la participación. Por esto es que cuando ven que esas actividades, que lograban reunir a la mayor parte de los vecinos, se van expresando con menor frecuencia, es que se evidencia una falta de redes de cooperación y vínculos entre los vecinos.

“el aniversario de la villa lo celebrábamos todos los años, hacíamos participar a todos los pasajes, que adornaran sus pasajes para los dieciochos y las pascuas, y eso lo hacíamos incluyendo a las mamás, a los papás, a los niños, a todo el mundo, que todos participaran aquí, todos los vecinos. (...) era muy bonito ver un pasaje y ver que todos los vecinos... unos barriendo, otros pintando, (...) para mí era extraordinario ver la motivación de todos, y eso no sé, hace unos años atrás empezó como a decaer, a morir y ahora cada uno se preocupa de su metro cuadrado no más, ya no es tanto de compartir con el vecino de al frente, el de al lado, el de la esquina...” (E.2., 42 años, dirigente).

Este retroceso que tuvo la Villa tiene una explicación común, asociado al ejercicio de liderazgos negativos en un periodo relativamente reciente que se mantuvo varios años, marcado por un fuerte personalismo y escasa transparencia en la toma de decisiones y canalización de información, como también un rol dirigencial clientelista y poco participativo, donde sin duda los vecinos comparten responsabilidad por su pasividad y escaso compromiso a asumir nuevos roles. La personalización de los liderazgos produce una pérdida en el ejercicio asociativo, que trae como consecuencia lo que plantea Coleman (2011) al señalar que “la estabilidad del capital social depende de la estabilidad de las estrategias y relaciones individuales; las disrupciones de la

organización social o de las relaciones sociales pueden ser altamente disruptivas del capital social”. Esta situación de poca transparencia y personalismo derivó en falta de información y con esto, escasa confianza en la gestión realizada, que deprimió la participación comunitaria.

“...hace ocho años atrás más o menos, nueve años atrás, que empezó a entrar algún dirigente que sé yo, que empezaron quedar solos, o sea una persona empezó a quedar sola trabajando, y cada elección iba postulando o la postulaban y se quedaba esta persona ahí igual y no hacía reuniones, no se preocupaba de informarle a la gente, no hacía asamblea general, entonces la gente se fue desmotivando, se fue yendo cada uno para su casa” (E.2., 42 años, dirigente).

Como se verá en el siguiente apartado la rotación de los liderazgos y emergencia de nuevas organizaciones fue clave para re-encantar y reorganizar actividades, en esto las entrevistadas advierten que fue fundamental el apoyo que recibieron desde el Programa Quiero Mi Barrio que se implementa durante los años 2007-2010 en la actualización de los vínculos comunitarios y relaciones de cooperación y confianza que se habían perdido. El Programa contemplaba todo un componente de Desarrollo Social, que se preocupó de convocar a una organización transversal que pudiera planificar y monitorear el desarrollo del componente de infraestructura implementado por los equipos técnicos de este Programa, con esto se reactivaron otros liderazgos y se trabajó con una diversidad de actores locales (la mayoría mujeres) que fueron empoderándose de la gestión comunitaria en la Villa.

Por tanto este Programa permitió reconstruir cierta confianza mínima, tanto en ellos mismos, como en los otros vecinos. La confianza se define como otro componente importante al momento de analizar prácticas asociativas, sin ser un requisito a priori para el despliegue de estas prácticas, sí se expresa y retroalimenta de las redes de cooperación que se van generando entre las personas, de esta manera en virtud de cómo se ejerzan los liderazgos puede repercutir en la confianza de las personas para participar de actividades colectivas. En ausencia de ella, se afecta la participación en actividades asociativas.

“Es que igual nosotros pasamos por muchas cosas, hubieron muchas promesas que no se cumplieron, entonces la gente de por sí aquí se acostumbró a que si se le prometía algo se le cumpliera, y hubieron dirigentes sociales que prometieron y no cumplieron y la gente se fue yendo hacia adentro y se fueron quedando ahí, y ya no todos creen en los demás dirigentes que hay dentro de la villa” (E.1., 48 años, dirigente).

Por el contrario, cuando se generan liderazgos participativos y actividades de carácter más inclusivo, la confianza se retroalimenta y potencia, tal como se expresa en la siguiente cita, donde se señala que a partir de las actividades que se organizaban con fines recreativos se genera la certeza de que se puede contar con los vecinos para otro tipo de cosas.

“...para mí son buenas las actividades que se hacen aquí, porque aparte de entretener, no sé por qué, me doy cuenta con quién puedo contar, que sé yo, si necesito hacer otra cosa, con quién puedo contar, a quién puedo pedirle ayuda y decirle: “oye, sabí” que necesito hacer esto, y ¿cuento contigo?” (E.2., 42 años, dirigente).

Se visualiza que la confianza es un elemento importante en la práctica y trayectoria asociativa, tal como lo ha definido la teoría, constituye una actitud basada en una expectativa de comportamiento de otro, basado en la experiencia de reciprocidad y con un componente emocional, se expresa a través de conductas reiteradas y expresiones que comunican su presencia. El acto de confiar significa entregar la disposición de bienes propios a otros, como en el caso de los dirigentes la capacidad directiva sobre alguna actividad o gestión. (Durston, 2003, p. 157).

Otra característica relevante de las prácticas asociativas en el caso estudiado, es que si bien se identifican algunos hombres, la participación y desarrollo de estrategias asociativas a nivel vecinal descansa principalmente en las mujeres. Esta situación no es novedosa en el escenario de participación comunitaria en Chile en los últimos 40 años, la corriente de estudios que se hace cargo de “La nueva Historia de la Mujer” que surge en los años sesenta, constituye una rama dentro de la historiografía, y establece como foco los ámbitos de acción en donde se ha desplegado una amplia participación femenina como la familia, el hogar, las relaciones interpersonales, la infancia, la salud, entre otros (Gaviola et al., 1994). Las relaciones vecinales configuran parte de este espectro, siendo las organizaciones de Centros de Madres un importante referente para canalizar diferentes políticas de salud, entrega de alimentos y solidaridad en tiempos de crisis, desde los años cincuenta hasta la década de los ochenta. Lo que si bien no abarcó un periodo continuo, se vivieron diversas crisis donde se presentan situaciones de cooperación y solidaridad entre mujeres con diferentes matices de acuerdo al contexto histórico.

“Porque los hombres son como reacios a meterse en este tema de las organizaciones, porque ellos lo ven del tema que si uno está metida en organizaciones es porque le gusta

andar copuchando, le gusta andar comadreando, esa es la visión que ellos tienen” (E.1., 48 años, dirigente).

“...la participación de los hombres siempre es menor en términos de asuntos sociales, no me atrevería a globalizarlo, no me atrevería, no, pero aquí en la Villa siempre sucedió eso, siempre, siempre eran las mujeres las que más participaban, siempre.” (E.6., 45 años, no dirigente).

5.2.5. Capital social e individualización

En una continuidad cronológica de las diversas expresiones de lo que se define como capital social en la villa, el momento actual es percibido como un periodo en que este activo de relaciones de cooperación y confianza se encuentra latente. En los últimos cinco años o más, se describe la vida asociativa más bien como añoranza del pasado que representa la historia común en la que enfrentaron diversas vicisitudes a través de acciones conjuntas.

Las razones son múltiples, aunque el diagnóstico común de las mujeres entrevistadas es que los vecinos están ocupados de sus propios asuntos, sus relaciones familiares, sus trabajos y los problemas cotidianos se enfrentan de manera personal. Y lo que se presenta como problemas sociales comunes a muchas de las familias (habitabilidad, exclusión escolar, acceso a salud y precariedad laboral o desempleo) no encuentran en la actualidad vías institucionales ni informales para que dichas demandas se canalicen a través de la acción asociativa. En los relatos emerge la percepción de nuevos comportamientos que corresponden más con el modelo de individualización de la sociedad chilena actual.

“...el tener más poder adquisitivo, que aunque sigamos siendo pobres, aunque no se po no tengamos una casa bonita y todo el cuento, yo creo que la gente tiene mucho más poder adquisitivo y ese poder adquisitivo que han adquirido se individualiza pero profundamente, o sea entonces eso me da un desinterés de cómo vive el vecino de al lado...” (E.6., 45 años, no dirigente).

El análisis que realiza Lechner (2000) sobre la sociedad chilena, a través del Informe del PNUD del año 1998, sugiere que es la prevalencia de la "lógica del sistema" lo que abre espacio a estrategias ya de carácter más individualizadas de acomodo, con esto el autor plantea que “el actual proceso de individualización, volcado a lo privado, contribuye al bloqueo de los sueños” (Lechner, 1999, p. s/r). De esta manera limitados a las relaciones familiares, el hogar y el trabajo, los individuos

cuentan con menos posibilidades de interactuar con los otros en torno a sus miedos y anhelos. En este sentido el proceso de individualización, como señala Lechner, tendría un alcance mayor a lo sospechado, pues “más allá de la privatización de los servicios públicos y la consiguiente privatización de riesgos y responsabilidades, la sociedad chilena actual se caracterizaría por una privatización de las aspiraciones” (Lechner, 1999, p. s/r).

5.3. La asociatividad desde la experiencia de vida

Otra gran dimensión de análisis está asociada a la trayectoria personal de asociatividad y a las historias de vida de las entrevistadas, la historia de sus trayectorias asociativas son también la historia asociativa de la Villa y la ciudad. Como señala Wright Mills “ni la vida de un individuo ni la historia de una sociedad pueden entenderse sin entender ambas cosas” (Mills, 1986, p. 23).

5.3.1. Experiencias socializadoras de asociatividad

Para Lahire (2017) la idea de práctica en general remite a dos componentes: las disposiciones y los contextos. Se trata de pensar las prácticas como cruce de las disposiciones y competencias incorporadas (en los marcos de socialización pasados) y del contexto específico de la acción. Las primeras, refieren a experiencias vividas por los actores sociales y que se expresan concretamente a modo de capacidades y disposiciones para actuar, sentir, creer, pensar. Su origen se le atribuye a los procesos de socialización, denominando también como experiencias socializadoras, aquellos contextos de acción vividos que representan un cambio sobre los actores.

En el análisis del relato de las mujeres entrevistadas se constata que se identifican ciertas experiencias socializadoras que van dando forma a sus disposiciones para la acción asociativa, en el contexto de la vida cotidiana en el barrio, las que se expondrán a continuación.

Frente la historia personal de las mujeres encontramos en varias de ellas una experiencia desde el rol de dirigencia, que se manifiesta de manera repentina y retoma una tradición familiar heredada, lo que sin duda da cuenta de capacidades y prácticas aprendidas en **contextos de socialización familiar** en torno a la vida asociativa.

“...y se pidió elegir la directiva y sobre la misma estas personas me propusieron a mí, como secretaria del comité de allegados, (...) fui la secretaria por tres años ahí, y de ahí empecé como dirigente (...) mi papá fue dirigente, presidente de la Fenatrach y de la Conatrach Nacional, detenido desaparecido, político hasta los dedos de los pies. Entonces, no tan solo de mi papá, si del papá de mi mamá también, por parte de mi mamá igual. Mi abuelo también fue dirigente muchos años, entonces lo traigo en la sangre po’, y esta cuestión a uno le gusta” (E.2., 42 años, dirigente).

En la cita anterior se constata que la disposición a participar de organizaciones sociales, en este caso el comité de vivienda, se activa por la necesidad de resolver un aspecto esencial para la subsistencia, la necesidad de habitabilidad. De esta manera, el disponer de ciertas competencias a partir de procesos de socialización primaria o secundaria, permite que estas mujeres se involucren en roles de liderazgo organizacional y desde ahí estas capacidades se mantienen vigentes, en la medida en que el contexto (la política pública en la asignación de subsidios habitacionales) requiere que estos beneficios se resuelvan mediante sujetos organizados bajo las figuras de estos comités⁶. Evidenciando lo que plantea Lahire (2017), cuando señala que las disposiciones a la acción se manifiestan en función de los contextos a los que se ven enfrentados los individuos.

Aun cuando una parte importante de las entrevistadas, tenga la experiencia del comité de allegados como primer hito asociativo en su vida. Tanto quienes provienen de la comuna de Cerrillos como quienes provienen del sector de Huechuraba, tienen como origen habitacional poblaciones de fuerte identidad popular, generadas a partir de tomas de terreno y ocupación de sitios correspondientes a Los Presidentes en Cerrillos y La Pincoya en el caso de Huechuraba. Estos antecedentes permiten inferir que las dinámicas de asociatividad, especialmente en cuanto al tema de vivienda, se encontraban presentes en el entorno inmediato que conformaba parte de la vida cotidiana de estas mujeres. Por tanto la vía organizacional no sería solo la respuesta a ciertos requerimientos de las políticas habitacionales, también conformaría parte de la acervo cultural apprehendido a partir de las generaciones de sus padres en torno al acceso a la vivienda.

En esta misma línea de análisis, Lahire (2017) sostiene por tanto que las disposiciones no son permanentes, lo pueden ser en la medida en que los individuos sean enfrentados constantemente a los contextos que activen tipos de disposiciones específicas. En el caso analizado, las mujeres de

⁶ Esto es así en este caso pues se trata de una población que de acuerdo a sus características socioeconómicas es sujeto de la acción de políticas sociales. Por tanto conforman el foco de las políticas del Estado subsidiario.

este estudio, dado que la solución habitacional entregada era insuficiente por sus características básicas (la caseta sanitaria con baño y cocina), las familias residentes de la villa debieron enfrentar el desafío de mejorar estas condiciones de habitabilidad o en su defecto garantizar algunas condiciones mínimas de seguridad que les permitiera estar protegidas de las amenazas externas, ya sea el clima o la desprotección e inseguridad presente frente a las bajas condiciones de urbanización del lugar. Es por esto, que en los primeros años el surgimiento de nuevas organizaciones sociales se hace necesario, y la participación de los vecinos es activa y comprometida, para apoyarse en un escenario de desprotección social e inseguridad.

“...cuando llegamos pajarito nuevo, nos robaban, pero nosotros hacíamos guardia, en la noche unos tanto, en el día otros tanto, unos se levantaban más tarde, otro más temprano, para que... porque nos robaban mucho (...) Cuando se... las micros, cuando no teníamos locomoción, las micros se querían ir y todos ahí, ahí toda la gente en las calles, letreros, nos tomamos Lo Errazuriz, parándolo toda la locomoción en Lo Errazuriz, acá también, cuando se querían llevar los Carabineros a las dirigentas, peleando con los Carabineros, quitándoles a las dirigentas...” (E.11., 51 años, dirigenta).

De esta manera es sabido que para lograr un ambiente habitable desde el punto de vista urbano se necesita de los otros, pues los espacios a mejorar constituyen espacios comunes a todos los que residen en la villa. Sin embargo, este mismo relato se contrapone cuando refieren a su situación actual, donde más bien prevalece un discurso de desencanto frente a las estrategias asociativas para resolver las problemáticas de habitabilidad de las viviendas. El desencanto corresponde a una experiencia de frustración, malas gestiones y barreras técnicas e institucionales que debilitaron las disposiciones asociativas en el plano de mejoramiento de las viviendas.

“...la gente de a poco se empezó a desilusionar, porque del 2008, ya llevábamos como cuatro años, si esto el 2013 del año pasado no más murió. Toda la gente retiró la plata muchos de ellos siguieron construyendo por las de ellos, mi marido recién está juntando materiales, y esa es mi gran pena porque pucha yo estoy ad portas de quedarme en silla de rueda, entonces... (...) entonces fracasó el Comité en eso.” (E.5., 56 años, dirigenta).

Por otra parte, en el proceso de socialización secundaria descrito por Berger y Luckmann (1976) destacan instituciones íconos como la escuela, o las instituciones religiosas. Al respecto encontramos elementos de este tipo en algunos relatos de las entrevistadas, que han incorporado experiencias socializadoras a través de su participación en organizaciones de tipo religioso, en las escuelas (como estudiantes y apoderados) y también a través de la inserción en programas sociales que promovían este tipo de prácticas, como el Programa Quiero mi Barrio, que activó las

redes de asociación entre vecinos en un momento en que no se observaba mucha actividad de organización formal.

“...en esa comunidad, participé mucho, por muchos años, mis hijos crecieron, de hecho mi hijo se educó, salió de cuarto medio de un colegio adventista, participé mucho, y ahí hacíamos programas, cosas, eventos, íbamos a congresos, íbamos, hacíamos cosas en el estadio, ponte tú, cosas así, siempre actividades, llegamos a hacer como más de 40 jóvenes” (E.6., 45 años, no dirigente).

“Con el Quiero Mi Barrio agarré un impulso nuevo, también lo había dejado un poco de lado, pero ahí con el Quiero Mi Barrio, no, fue genial.” (E.8., 41 años, no dirigente).

Finalmente, hay quienes identifican un contexto socializador relevante en el grupo de pares, que motivadas por la figura de algún dirigente o persona que participa en organizaciones, se embarcan en el trabajo colaborativo a nivel vecinal, estas experiencias suelen presentarse en las organizaciones territoriales, como la Junta de Vecinos y constituyen por parte de las entrevistadas aprendizajes con respecto a prácticas asociativas y referentes en torno a formas de ejercer liderazgo.

“Yo que recuerde habían organizaciones, pero yo por mi trabajo yo no participaba en ese tiempo, después de un par de años que no sé cuántos años, S. me invitó a participar en la Junta de Vecinos y yo participé con S., me gustó mucho como trabaja S. y participé harto con él.” (E.10., 54 años, no dirigente).

“...yo venía con la experiencia de mi hermano, que mi hermano mayor había tenido un grupo juvenil en su época de dictadura, grupo solidaridad, que se hacía fiesta para navidad, yo tenía eso en mente” (E.6., 45 años, no dirigente).

5.3.2. Motivaciones de las prácticas asociativas

Si en un comienzo la principal motivación para organizarse como vecinos estuvo vinculada a necesidades con respecto a la habitabilidad y acceso a servicios y equipamientos urbanos, en la actualidad esta motivación persiste y se combina además con la necesidad de buscar instancias de esparcimiento y recreación, como también de acceso a la cultura y el disfrute del tiempo libre.

Considerando que muchas de las entrevistadas son mujeres que desarrollan labores hogareñas, ya sea de manera remunerada o no, el interés por realizar actividades fuera de este espacio se presenta como una motivación relevante al momento de hacer referencia sobre la disposición presente para desarrollar actividades colaborativas en asociación con otros. Esto se encuentra en

sintonía con lo planteado por Massolo (2002) quien manifiesta que la participación de las mujeres en los espacios locales no se circunscribe solamente a la satisfacción de necesidades básicas asociadas a bienes y servicios, sino que a su vez, conlleva una búsqueda de experiencias de sociabilidad y participación ciudadana, desarrollo personal y la posibilidad de salir del encierro doméstico.

“...las pocas personas que se motivan ahora, son por pasarlo bien un rato, por distraerse. Porque igual las cosas que, no sé, nosotros buscamos actividades, que de repente sean como bien entretenidas, entretenidas para nosotros y el resto.” (E.2, 42 años, dirigente).

“...es que si yo me quedo en mi casa me voy a morir, me voy a arrancar, entonces para mí es peor estar en mi casa así sentada en un sillón y mirando tele, no veo novelas, no veo nada, me gusta estar en actividad, eso me motivó.” (E.10, 54 años, no dirigente).

Esta misma observación que realizan hacia ellas mismas y las posibilidades de desarrollo de vida pública la observan en sus hijos o en los hijos de sus vecinos. Es por esto que una de las prácticas más nombradas corresponde a actividades dirigidas a los niños, y algunas incluso se han interesado por vida asociativa vecinal para poder estar más presentes en el cuidado de los hijos adolescentes y brindarles posibilidades de esparcimiento que se alejen de los peligros que identifican en las drogas y la delincuencia. Esto da cuenta de la falta de acceso a la cultura y recreación desde la oferta pública, o la concentración de esta oferta en ciertos lugares específicos, y cómo se vuelve necesario levantar desde la autogestión o la demanda a las autoridades locales este tipo de iniciativas.

“...ando como tratando de hacer cosas, inventando cosas, eh no sé po’, por darte un ejemplo en las vacaciones ando inventando un paseo pa’ los niños de acá, que yo no tendría pa’ que po’” (E.4, 36 años, dirigente).

“...lo que pasa es que los chiquillos tenían un grupo de raperos que se hacían llamar The Black Start y ellos participaban, lo que hacían en la época, rayar micros, ir a grabarse como rayaban la garita de la Paz Ciudadana, vandalismo, yo por eso me preocupé y empecé a abocarme a eso y lo he logrado, logramos... por lo menos yo logré vincularme con mi hijo, en el sentido que sabía con quién se juntaba, adonde iba...” (E.6., 45 años, no dirigente).

Una tercera motivación, se asocia a los primeros años de la villa y se mantiene en parte hasta ahora, consistente en trabajar para mejorar el entorno en que se habita y la calidad de vida de quienes residen en el barrio. Implicaba acciones de mejoramiento y cuidado de espacios comunes, junto con canalizar la oferta de servicios públicos que se despliegan principalmente desde la municipalidad u otras organizaciones privadas de ayuda social. Se percibe en torno a este primer

tipo de acciones, que apuntan a mejorar el entorno, una búsqueda de reconocimiento ante las autoridades y habitantes de otros barrios de la comuna, como espacio habitado por personas de esfuerzo y trabajadoras, en respuesta a situaciones de estigmatización vividas en diversas instancias.

“...supongo que ellas [las dirigentes] quieren no seguir viviendo aquí en una villa que los margina, allá todos de Maipú, todos son marginados aquí, que ellos quieren que la villa sea nombrada,” (E.9, 52 años, no dirigente).

Frente a este tipo de forma de participar, que implica canalizar hacia la comunidad la oferta de bienes y servicios desde la autoridad local, no se manifiestan de manera mayoritaria relatos que entren en conflicto con este rol, como ha evidenciado Massolo (2002), en cuanto a la crítica desde estudios de investigación urbana, sobre el concepto de comunidad y la ideología doméstica que naturalizan lo local como espacio casi “natural” de la mujer, a lo que se suma el traspaso de responsabilidades estatales a actividades asociadas al cuidado, el acceso a espacios de recreación y la solidaridad comunitaria en contextos de políticas neoliberales. Sin embargo, pese a no ser mayoritario, se advierten algunos discursos que mencionan la necesidad de que exista mayor apoyo de las instituciones públicas, e incluso una crítica explícita a la transferencia de responsabilidades en materias vinculadas a la seguridad, orden público o programas sociales, por ejemplo.

“Me cuesta mucho que me den... una responsabilidad de una persona se la deleguen a otra... le explico, aquí en mi pasaje este pasaje se llena de vehículos, hay días que tu ni siquiera puedes pasar de lado para allá, al negocio, está pero lleno. Entonces la primera tarea que me dieron es que yo tenía que anotar la patente de los vehículos porque iban a ser multados, entonces a mí no me pareció eso, no, no es mi responsabilidad (...) lo dije en la reunión de Paz Ciudadana que vino una niña que no me acuerdo su nombre y me dijo: “usted me trae todas las patentes” y no yo dije no me voy a prestar para eso, una porque tengo un hijo de 17 años y en mi pasaje también se vende droga y yo no estoy dispuesta a que mi hijo le pase algo...” (E.10., 54 años, no dirigente).

Otra de las motivaciones mencionadas se vincula con el interés por ayudar a los otros, como parte de búsqueda de satisfacción espiritual a través de actividades solidarias y desinteresadas, lo que se manifiesta en varias de estas mujeres, principalmente en aquellas que han construido sus primeras experiencias de socialización en contextos vinculados a instituciones religiosas. En su Informe del año 2000 el PNUD daba cuenta con respecto a la asociatividad religiosa, que ésta constituye un mundo amplio, diverso y de escasa formalización. Lo anterior para el PNUD

explicaría la falta de información sistematizada con respecto a estos grupos; donde los registros que se disponen no alcanzan a entregar una visión fidedigna de esta realidad. Sin embargo, el organismo advierte que este tipo de asociatividad tiene una enorme importancia cuantitativa y cualitativa en el panorama asociativo chileno. El mismo Informe recalca su relevancia evidenciando que del total de personas que participa en organizaciones, un tercio lo hace en una de tipo religioso. Sin embargo, pese a que en la actualidad las religiones, especialmente la religión católica, han evidenciado una baja en la participación de sus fieles, para el caso investigado no se considera la participación actual de estas mujeres en estas organizaciones, sino más bien cómo su inserción en este tipo de grupos mantuvo vigentes y activas las disposiciones y capacidades asociativas, las que fueron replicadas en otros contextos, como el lugar donde habitan y socializan con sus vecinos.

“Siempre me ha gustado, yo antes participaba en la iglesia, entonces íbamos a la escuela alegría, participaba atendiendo repartiendo sándwich y café a la gente de la calle. Entonces siempre me ha gustado ese ámbito” (E.12, 22 años, no dirigente).

“...me encanta participar en grupos hacer cosas, hacer cosas por los demás, no ser yo la primera, siempre pensando en los demás, ahora estoy trabajando en un grupo de una iglesia, un grupo de fraternidad que se llama y me gusta lo social, me gusta ver los problemas más allá de los míos, eso me gusta.” (E.10, 54 años, no dirigente).

Estas motivaciones se sustentan en muchos casos, sobre todo en quienes son dirigentas, muy vinculadas a la identidad personal de las mujeres entrevistadas. Por eso muchas de las cuales han tenido recesos en su participación activa en las organizaciones o actividades de la comunidad, definen que sienten una sensación de pérdida y vacío con respecto a lo que ellas son.

“...me sentí muy incómoda conmigo misma, a lo mejor me sentía cómoda como mamá, como dueña de casa, como esposa, no sé. Pero si sentía que algo me faltaba, era como que, ¿a ver cómo qué?, como si mi hijo se me hubiese ido de la casa, así de fuerte, eso sentí.” (E.2, 42 años, dirigente).

“...yo no sé qué hacer para que la gente despierte, no sé, no sé qué hacer, de repente ya me aburrí, ya no hago nada más, pero después dicen cualquier cosa, sabes que se necesita hacer esto, allá estoy, no me preguntes por qué, es como innato, no sé” (E.11, 51 años, dirigente).

Las anteriores motivaciones expresadas y observadas en la investigación, coinciden con los sentidos de la participación en organizaciones evidenciadas por Weinstein (1996) en mujeres pobladoras en el periodo de las décadas de los setenta y ochenta, en el contexto de la dictadura

militar chilena. La autora identifica al menos cuatro sentidos de la participación social en aquellas mujeres: i) búsqueda de satisfacción colectiva de necesidades básicas; ii) espacio afectivo de encuentro y desarrollo personal; iii) acción comunitaria como asistencia a los problemas de la población; y iv) búsqueda de incidencia en la toma de decisiones en el espacio público y a nivel político como actor social (Weinstein, 1996). Los sentidos no son excluyentes y en un mismo grupo sus diversos integrantes pueden manifestar diferentes motivaciones, en concordancia con lo que plantean Dubet & Martuccelli (2000) cuando observan que tanto la acción como identidad de los individuos, son producto de diversas actividades que se construyen en torno a varios registros y racionalidades.

Sobre las organizaciones de mujeres pobladoras en los años setenta Weinstein (1996) señala que surgen en un contexto de exclusión política, económica y social que determina que estas organizaciones se desarrollen en espacios restringidos y se centren más que nada en el desarrollo de sus integrantes. No se logra conformar un discurso propio y global de lo social, por las limitaciones de sus articulaciones con otros sectores. Aspectos que no son lejanos a lo constatado en las mujeres que participan de organizaciones vecinales en la presente investigación.

Volviendo al caso de estudio, al momento de mencionar las motivaciones de los vecinos en general, muchas entrevistadas destacan el carácter interesado que existe en la participación de éstos, y cómo deben generarse situaciones extremas (como la pérdida de servicios básicos ya cubiertos) para involucrarse más activamente en lo concerniente a la comunidad y su entorno. La visión de muchas entrevistadas es que los vecinos permanecen encerrados en sus casas, volcados a la vida familiar o individual, perdiéndose el espíritu asociativo que estuvo presente antaño en la villa.

“...claro si van a regalar un helado llegan todos, pero si no van a regalar nada, nadie viene” entonces no sé qué los motivaría o qué les interesaría a ellos como para despertar, a lo mejor que nos quedáramos sin micro.” (E.11, 51 años, dirigente).

“...hicieron una protesta hace como un mes y medio, dos meses atrás, en Lumen con Alaska precisamente por los cortes de luz, que a la gente se le están quemando los artefactos, se nos están quemando, me incluyo, (...) se están quemando los artefactos, los postes están dando muchas chispas, se cortan los cables y eso es peligroso, yo he visto gente que sí ha protestado ha llamado la televisión, son como esas cosas.” (E.10., 54 años, no dirigente).

Un asunto importante, como plantea Lahire (2017) es que todas las disposiciones no estuvieron sujetas a las mismas experiencias de socialización. Y por tanto no pueden tener la misma capacidad para motivar a la acción de los individuos en todos los contextos. Incluso aquellas disposiciones que no encuentran las condiciones para su actuación, pueden debilitarse. A continuación se revisan las condiciones y elementos que las mujeres perciben como más importantes para el desarrollo de prácticas asociativas.

5.3.3. Condiciones y elementos claves de las prácticas asociativas

Pese a las motivaciones que desencadenan disposiciones asociativas en las mujeres, estas reconocen que para que éstas se concreten en prácticas es necesario que existan ciertas condiciones que permitan su realización, los ámbitos que no son constitutivos de la vida asociativa, pero que sí repercuten en que esta se pueda desarrollar o no en el espacio local, comprenden a nivel individual: el apoyo de la familia, el tiempo libre disponible y la salud personal o familiar; y a nivel grupal: el apoyo institucional, el desarrollo de buenas prácticas de liderazgo y la disposición de los vecinos. Presentar dificultades en algunos de estos ámbitos constituye una barrera para la materialización de prácticas asociativas a nivel local, además de generar situaciones de malestar personal, especialmente en lo que refiere a la familia, la salud y la disposición de los vecinos.

En lo correspondiente a la **familia**, es el primer ámbito de la vida personal donde se resiente la participación, y frente a lo cual las que declaran mayor afectación al respecto son quienes por su rol de dirigentes tienen más responsabilidades, por lo tanto, presentan mayores tensiones con sus parejas o con sus hijos. Esto ha llevado que varias hayan renunciado en algunos periodos a participar de manera activa, y que a causa de estas limitaciones hayan tenido que negociar con sus parejas. Lo anterior no ha implicado delegar actividades de trabajo doméstico en otros miembros de la familia, sino en una mayor exigencia por cumplir con todos los roles socialmente exigidos de dueña de casa, esposa y madre. Araujo & Martuccelli (2012) ya constataban para el caso de la sociedad chilena que las tensiones familiares no se viven de la misma manera según se es hombre o mujer. Uno de principales conflictos en torno a la relación con los hijos, por ejemplo, se relaciona con la organización del tiempo a dedicar en labores de crianza y cuidado hacia los

hijos. En donde “la justicia de un tiempo para sí o de un espacio de autonomía individual en el seno de la familia, aparecen como ilegítimas” (Araujo & Martuccelli, 2012, p. 158). Los autores identifican que en el caso de la sociedad chilena, la sociabilidad de las personas tiende a restringirse a la familia. Donde esta constituye su núcleo central y se configura como normativamente primaria. Por tanto restar tiempo o dedicación a la familia en beneficio de otros, en este caso los vecinos del barrio, no siempre es aceptado por sus parejas e incluso implica una constante tensión en ellas mismas, al reflexionar en torno a su quehacer cotidiano.

“- Y si tú me quitas lo que me gusta es porque me estai' cortando la alas, déjame volar tranquila, si mientras a ti no te falte tu esposa, no te falte la mamá de tus hijos, no te falte la dueña de casa o no sé po' entra a reclamarme cuando te falte un par de calcetines limpios, una camisa limpia, o cuando tu hijo ande sucio, ahí reclámame, pero si no es así, entonces no me reclames - le digo yo.” (E.2, 42 años, dirigente).

“...me sentí muy útil, era como una doble pega sí, porque yo en mi casa tenía que dejar todo hecho si quería salir al otro día, y salía, yo casi siempre andaba con mi hija, nunca las dejé solas” (E.5., 56 años, dirigente).

Araujo & Martuccelli (2012) plantean que este rol de soporte de la familia chilena es uno de los grandes rasgos del proceso de individuación en nuestro país. Esto pues, la independencia relativa con respecto a los otros ha constituido en las sociedades modernas occidentales del primer mundo, una de las consecuencias de un modelo de individuación que descansa en el Estado Benefactor. En Chile, en cambio, pese a la importancia de las políticas públicas, estas resultan insuficientes, por lo que los individuos deben compensar a través de otros soportes (o apoyos) los ámbitos que las políticas públicas del Estado subsidiario no alcanza a cubrir. Los autores identifican que en este plano, donde más se evidencia la dependencia hacia la familia. Por esto, pese a que muchas de las entrevistadas valoran las experiencias de asociatividad, este tipo de relaciones de sociabilidad entre vecinos no se prioriza por sobre las relaciones familiares, y ahí reside la tensión por buscar el equilibrio entre no descuidar la vida familiar y dedicar tiempo a prácticas asociativas.

Sin embargo, esto que se ha identificado como una tensión presente en toda la sociedad chilena, repercute con mayor impacto en las mujeres, en relación a la responsabilidad imperante sobre los hijos. En la investigación de Araujo & Martuccelli (2012) las mujeres más jóvenes de sectores populares “son las que revelan un malestar más profundo y activo, probablemente porque son las que viven de manera más aguda la contradicción entre las expectativas ideales actuales y un modelo tradicional de relaciones entre hombres y mujeres” (Araujo & Martuccelli, 2012, p. 151).

“...para él [el marido] el tiempo que uno dedica fuera debiera dedicárselo a los hijos, por ejemplo, que en definitiva cuando se hacen cosas grandes acá finalmente uno toma hartos tiempo, tení que pasar en una reunión, en otra reunión, en otra reunión, entonces que en verdad que es hartos tiempo.” (E.4, 36 años, dirigente).

Se ha constatado similar fenómeno en la historia de las organizaciones femeninas (Gaviola et al., 1994), especialmente en periodo de represión posterior al Golpe de Estado, donde las mujeres se organizaron y desarrollaron acciones solidarias en la clandestinidad, asumiendo estrategias grupales para la subsistencia económica como ollas comunes u Organizaciones Económicas Populares. En los hombres la solución a estas problemáticas se orientaba más a estrategias individuales asumiendo el rol histórico de jefe de hogar proveedor, por tanto dentro de este rol los hombres no comprendían o no validaban las estrategias femeninas que se construían de manera colectiva y que cumplían además de una función de subsistencia, una red de contención emocional frente a la adversidad y el drama que muchas vivían. Estas mujeres eran criticadas por sus maridos por ponerse en riesgo al organizarse para actividades solidarias o despreocuparse de la familia nuclear.

En el caso estudiado en Maipú, para quienes no viven de manera tan evidente estas tensiones familiares por participar de la vida asociativa barrial, visualizan su situación como una ventaja. Dado que el ejercicio del rol de dirigente se combina con todos los otros roles de estas mujeres, dueñas de casas, madres, esposas, trabajadoras. El apoyo o no apoyo del conyugue juega un papel relevante en la forma en que perciben su actividad.

“...lo otro que tengo a mi favor es que mi marido nunca me dice... o sea él nunca se mete en mis tiempos, ni en lo que hago, ni a donde voy, nada, así que tengo hartos a mi favor” (E.10, 54 años, no dirigente).

El tiempo libre disponible es otro factor involucrado en la experiencia asociativa, este se ve limitado principalmente por la vida laboral remunerada fuera del hogar, por periodos en que los hijos están muy pequeños (lo que se encuentra ligado a la primacía de las relaciones y responsabilidades familiares por sobre otro tipo de relaciones sociales) y por las urgencias de habitabilidad que los ocupan con respecto a la condición de sus viviendas, uno de los factores más críticos para muchas familias de la villa. Es por esto mismo que se asocia en quienes sí participan una mayor disponibilidad de tiempo, dado que se dedican a las actividades del hogar, y supuestamente tendrían más tiempo o flexibilidad en el uso de este, o en los adultos mayores a

quienes se les asocia mayor tiempo de ocio disponible. El Informe vinculado al ámbito del Tiempo Libre desarrollado por el INE en el marco de la Encuesta Nacional de Uso del Tiempo (ENUT, 2015), enfatiza que “Chile presenta uno de los peores equilibrios vida-trabajo de la OCDE, con casi 14% de las personas trabajando en el mercado laboral más de 50 horas a la semana, en contraste con el 13% promedio entre los países de la organización, situándose en el lugar 32 de 38” (Instituto Nacional de Estadísticas, 2017, p. 2), según datos del *Better Life Index* del año 2016. Si bien el uso del tiempo libre no necesariamente se encuentra asociado a la participación en actividades asociativas, sin duda que disponer de él es un requisito importante para que sea factible destinar horas a ello. Si recordamos lo planteado en los antecedentes para el año 2015 la CASEN registra que el 72,5% de la población declara no participar en ninguna organización.

El INE (2017) con los datos de la ENUT 2015 concluye que el número de horas dedicadas al ocio y la vida social presentan variaciones según las personas se encuentren laboralmente activas o no. Mientras las personas ocupadas en actividades de trabajo remunerado destinan en promedio 5 horas y 42 minutos a dichas actividades, las personas desocupadas les dedican diariamente casi 2 horas más.

“...no voy a estar preocupada de la Villa en general, haciéndome la loca ni gastando mi tiempo siendo que tengo que abocarme a otras cosas, de hecho si llueve tengo que subirme arriba del techo, subir la canaleta, cosas, detalles y lo otro es que también ya no estoy en edad, no me siento como ni cinco, ni diez años atrás en funciones de andar en todas po, en todas, o sea si fuera dueña de casa y no tuviera nada que hacer, feliz, encantada, cachai” (E.6, 45 años, no dirigente).

“Yo que recuerde habían organizaciones, pero yo por mi trabajo yo no participaba en ese tiempo...” (E.10, 54 años, no dirigente).

Es pertinente resaltar cómo repercute en este ámbito del tiempo libre disponible la dimensión de género y edad, según datos de la última Encuesta Nacional de Uso del Tiempo (ENUT, 2015) el 42,8% de los hombres ocupados, que realizan un trabajo remunerado, se declara satisfecho con la cantidad de tiempo libre disponible. Mientras, 36,9% de las mujeres en esta situación se declara satisfecha con este mismo aspecto. Adicionalmente, la ENUT 2015 evidencia que las personas no disponen de la misma cantidad de tiempo libre dependiendo de su sexo y edad, es decir no se trata solo de una dimensión subjetiva en cuanto a la evaluación del tiempo libre, sino que además la cantidad de tiempo libre difiere según estas variables. Mientras los hombres declaran contar con un promedio de 6 horas y 27 minutos diarios para actividades de vida social y ocio, las

mujeres señalan disponer de 5 horas y 57 minutos para estos mismos fines. Según el grupo etario, la ENUT 2015 constata que los jóvenes, entre 12 y 24 años, son quienes cuentan con más tiempo de actividades de vida social y ocio, promediando casi 8 horas, a diferencia de las personas adultas, entre 46 y 65 años, quienes destinan en promedio poco más de 5 horas diarias para esto mismo (Instituto Nacional de Estadísticas, 2017). Se declara a nivel de población general que la actividad más frecuente que se realiza en este tiempo libre vinculado a la vida social y ocio es la de compartir con la familia y amigos.

La salud personal o familiar es un ámbito que repercute en gran medida en la participación de las mujeres. Los problemas de movilidad y/o dolencias, o el tener que ocupar tiempo en acompañar y atender a un familiar enfermo gravemente limitan las posibilidades de vincularse activamente en las prácticas asociativas vecinales. Algunas de las trayectorias de estas mujeres se han visto interrumpidas producto de situaciones en que la salud propia o de un pariente cercano se ha visto comprometida. Si bien es cierto que los problemas asociados a la salud, así como otras problemáticas como el desempleo, son comunes a todas las sociedades en el mundo, Araujo & Martuccelli (2012) señalan que en la sociedad chilena la forma en que este tipo de situaciones se enfrentan es lo particular y específico del modelo de individualización en nuestro país, donde se produce un individuo que tiene que hacerse cargo de sí mismo y su vida, sin los recursos necesarios para ello, el individuo es arrojado a la sociedad. Por tanto una dificultad en el plano de la salud, tensiona toda la vida personal y familiar de un individuo en el contexto nacional.

“...yo no tengo cuerpo señorita, no tengo piernas, no... mente si tengo, pero no tengo pa andarme colgando de los andamios, de los puentes, de los letreros pa protestar, no tengo, pero yo le pido al de arriba no más que haga justicia” (E.5., 56 años, dirigente).

“...la A. tuvo sus problemas, que ella era la presidenta del CVD, su mamá le dio cáncer falleció, entonces como que ella se retiró y coincidió justo con que mi papá también tuvo cáncer y de ahí cambio de directiva...” (E.11., 51 años, dirigente).

Sin embargo, este tipo de situaciones expresan una doble lectura, pues desde algunas problemáticas de gran envergadura, los vecinos han sido capaces de organizarse y prestar alguna ayuda puntual principalmente económica, para ayudar a la familia y a la persona afectada a compensar en parte sus gastos asociados a la enfermedad. La doble lectura es que si bien la participación individual se ve restringida, el grupo de vecinos reacciona con un tipo de acción

solidaria que se sustenta en la base de la historia asociativa en común. Al respecto, se ha señalado que en Chile el individuo es abandonado por las instituciones, en este y otros ámbitos, por tanto se debe contar de manera casi obligada con las relaciones interpersonales, las que constituyen un recurso básico, no exentas de tensiones y contradicciones (Araujo & Martuccelli, 2012).

A nivel de factores externos a la vida personal, la posibilidad de contar con **apoyo institucional** para promover actividades comunitarias es otro elemento importante en el contexto de las prácticas asociativas. Esto se identifica principalmente en el marco de programas desde la institucionalidad pública, como el caso icónico del Programa Quiero Mi Barrio, pero también desde liderazgos externos que se asocian a ideas nuevas y renovadas de organizaciones de barrios vecinos.

“...el municipio nos ha tenido como bien abandonados, nosotros en el tema de cuando estuvo el programa acá estuvimos como bien en la palestra de todo, éramos como... (...) el número uno para todo lo que había que hacer...” (E.1., 48 años, dirigente).

En esta materia, Delamaza (2009) advertía con respecto a la forma en que las instituciones públicas se relacionaban con las organizaciones de la sociedad civil. Para este autor, organismos como INJUV, SERNAM, FOSIS, CONAMA, entre otros, han constituido una cantidad importante de instancias de participación en la implementación de sus políticas. No obstante, la modalidad utilizada mediante proyectos acotados, regularmente adjudicados vía concurso, limita la participación a un carácter instrumental, y dificulta la construcción de una asociatividad más permanente. Adicionalmente, la gran variedad de instituciones en ámbitos específicos que convocan la sociedad civil, sin coordinación entre ellas, generan como consecuencia una asociatividad fragmentada y efímera (Delamaza, 2009). Lo anterior da cuenta de una excesiva sectorialización y desarticulación del propio sector público, agravado por una relación de carácter instrumental con la sociedad civil.

Si bien este tipo de políticas han contribuido a la subsistencia de un conjunto heterogéneo de organizaciones sociales, este mecanismo conlleva ciertas limitaciones para el desarrollo de una sociedad civil autónoma y con mayores capacidades, entre los factores que Delamaza (2009) identifica como responsables de este fenómeno estarían: el bajo monto asociado a los proyectos, los constantes cambios en las condiciones de los concursos, su corta duración y el carácter instrumental de la participación. Lo anterior, para este autor, interpela al Estado a evaluar sus

políticas públicas dirigidas a los sectores vulnerables focalizados, en términos de las consecuencias de su acción en la conformación de la asociatividad popular. Probablemente el auge de las organizaciones juveniles en el periodo de intervención del PQMB respondería a aquello que identifica Delamza (2009) como asociaciones emergentes a nivel local, representadas por jóvenes y adultos mayores, ligados a identidades (y otras en temas ambientales o de seguridad), para los cuales el gobierno ha tenido cierta influencia en su conformación, a través de la asignación de fondos concursables. Para este autor la existencia de una identidad más profunda se devela si el grupo mantiene metas de mayor alcance que las programadas a través del proyecto o fondo. Algo similar describe el PNUD (2000) al plantear que el trabajo por proyectos concursables “podría estar generando un tipo restringido de temporalidad de la acción social, que se refiere más a episodios puntuales (fundados en la duración del proyecto) que al tiempo largo de las identidades e historias locales” (PNUD, 2000, p. 167).

“... igual hay mucha necesidad, pero igual yo creo que hay una... no sé... como una, no sé si una carencia o mala política, (...) por ejemplo los dirigentes sociales a lo mejor pueden tener muchas ganas de hacer cosas, pero necesitai’ como más apoyo de gente profesional, (...) porque no es fácil hacer cosas y trabajar con una cantidad de vecinos, o sea a lo mejor uno tiene muchas ganas de hacer no sé po’... (...) tomar un grupo de jóvenes y hacer una actividad grande, pero no solo una actividad de un día o de una semana, sino que hacer algo como se prolongue en el tiempo y que sea buenos frutos después, porque es re fácil que te llegue no sé po’, un programa o un taller chiquitito no sé po’, de una semana o un mes, pero después eso queda todo ahí, queda eso y nada más...” (E.3., 51 años, dirigente).

Por tanto el apoyo externo, a nivel de políticas públicas, no está exento de tensiones en su valoración, pues aun cuando son bien recibidas todas las iniciativas en beneficio de la comunidad, se tiene conciencia que es necesario una política de mayor alcance para alcanzar resultados a largo plazo que posibiliten un cambio en la comunidad en cuanto a su dinámica asociativa. Al respecto Araujo y Martuccelli (2012) señalan que en el modelo de individualización de la sociedad chilena, los individuos se ven forzados a constituirse teniendo en cuenta las limitaciones de éstas, si bien se sabe que existe dependencia hacia las instituciones en diversos aspectos en general, se visualiza que éstas son entidades distantes, por tanto el gran desafío a sortear en la sociedad chilena actual, para el individuo, según estos autores, consiste en resolver su vida sin las instituciones.

Otro factor externo a la vida personal, que condiciona de cierta forma las prácticas asociativas, se asocia a las **buenas prácticas de liderazgo**. Se manifiesta en los relatos una cierta dependencia de

la comunidad con respecto a liderazgos anteriores con alto poder de convocatoria y carisma, tanto a nivel de organizaciones territoriales como culturales. Lo que viene a posicionar el nuevo elemento que constituye un contexto facilitador de la asociatividad vecinal, la presencia de liderazgos carismáticos que se legitiman a través de buenas prácticas dirigenciales. Por el contrario, liderazgos que han operado de manera excluyente con respecto a ciertos grupos, especialmente los jóvenes, y con escasa apertura a la participación en la toma de decisiones, son identificados como los responsables del desencanto de gran parte de los vecinos en el involucramiento en las actividades asociativas de la villa.

“La energía que tienen los dirigentes, eso, siempre he dicho yo lo mismo, porque si un dirigente no es buen dirigente, los vecinos se van a quedar, en cambio si uno les da las herramientas a ellos para trabajar en conjunto, lo hacen.” (E.1, 48 años, dirigente).

“Cuando por ejemplo hay directivas que han sido como muy cerradas, muy cerradas, entonces es como ir a decir ‘pucha ¿te ayudo?’ y tú ves que le va a molestar, mejor te corres, porque hay algunas directivas que han pasado que han sido así, entonces mejor eso a tener problemas.” (E.11, 51 años, dirigente).

A nivel de disposiciones, en cuanto a los roles de liderazgo, Lahire (2017) señala que los actores se encuentran desigualmente predispuestos, por sus experiencias sociales pasadas, a adoptar por, ejemplo, roles de liderazgo o de seguidores.

En un nivel más contextual la bibliografía revisada sugiere que si bien políticas y programas públicos pueden incentivar la producción de capital social, el resultado no depende exclusivamente de dichas medidas, sino también de los liderazgos locales, lo que implica que debe existir una activa participación de la comunidad (Delamaza, 2009). En este sentido, Lechner (2000) enfatiza la necesidad de reconocer el papel que corresponde a los liderazgos a la hora de crear y reproducir relaciones de cooperación cívica, por lo que los releva en la construcción de formas de capital social.

La **disposición de los vecinos** es otro ámbito que influiría en el desarrollo de prácticas asociativas, la mayoría tiende a identificar cierta apatía o ensimismamiento en la rutina diaria de sus vecinos, enfocados en sus trabajos y relaciones familiares, mostrando escaso interés en participar y cooperar en las actividades que proponen las dirigencias y organizaciones de la Villa. Araujo & Martuccelli (2012) identifican en el libro “Desafíos Comunes” la tensión que generan los vecinos

en la vida de los individuos para el caso de la sociedad chilena. “El vecino sintetiza una frustración de índole interpersonal, pero por razones contrapuestas. Por un lado, porque es un anhelo no cumplido asociado con la nostalgia de un mundo social unido y marcado por la ayuda recíproca. Por otro, porque es un recordatorio cotidiano de las dificultades de la convivencia en la ciudad.” (Araujo & Martuccelli, 2012, p. 121). El vecino indiferente o desinteresado de la vida asociativa calzaría con la imagen que los autores identifican como la evidencia de la pérdida del barrio, de la vida en comunidad.

“yo digo que estas viejas son más flojas no salen ni a reunión ni a nada, hacen cosas buenas la junta de vecinos a veces y no participan nada” (E.9, 52 años, no dirigente).

Sin embargo, en esta añoranza persiste una ambivalencia, pues en realidad se extraña la cercanía de este vecino, pero como plantean los autores, guardando las distancias adecuadas, un vecino con el que se pueda contar pero que a la vez no irrite ni invada el espacio personal urbano. Ante la dificultad de que este deseo se cumpla, se opta por una distancia precavida, en los sectores medios esta distancia no presenta conflicto, pero en los sectores populares se encuentra cargada de irritación, esto pues en estos sectores la presencia del vecino es ineludible, no se puede ignorar ni evitar. Los autores constan que en los sectores populares los vecinos fueron evocados frecuentemente en términos problemáticos, a diferencia de los sectores medios en donde de evocarse se realizaba en términos de indiferencia o rescatando las buenas relaciones, sin presentarse conflicto. Sin embargo, en los sectores populares, aunque Araujo & Martuccelli (2012) reconocen que aún persisten ciertas expresiones colectivas de solidaridad, en la vida vecinal cotidiana prevalece un sentimiento de irritación o malestar. En referencia a otros estudios en torno a la pobreza o nueva pobreza urbana se plantea que justamente las características de las políticas de la vivienda social en nuestro país, guardan gran responsabilidad en el descontento de los habitantes de los territorios de este tipo de viviendas, dado los efectos negativos de estas políticas que abarcan desde la calidad de las viviendas, la segregación, la ruptura de vínculos sociales, la escasez de servicios públicos básicos hasta el hacinamiento (Araujo & Martuccelli, 2012). De esta manera, la ayuda mutua y reciprocidad se observa reducida por la carencia de recursos, lo que fomenta comportamientos individualistas.

“...me tuve que defender de gente que dijo y lo decía y lo reafirmaba y todo el cuento que nosotros andábamos hueveando, perdiendo el tiempo, vayan a hacer aseo a sus casas, “oye si yo en mi casa no tengo problemas” entonces en ese sentido, para ser te honesta,

no va resultar, siempre va trabajar un grupo de personas que les gusta por lo demás trabajar por la comunidad, me consta que hay muchas señoras acá siempre se ha destacado más la participación de las mujeres obviamente, y que les gusta participar, apoyar, animar a la gente, pero es más la gente que no.” (E.6., 45 años, no dirigente).

“...porque yo no me meto con nadie, yo no estoy preocupada de lo que hace el de al lado. Pero si cuando se meten con mi familia, yo busco, me defiendo. Sobre todo si es de mi mamá porque de repente uno igual anda por la calle y escucha que hablan de uno y bueno, uno hace oídos sordos no más. Pero al menos a mí, nosotros vivimos tranquilos, bien porque no nos involucramos con los demás.” (E.12., 22 años, no dirigente).

V. CONCLUSIONES

Se buscó identificar los elementos constitutivos de las prácticas y trayectorias asociativas vecinales en el caso estudiado, a partir del análisis de los elementos de contexto definidos por el proceso de individualización de la sociedad chilena actual y las dimensiones constitutivas de capital social. El análisis de los resultados permite dar cuenta de ciertas relaciones en los conceptos de prácticas sociales utilizados por Lahire (2017) en la medida en que éstas se constituyen a través de disposiciones que se adquieren a modo de capacidades en experiencias de socialización y contextos de la acción, ambos componentes definirían cualquier tipo de práctica, en este caso se remiten a las de carácter asociativo. Los elementos de contextos están definidos tanto por el modelo de individualización actual de la sociedad chilena, como por el pasado que se rememora en los relatos en el que se manifiestan diversas experiencias de socialización de formas de capital social a través de acciones asociativas. Lo anterior permite identificar seis hallazgos importantes en la presente investigación, descritos a continuación.

i) Individualización expresada a través de las políticas de modernización urbana y acceso a la vivienda en el Chile neoliberal

Se constata que el contexto inicial de las prácticas asociativas vecinales se posiciona en el primer hito importante correspondiente a la llegada a la villa, en el marco del acceso a un subsidio, propiciado por la política pública de los años noventa, heredera de las políticas de vivienda que instala el modelo neoliberal en dictadura. Política que en este caso significó una solución habitacional mínima e insuficiente, no solo en términos de las escasas condiciones de urbanización del espacio a habitar, sino además con precarias condiciones de habitabilidad de las viviendas, las que fueron diseñadas considerando la posterior autoconstrucción y ampliación de los espacios, dado que el subsidio entregado correspondía a un sitio con una caseta sanitaria que comprendía un baño y una cocina. La responsabilidad por dar a esta vivienda condiciones de habitabilidad adecuadas, se asumía como parte de lo que correspondía a los beneficiarios de estos subsidios, quienes de por sí ya conformaban un grupo en situación de vulnerabilidad por su previa condición de allegado en sectores tradicionalmente conformados por ocupaciones ilegales (ya sea tomas de terreno o campamentos) y por lo cuales con restringidas posibilidades de lograr concluir la

construcción de una vivienda definitiva. Por tanto, esta política en sí, ya implicaba cierta responsabilización individual en los beneficiarios, al entregarles una solución que no garantiza condiciones adecuadas, e interpellando a la capacidad de ellos, por cierto limitada dadas la situación de vulnerabilidad de las familias que las hacía sujetas a estas políticas públicas, de poder asumir por sí mismas el costo de la autoconstrucción con materiales sólidos y durables.

A su vez, como se dijo, el espacio residencial destinado para estos subsidios mínimos, también carecía de condiciones de urbanización adecuadas, ni calles ni veredas contaban con pavimentación, no existían espacios de recreación ni áreas verdes, así como tampoco contaban con acceso a locomoción pública, conectividad vial o telefónica entre otros. Lo anterior propiciaba un entorno con escasas condiciones de seguridad, tanto por las amenazas de robos y la falta conectividad que impedía que pudieran acceder a servicios de emergencia como bomberos o ambulancias, además de servicios de salud, educación, comercio, entre otros.

Las familias que llegaron habitar la villa, proveniente de dos comités de allegados, se componían principalmente por parejas de matrimonios jóvenes de baja escolarización formal, muchos con varios niños de corta edad. En los relatos de las entrevistadas se manifiesta que este reconocimiento de ser parte de una problemática común, el querer mejorar sus condiciones de habitabilidad urbana, les permite desarrollar las primeras estrategias asociativas en función del mejoramiento del entorno en que viven y la falta de servicios y espacios que propicien un entorno seguro para la vida cotidiana. En este contexto de individualización, la pobreza los empuja a desarrollar ciertas prácticas asociativas que más bien se instalan con fines de subsistencia, y que se despliegan a partir del acervo cultural presente en sus experiencias de vida.

ii) Prácticas asociativas iniciales como estrategia para enfrentar la precariedad

Es por lo mencionado anteriormente, que las primeras prácticas asociativas que se identifican en la historia de los habitantes una vez instalados en la villa, corresponden a estrategias asociativas vinculadas con el acceso a servicios, mejoramiento del entorno urbano y la apropiación del espacio. Esto se manifestó en acciones conjuntas específicas de forestación, gestión con instituciones públicas para mejorar la conectividad, compra de insumos para enfrentar emergencias y actividades recreativas para los niños.

Es así, como las mujeres entrevistadas reconocen en estas iniciativas un primer hito de unión y reconocimiento de la trayectoria de vida compartida, que conforma en un comienzo la identidad de los habitantes de la Villa. Identidad que se asocia a las nociones de esfuerzo, pobreza, empuje, unión y solidaridad.

Sin embargo, con el paso del tiempo las dinámicas de socialización van siendo adecuadas a las lógicas de la sociedad en transformación, aun cuando se reconoce en los vecinos reductos de la sociabilidad compartida, la concreción de ciertos desafíos mínimos, y la idea prevaleciente que los problemas pendientes deben resolverse a través del esfuerzo individual, van mermando este tipo de identidad inicial sustentado en los vínculos asociativos entre los habitantes de la Villa. Se construye un capital social inicial comunitario, que parece ir perdiendo vigencia con el transcurso del tiempo.

iii) Las capacidades de organización se instalan como producto de los contextos de socialización previos

Es posible hablar de capital social pues los habitantes despliegan diversas prácticas asociativas iniciales enfocadas en el mejoramiento de las condiciones de habitabilidad urbana y desarrollo de instancias de esparcimiento y encuentro entre los vecinos.

Este capital, sin duda tiene un acervo anterior, presente en las experiencias de socialización previas a la llegada a la villa. Considerando que las familias provienen originalmente de comités de allegados de sectores ocupados mediante tomas de terreno o campamentos como Los Presidentes, en Cerrillos y La Pincoya, en Huechuraba, existen en el antecedente familiar, de las generaciones que preceden a los habitantes de la Villa, experiencias asociativas desarrolladas en espacios locales anclados territorialmente. Y por tanto las estrategias desplegadas, sin duda, dan cuenta también de las capacidades observadas en sus familias de origen, aun cuando algunas no reconocen experiencias asociativas previas al comité en términos formales.

Es así, como en ciertos casos, se mencionan experiencias de familiares que tienen amplia trayectoria direncial en asociacionismo territoriales o sindicales, que constituyen un referente importante como modelo de los liderazgos que desarrollan en sus prácticas de liderazgo comunitario en la villa.

Se constatan también experiencias de socialización en cuanto a prácticas asociativas desarrolladas en edades tempranas en instituciones educativas (a través de centros de estudiantes) e iglesias. Algunas entrevistadas reconocen que muy tempranamente tenían la inquietud de participar en organizaciones de diversa índole, en el caso de los centros de estudiante existe un carácter más político en la participación, mientras que en las organizaciones religiosas las prácticas asociativas van enlazadas con una motivación de ayuda social, que encarna los valores de una moral cristiana popular.

iv) Las prácticas asociativas no presentan una trayectoria estable y permanente en el tiempo

Logrado ciertos mínimos en cuanto a las condiciones de habitabilidad, las prácticas asociativas van perdiendo vigencia, ya no se activan con la regularidad de antaño, el capital social comunitario construido en un comienzo se vuelve de carácter más latente, surgiendo ante situaciones puntuales como el apoyo a familias de alguien que fallece o se encuentra gravemente enfermo, o para hacerse presente para la obtención de algún beneficio canalizado a partir de la oferta municipal que gestionan las dirigentas activas. No solo la regularidad, también la intensidad de las prácticas se ve afectada, y como el capital social tiene un carácter situacional, y las capacidades presentes a través de las disposiciones que identifica Lahire (2017) se activan conforme encuentran contextos de acción que faciliten su despliegue, otras lógicas y registros de acción van permeando las prácticas de los vecinos, más a tono con lo identificado en los procesos de individualización de la sociedad chilena, donde el acceso a los servicios sociales y urbanos son de responsabilidad de cada individuo, y el soporte más importante en la sociedad chilena pasan a ser las redes familiares más cercanas (Araujo & Martuccelli, 2012).

A su vez, a estas prácticas ya acotadas y menos frecuentes se añade la presencia de liderazgos con menos capacidades de convocatoria y distribución de tareas, que han sido descritos desde el personalismo y el clientelismo, dejando poco espacio para la participación de la diversidad de actores que anteriormente estaban presentes en las dinámicas asociativas de la villa. Lo que merma la continuidad de vinculación de los habitantes de la villa con las organizaciones sociales.

Pese a esto, ciertas oportunidades externas propician que se revitalicen algunas prácticas. Un hito destacado es la implementación del Programa Quiero mi Barrio en la villa, que con su componente de desarrollo social activa liderazgos latentes y propicia un nuevo escenario con recursos de inversión orientados al mejoramiento urbano, que permitió una renovación y también creación de nuevos espacios de uso público, como la sede social, multicancha, telecentro, áreas verdes, conectividad con la comuna, jardín infantil, entre otros. Espacios que fueron apropiados por los vecinos y usados con fines públicos a través del desarrollo de actividades dirigidos a niños, jóvenes, adultos mayores y mujeres, a través de iniciativas de ellos mismos y gestiones de canalización de la oferta pública municipal.

Sin embargo, transcurridos alrededor de 10 años del inicio de este Programa, y ya finalizada su intervención, se vuelve a constatar que se presentan condiciones similares en cuanto a la disposición a participar de los vecinos de la villa, la que se observa baja, e incluso las motivaciones de las dirigentes van perdiendo fuerza dada la escasa receptividad de las iniciativas presentadas a la comunidad. A eso se suma que algunos espacios han sido ocupados con otros fines, debiendo disputar las organizaciones sociales lugares públicos como la plaza u otros, a actividades vinculadas con la venta y consumo de drogas.

En la actualidad se mantienen prácticas que se lideran y desarrollan por un grupo pequeño pero activo de mujeres dirigentes vinculadas al CVD y la Junta de Vecinos (ambas organizaciones territoriales) y algunos grupos puntuales vinculados a actividades culturales que trabajan con niños. La Junta de Vecinos canaliza la oferta de beneficios municipales vinculados a salidas recreativas, talleres laborales y algunos subsidios, mientras que de manera autogestionada se desarrollan algunas iniciativas en educación de adultos. Se hace difícil mencionar que existen formas de capital social activo en la comunidad, más bien este se observa de modo latente, con algunos vestigios de activación en las actividades desarrolladas, que son ejecutadas principalmente por la primera generación de habitantes de la Villa, la generación siguiente, los hijos de las entrevistadas, no cuentan con el mismo referente de prácticas asociativas de sus madres y padres.

v) Existe una añoranza de un pasado con mayor asociatividad vecinal junto con una demanda por apoyo público para su realización

Dado que las mujeres entrevistadas son en su mayoría parte de la primera generación que habita la villa, entre 45 y 56 años, en ellas principalmente se hace evidente este anhelo por la trayectoria asociativa vivida con los vecinos en sus primeros años de conformación. Con toda la precariedad y carencia presente en aquel tiempo, hay una carga emotiva importante en el relato de momentos compartidos en conjunto con los vecinos, que significaron la vida de barrio que activaba relaciones de sociabilidad similares a sus lugares de origen, la toma o el campamento.

El escenario actual, distante a esa imagen de antaño donde prevalecían las relaciones de confianza y cooperación entre los vecinos, se visualiza más hostil, donde los que sufren las mayores consecuencias de esta falta de vida comunitaria son los niños y niñas y adultos mayores, quienes no encuentran los espacios de esparcimiento y recreación que les garantizan una óptima calidad de vida urbana. Por tanto, no es casual que el tipo de actividades que continúan desarrollándose se enfocan en esta población, y que además este tipo de prácticas que ponen en marcha redes de cooperación para propiciar servicios a la comunidad les es útil a las mujeres involucradas, en su mayoría dueñas de casa u ocupadas en labores de asesoras del hogar, pues les permite salir del espacio doméstico de la vivienda y desarrollar las capacidades que ellas reconocen tener y a través de las cuales refuerzan su identidad personal y autoestima.

Por otro lado, si bien la experiencia del PQMB activó capacidades, también instaló la idea que se requiere apoyo externo para una participación masiva y para lograr avances de envergadura. Es por esta razón, que muchas ven limitados los alcances de su participación, pues asumen que su condición es precaria y que resolver ciertos problemas que observan en la villa requiere de mayor apoyo de las instituciones. Sin embargo, este discurso de demanda, también se presenta con un sentimiento de que no todo puede ser dado, y que es preciso del esfuerzo personal para mejorar las condiciones de vida, por tanto se observa una tensión ambivalente con respecto al apoyo que se debe esperar del Estado y sus instituciones.

Probablemente es esta idea de esfuerzo personal, parte de las lógicas que prevalecen en las disposiciones de los vecinos que ellas mismas observan, cuando refieren al malestar por el escaso involucramiento de éstos en las actividades asociativas. Los vecinos en general son percibidos

enfocados en sus vidas, proyectos personales y relaciones familiares. Lo anterior viene a posicionar las prácticas asociativas de quienes participan casi como una acción de resistencia, frente a un contexto que propicia un tipo de acción de carácter más individual, donde los otros conforman una red de relaciones más bien estrictamente instrumentales.

vi) La desconfianza entre vecinos y hacia las instituciones públicas constituye una de las principales barreras para la asociatividad.

Pese a esta interpelación de algunos relatos de dirigentes hacia las instituciones del aparato estatal, a nivel central o local, la relación con las instituciones no deja de ser más bien de carácter instrumental, tensionada constantemente por la desconfianza en torno al cumplimiento de las expectativas ciudadanas.

A modo de ejemplo, un problema crítico continúa siendo las condiciones de habitabilidad de muchas viviendas, que pese a los años transcurridos aún se llueven o persisten condiciones de hacinamiento, ante lo cual, los vecinos han intentado acceder a beneficios estatales para la obtención de subsidios de mejoramiento de la vivienda. Sin embargo, las dificultades tanto internas (mala gestión) como externas (problemas de factibilidad técnica) experimentadas en este tema, han generado un sentimiento de profunda decepción y malestar en quienes se ven afectados por esta problemática, lo que no ha hecho más que aumentar las desconfianzas hacia los vecinos y las posibilidades de la acción asociativa, como hacia lo que se puede esperar apelando a la institucionalidad pública. Se asume que tendrán que resolver solos como familia el mejoramiento de las condiciones de sus viviendas. Esto ha llevado a que solo puedan visualizar una solución a estos problemas través de la gestión personal, haciéndose cargo como puedan del mejoramiento de su vivienda, asumiendo de manera individualizada la solución de una problemática común.

La desconfianza hacia los otros también ha permeado el sentir de los habitantes de la villa, este “otro” es tanto el vecino que no se conoce mucho, que no vive en la casa contigua o en el mismo pasaje, como el ocupante ilegal de los terrenos colindantes que habitan el campamento vecino, ambos representa en su imaginario los focos de delincuencia y micro tráfico presente en los

espacios públicos como plaza o multicancha y que han contribuido a retrotraer la participación y vida en comunidad.

Para finalizar

Si esta investigación se inicia comprometiendo un análisis en torno al papel de los individuos y el rol de los contextos o estructurales sociales en los que éstos despliegan sus prácticas, es posible posicionar la experiencia asociativa de las mujeres entrevistadas como un espacio donde se tensionan las dinámicas asociativas aprehendidas anteriormente en los contextos de socialización familiares e institucionales, con las dinámicas y fuerzas individualizadoras características del Chile actual.

Estas transformaciones acontecidas en nuestro país durante las últimas décadas, a través de un proceso de modernización neoliberal, convierte los costos de la reproducción social en un asunto que deben resolver los propios individuos, por lo que frente al retiro de las instituciones y la presencia mínima y subsidiaria del Estado, las prácticas asociativas se vuelven una estrategia (esporádica y situacional) a retomar y actualizar para ayudar a resolver (aunque no resolver del todo) algunas condiciones críticas que afectan diversas esferas de lo social (enfermedades, fallecimientos, accidentes graves, pérdida de acceso a bienes y servicios en general). Estas prácticas son resabios de un capital social que permanece latente, y que requiere una articulación con procesos sociales de mayor alcance, junto con la apertura de la esfera pública estatal y la legitimación del Estado como promotor de la representación de intereses, para activarse y resurgir.

VI. BIBLIOGRAFÍA

- Angelcos, N. (2010). La estructuración de la subjetividad popular y el problema de la política. *Revista de Psicología*, 19(2), ág. 55-78. <https://doi.org/10.5354/rdp.v19i2.17108>
- Araujo, K., & Martuccelli, D. (2012). *Desafíos comunes. Retrato de la sociedad chilena y sus individuos: Vol. II* (Primera). LOM Ediciones.
- Archer, M. S. (2009). *Teoría social realista*. Editorial Universidad Alberto Hurtado.
- Arriagada, I., Miranda, F., & Capital social, una herramienta para los programas de superación de la pobreza urbana y rural. (2003). *Capital social: Potencialidades analíticas y metodológicas para la superación de la pobreza ; seminario taller «Capital social, una herramienta para los programas de superación de la pobreza urbana y rural», Santiago de Chile, 8 y 9 de enero de 2003*. Naciones Unidas, CEPAL, División de Desarrollo Social. http://www.cepal.org/publicaciones/xml/8/13428/Anexos_SPS31.pdf
- Bagnasco, A., Piselli, F., Pizzorno, A., & Trigilia, C. (2003). *El capital social: Instrucciones de uso*. Fondo de Cultura Económica.
- Bahamondes, A., & Mesina, M. (1999). Lo público y lo privado: Representaciones del espacio cotidiano. *Revista Proposiciones*, 27. http://surcorporacion.cl/publicaciones/Revista_Proposiciones/PR-0027-3226.pdf
- Bahamondes, M. (2004). *Poder y reciprocidad en el mundo rural*. Grupo de Investigaciones Agrarias.
- Baño, R. (1985). *Lo social y lo político. Un dilema clave del movimiento popular*. FLACSO.
- Bauman. (2010). *Modernidad Líquida*. Fondo de Cultura Económica.
- Bauman, Z. (2008). *Tiempos líquidos. Vivir en una época de incertidumbre*. Tusquets Editores.

- Bauman, Zygmunt. (2005). *Amor líquido. Acerca de la fragilidad de los vínculos humanos*. Fondo de Cultura Económica.
- Beck, U. (1997). La teoría de la sociedad del riesgo reformulada. *Revista Polis*, 1(1), 171-196.
- Beck, U. (1998a). *La invención de lo político. Para una teoría de la modernización reflexiva*. Fondo de Cultura Económica.
- Beck, U. (1998b). *La sociedad de riesgo. Hacia una nueva modernidad*. Paidós.
- Berger, P. L., & Luckmann, T. (1976). La construcción social de la realidad. En *Desarrollo Económico* (Vol. 15, p. 641). <https://www.jstor.org/stable/3466656?origin=crossref>
- Bourdieu, P. (2001). *Poder, derecho y clases sociales*. Desclée de Brouwer.
- Coleman, J. S. (2011). *Fundamentos de teoría social*. CIS.
- Correa, E., & Noé, M. (Eds.). (1998). *Nociones de una ciudadanía que crece*. FLACSO-Chile. <http://flacsochile.org/biblioteca/pub/publicos/1998/libro/002297.pdf>
- Dávila, O. (1994). Acción colectiva y asociatividad poblacional. *Revista Última Década. Centro de Estudios Sociales*, 2, 1-11.
- De Queiroz, L. (2005). Segregación residencial y segmentación social: El “efecto vecindario” en la reproducción de la pobreza en las metrópolis brasileñas. En *Trabajo y reproducción de la pobreza en Latinoamérica y El Caribe: Estructuras, discursos y actores*. CLACSO.
- Delamaza, G. (2009). *Tan lejos tan cerca. Políticas públicas y sociedad civil en Chile*. LOM Ediciones.
- Dubet, F., & Martuccelli, D. (2000). *¿En qué sociedad vivimos?* Óceano.
- Durston, J. (2000). *¿Qué es el capital social comunitario?* Naciones Unidas, CEPAL, Div. de Desarrollo Social.
- Durston, J. (2003). Capital social: Parte del problema, parte de la solución, su papel en la persistencia y en la superación de la pobreza en América Latina y el Caribe. En *Capital*

social y reducción de la pobreza en América Latina y el Caribe: En busca de un nuevo paradigma (pp. 147-202). Comisión Económica para América Latina y el Caribe : Universidad del Estado de Michigan.

Faletto, E. (1979). La dependencia y lo nacional popular. *Nueva Sociedad*, 40.

Falú, A., & Rainero, L. (1996). Habitat Urbano y Políticas Públicas Una perspectiva de género. En *Desde las orillas de la política. Género y poder en América Latina*. Seminario Interdisciplinar Mujeres y Sociedad (SIMS) Universitat de Barcelona. <http://bdigital.unal.edu.co/47757/1/8447705293.pdf>

Garretón, M. A. (2000). *La sociedad en que vivi(re)mos. Introducción sociológica al cambio de siglo* (Primera). LOM Ediciones.

Hernández, R., Fernández, C., & Baptista, P. (2006). *Metodología de la investigación* (4°). McGraw-Hill Interamericana.

Hidalgo, R. (2004). La vivienda social en Santiago de Chile en la segunda mitad del siglo XX: Actores relevantes y tendencias espaciales. En *Santiago en la Globalización ¿Una nueva ciudad?* Ediciones SUR. <http://www.sitiosur.cl/detalle-de-la-publicacion/?santiago-en-la-globalizacion-una-nueva-ciudad#descargar>

Ibáñez, J. (2006). Presentación. En *Metodologías de investigación social. Introducción a los oficios* (1°, pp. 11-30).

Instituto Nacional de Estadísticas. (2017). *Satisfacción con el tiempo libre. Análisis de la Encuesta Nacional sobre uso del tiempo—ENUT 2015*. https://historico-amu.ine.cl/enut/files/principales_resultados/enfoque-tiempo-libre-2017.pdf

Katzman, R. (2001). Seducidos y abandonados: El aislamiento social de los pobres urbanos. *Revista de la CEPAL*, 75, 171-189.

- Kliksberg, B. (1999). Capital social y cultura. Claves esenciales del desarrollo. *Revista de la CEPAL*, 69, 85-102.
- Lahire, B. (2017). Mundo plural: ¿por qué los individuos hacen lo que hacen? *Revista Latinoamericana de Metodología de las Ciencias Sociales (Relmecs)*, 7(2), e030-e030.
<https://doi.org/10.24215/18537863e030>
- Larraín, J. (2014). *Identidad chilena* (Segunda). LOM Ediciones.
- Lattes, A. (2001). Población urbana y urbanización en América Latina. En *La ciudad construida: Urbanismo en América Latina*. FLACSO ECUADOR.
<http://www.flacso.org.ec/docs/urbanismo.pdf>
- Lechner, N. (1994). La (Problemática) Invocación De La Sociedad Civil. *Revista Perfiles Latinoamericanos*, 3(5), 131-144.
- Lechner, N. (1999). *Desafíos de Desarrollo Humano. Individualización y capital social*.
https://s3.amazonaws.com/academia.edu.documents/30294996/bid.pdf?AWSAccessKeyId=AKIAIWOWYYGZ2Y53UL3A&Expires=1557811323&Signature=cywIITBAkKcxU7w4Fs5Mi6tBJrQ%3D&response-content-disposition=inline%3B%20filename%3DDesafios_de_un_desarrollo_humano_individ.pdf
- Márquez, F. (2006). Identidades urbanas en Santiago de Chile. *Revista Proposiciones*, 35, 70-83.
- Martuccelli, D. (2007). Lecciones de sociología del individuo. *Pontificia Universidad Católica del Perú*. <http://repositorio.pucp.edu.pe/index/handle/123456789/52674>
- Mills, C. W. (1986). *La imaginación sociológica*. Fondo de Cultura Económica.
- Nieto, M. L. (1998). Participación en el sector vivienda. En *Nociones de una ciudadanía que crece*.
<http://flacsochile.org/biblioteca/pub/publicos/1998/libro/002297.pdf>

- Paredes, J. P. (2011). Ciudadanía, Participación y Democracia Deuda y Déficit en los 20 años de «Democracia» en Chile. *Polis (Santiago)*, 10(28), 473-499. <https://doi.org/10.4067/S0718-65682011000100022>
- Pérez, F. (2006). Prácticas y representaciones de la vida barrial. El caso de los condominios y de los conjuntos de vivienda social. *Revista Propositiones*, 35, 84-98.
- Pisseli, F. (2003). Capital social: Un concepto situacional y dinámico. En *El capital social. Instrucciones de uso*. Fondo de Cultura Económica.
- PNUD. (1998). *Desarrollo Humano en Chile 1998: Las paradojas de la modernización*. Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo, PNUD.
- PNUD. (2000). *Desarrollo humano en Chile 2000: Más sociedad para gobernar el futuro*. Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo, PNUD.
- PNUD. (2012). *Desarrollo Humano en Chile 2012 Bienestar subjetivo: El desafío de repensar el desarrollo*. Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo, PNUD.
- Portal, A. (2006). Espacio, tiempo y memoria. Identidad barrial en la ciudad de México el caso del barrio de la Fama, Tlalpan. En *Pensar y habitar la ciudad. Afectividad, memoria y significado en el espacio urbano contemporáneo* (Anthropos, pp. 69-86).
- Putnam, R. (1993). The Prosperous Community: Social Capital and Public Life. *The American Prospect*, 13, 35-42.
- Rodríguez, A. (1987). Hogares allegados y viviendas populares. *Revista Propositiones*, 13, 46-77.
- Ruiz, C. (2015). *De nuevo la sociedad*.
- Ruiz, C., & Boccardo, G. (2015). *Los chilenos bajo el neoliberalismo. Clases y conflicto social*. El Buen Aire S.A.

- Sabatini, F., & Brain, I. (2008). La segregación, los guetos y la integración social urbana: Mitos y claves. *EURE (Santiago)*, 34(103), 5-26. <https://doi.org/10.4067/S0250-71612008000300001>
- Sabatini, F., & Cáceres, G. (2004). Los barrios cerrados y la ruptura del patrón tradicional de segregación en las ciudades latinoamericanas: El caso de Santiago de Chile. En *Los Barrios Cerrados en Santiago de Chile: Entre la Exclusión y la Integración Social*. Instituto de Geografía, PUC.
- Sennett, R. (1975). *Vida urbana e identidad personal: Los usos del desorden*. Península.
- SEREMI Metropolitana Vivienda y Urbanismo. (2006). *Estudio Técnico de Base Valle Verde*.
- Simian, J. M. (2010). Logros y desafíos de la política habitacional en Chile. *Estudios públicos*, 117, 269-322.
- Supervielle, M., & Quiñones, M. (2005). De la marginalidad a la exclusión social: Cuando el empleo desaparece. En *Trabajo y reproducción de la pobreza en Latinoamérica y El Caribe: Estructuras, discursos y actores*. CLACSO. <http://biblioteca.clacso.edu.ar/ar/libros/crop/Trabprod.pdf>
- Tironi, M. (2003). *Nueva pobreza urbana: Vivienda y capital social en Santiago de Chile, 1985-2001*. RIL Editores.
- Valenzuela, E., & Cousiño, C. (2000). *Sociabilidad y Asociatividad. Un ensayo de Sociología Comparada*. Centro de Estudios Públicos. https://www.cepchile.cl/cep/site/artic/20160303/asocfile/20160303183844/rev77_valen_cousi.pdf
- Weinstein, M. (1996). *Estado, mujeres de sectores populares y ciudadanía*. FLACSO.

Sitios WEB

- https://reportescomunales.bcn.cl/2017/index.php/Maip%C3%BA#Poblaci.C3.B3n_total_Censo_2002_y_Censo_2017
- <https://www.censo2017.cl/>

ANEXOS

I. Anexo 1

Tabla 2: Pauta de entrevista

Preguntas
<ul style="list-style-type: none">- Edad- Escolaridad- Ocupación- Número de personas que viven en el hogar- ¿Cuántos años lleva viviendo en la villa?- ¿Cómo definiría usted el lugar de donde vive?- ¿Cómo se siente usted viviendo en la villa?- ¿Cómo se siente usted con respecto a sus vecinos?- ¿Cómo describiría usted a los vecinos de la villa?- ¿Cómo cree que vería la villa alguien de afuera?- ¿Qué cree usted que diría esa persona de afuera sobre los vecinos?
<ul style="list-style-type: none">- ¿Qué es para usted vivir bien?- ¿Qué es para usted vivir mal?- ¿Qué elementos institucionales, familiares, comunitarios, considera relevantes para vivir bien/ cuáles implican vivir mal?- ¿En qué descripción de lo anterior encaja su hogar?- ¿En qué descripción del vivir bien o vivir mal encaja la Villa?
<ul style="list-style-type: none">- ¿Qué ha pasado cuándo en la villa ha habido un problema? ¿cómo se ha resuelto?- ¿Pertenece a alguna organización?- ¿Qué rol tiene usted en esa organización?- ¿Cómo llegó a la organización? ¿Desde cuándo participa?- ¿Qué objetivos tiene la organización?- ¿Cómo nace la organización?- ¿Cada cuánto tiempo se juntan?- ¿Qué actividades realizan? ¿Qué tipo de actividades son las que más recuerda? (Indagar en propósitos, sentido e intereses: bienestar material / intereses de género / actividades recreativas)- ¿Quiénes participan de las actividades? ¿Se involucran otras personas que no son de la organización?- ¿Se relacionan con otras organizaciones? ¿cuál o cuáles? ¿con qué frecuencia? ¿por qué motivo?- ¿Qué los motiva a desarrollar esas actividades?- ¿Qué la motiva a usted? ¿Qué significan para usted esas actividades?- ¿Qué significan para los vecinos las actividades?

- ¿Qué significa para los vecinos que usted participe?
 - ¿Cómo cree usted que ven los vecinos su organización?
 - ¿En general cumplen con los propósitos que persiguen a través de las actividades que desarrollan? ¿Por qué?
 - ¿Qué cambios han tenido las actividades que han desarrollado en el tiempo?
 - Se vinculan como organización con algún organismo público? ¿cuál o cuáles? ¿con qué frecuencia? ¿por qué motivo?
-
- ¿Cómo se siente usted participando de una organización y sus actividades?
 - ¿Qué importancia tiene para usted participar de la organización y sus actividades?
 - ¿Cómo cree usted que se sienten los otros vecinos que participan?
 - ¿Qué cosas buenas identifica usted respecto a su participación en la organización y sus actividades?
 - ¿Qué cosas malas identifica usted respecto a su participación en la organización y sus actividades?
 - ¿Qué cambios ha experimentado en su vida antes y después de pertenecer a la organización y participar de sus actividades?
 - ¿Cómo se expresan esos cambios en la relación con su familia y sus vecinos?
 - ¿Qué cambios ha experimentado la villa y sus vecinos a partir del desarrollo de esas actividades organizadas?
-